



Navidad en

Alaska

N.Q. PALM

NAVIDAD EN
Alaska



N.Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1711094777103

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Diciembre 2017

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

*No hay nada más triste en este mundo que despertarse la
mañana de Navidad y no ser un niño.*

Erma Bombeck.

Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos.](#)

[Biografía](#)

Capítulo 1

«Deberías pensar antes de actuar», se recriminó mentalmente Aisha, no se arrepentía de la decisión que había tomado, aunque sí de cómo la había manejado. Esa idiota que tenía por amiga, había conseguido separarla de sus otras amistades también. Personas con las que había crecido y evolucionado como persona. Esos supuestos amigos le habían dado la espalda y la habían acusado de algo en lo que ella no había tenido nada que ver.

«Que se vayan a la mierda». A sus treinta y cinco años ya no estaba para aguantar las pataletas y enfados infundados de Norma.

Lo había tirado todo por la borda, una amistad de muchos años que ella creía consolidada, pero dado el caso, no era así.

Miró por la ventanilla del autobús que la llevaba a las montañas nevadas de Alaska; no había podido encontrar un lugar más lejano para apartarse, a pesar de que ellos pensaran que se estaba escondiendo. Le daba igual. El autocar no iba muy lleno, tal vez quince personas, y todas sentadas en la parte delantera del vehículo, ella se había aposentado detrás de todo, intentando evitar a algún compañero de viaje pesado; era ver a una mujer sola, y algunos se creían en la obligación de darle una más que tediosa conversación, no le apetecía en absoluto.

El paisaje aparecía cada vez más nevado, a ella le gustaba el frío, aunque tal vez se había excedido en su elección para pasar las navidades lejos de todo y de todos. Eran fechas que no le gustaban en absoluto, no tenía familia y nunca lo había celebrado tal como lo hacían sus amigos y conocidos. Cuando la invitaban se sentía fuera de lugar, y eso tenía que terminar de una forma u otra.

Había crecido en un hogar de acogida, no sabía quiénes eran sus padres ni

le apetecía investigarlo. Era una persona con un carácter muy remarcado, no se andaba por las ramas y se sentía bien consigo misma. Pero su amiga no era así, se conocieron a la edad de cinco años en el lugar donde las habían llevado, cuando sus respectivas madres habían decidido abandonarlas, y se habían hecho inseparables. Al contrario de ella, Norma era muy insegura, no se sentía especialmente bonita ni estaba contenta con su cuerpo. Sin embargo, era preciosa.

Cuando cumplieron la mayoría de edad, Norma corrió a buscar marido, anhelaba tener una familia y lo consiguió. Un ejecutivo, de una multinacional muy importante en el país, se fijó en ella y se casaron al cabo de seis meses. Eric era un tipo atractivo, un hombre que se cuidaba mucho y que se gustaba demasiado a sí mismo. Bajo su punto de vista, ese matrimonio estaba abocado al fracaso desde el principio. Intentó advertir a su amiga, pero ella no la escuchó, incluso la acusó de sentir envidia y celos hacia ella. Aun así, debía darle crédito, tuvieron dos maravillosos hijos. Nadia y Samuel. Ella era la madrina de Nadia, una preciosa niña idéntica a su padre físicamente, aunque, al contrario de él, con un carácter muy dulce; ella era la única razón por la que su corazón se había roto en mil pedazos cuando salió disparada de su apartamento de San Francisco.

Eric ya no amaba a su mujer, eso era más que evidente. Tenía citas con otras chicas y Norma parecía estar ciega y sorda en cuanto al tema. No podía dejarla sola, así que se volcó en ella... y salió mal parada.

Iba sumida en sus pensamientos cuando un estruendo, y el repentino movimiento del autobús la zarandeó. Se golpeó la parte derecha de la cabeza contra el cristal de la ventana y quedó algo atontada antes de ser catapultada con violencia hacia el asiento que tenía justo delante, llevó la mano a su cabeza y se miró los dedos, sangre. ¿Qué coño?

Se levantó y no vio la parte delantera del autobús tal como debería ser. Era todo un amasijo de hierros, no se oía nada, parecía que la mitad de los asientos habían desaparecido. Un accidente, habían tenido un maldito accidente.

De pronto, un penetrante olor invadió sus fosas nasales, combustible.

«Oh, mierda».

Si no se daban prisa iban a terminar todos ardiendo. Se levantó y sintió un ligero mareo, cogió su mochila y no tardó en avanzar por el pasillo central intentando mantenerse estable.

—¡Salgan! —gritó.

Pero no obtuvo ninguna respuesta, alcanzó un par de asientos y quedó congelada ante la visión de dos personas muertas, tenían el cuello en una posición grotesca, aun así les tomo el pulso.

—¡Dios mío!

Le temblaban las manos y su cabeza empezaba a dolerle demasiado. Si esta gente estaba muerta habiendo quedado casi intactos en sus asientos, estaba segura de que ninguno de los que había más adelante había sobrevivido, estaban metidos entre los hierros y ni siquiera podía distinguir un rostro. Miró hacia delante y vio un movimiento. La cabina destrozada de lo que debía ser un camión estaba literalmente empotrada en el autobús, y un hombre se movía en su interior.

Echó un último vistazo y salió por una abertura lateral. Tenía que ayudar a ese hombre, saltó a la tierra y resbaló, había hielo. Se golpeó la cadera pero se pudo levantar, por lo menos no parecía tener ningún hueso roto.

Puso un pie en lo que quedaba de un retorcido estribo y se estiró para mirar por la ventanilla del conductor, estaba rota.

—¡Señor, voy a intentar abrir la puerta!

El hombre la miró, tenía un gran corte en la frente que no dejaba de sangrar.

—Estoy atrapado...

—Espere.

Intentó abrir la puerta pero no tuvo la suficiente fuerza como para moverla.

—Está desencajada. He pedido ayuda por radio, aún funciona, no tardarán —dijo con la voz forzada por intentar empujar desde dentro.

Está bien, debía calmarse. Se sacó el pañuelo que llevaba en el cuello y se lo dio.

—Póngase esto en la frente, intente ejercer presión.

Ella no alcanzaba a tocarlo y si se estiraba sobre el borde de la ventana terminaría clavándose los cristales.

—Gracias, deberías alejarte.

—Me quedaré a su lado hasta que llegue la ambulancia. Creo que en el autobús, o lo que queda de él, no hay nadie con vida.

—Joder, no he podido dominarlo... —dijo con tristeza.

Sabía que la culpa había sido de él, el camión había invadido su carril y seguía estando en dirección opuesta en el carril derecho.

—Hay mucho hielo...

De repente una llama apareció en el interior del autobús. El combustible había prendido.

—Chica, vete.

—Señor, voy a dar la vuelta...

—¡Aléjate! ¡Ahora!

Sacó una mano y empujó su hombro con tal fuerza que la hizo caer de nuevo al suelo, aún estaba aturdida cuando lo oyó gritar.

—¡Corre!

Se levantó dispuesta a dar la vuelta para intentar abrir la otra puerta, cuando una gran explosión la hizo volar hacia atrás arrojándola sobre su espalda. Todo lo que registraron sus ojos fueron las llamaradas naranjas y amarillas antes de cerrarse.

Tahiél miraba al horizonte desde las altas y escarpadas rocas nevadas. El silencio lo envolvía todo, y solo el helado viento hacía mover su ropa. El blanco de la nieve podría llegar a cegarlos, pero sus ojos estaban más que acostumbrados, el borde de su largo abrigo de cuero golpeaba incesantemente sus tobillos. No sentía frío, nunca lo hacía. Su piel estaba igual de fría que su alma. Aunque el interior de su cuerpo siempre mantenía una temperatura alta, normal en su especie.

Quería terminar con todo, se sentía solo y olvidado. Su existencia había tocado a su fin. Ya no le quedaba nadie con quien pasar las veladas, todos sus conocidos habían encontrado a sus compañeras o habían muerto luchando. Otros, simplemente se habían quitado la vida. Para los de su raza era difícil morir, pero no imposible.

Y ahora le tocaba a él, ¿qué demonios hacía aún vivo? Se preguntaba una y otra vez. No tenía una compañera a la que amar ni compartir ninguno de sus bienes. Ninguna mujer por la que preocuparse. Durante más de doscientos

años la había buscado sin descanso, y no había tenido suerte. No le quedaba ni un solo rincón en la tierra para explorar y ya estaba jodidamente asqueado de esta vida. Una que no le reportaba más que soledad y sufrimiento.

Una vida en la que solo era un lastre para sus hermanos, no podía desarrollar sus capacidades porque le faltaba su otra mitad. Como combatiente era bueno, pero no tanto como ellos.

Siempre sería el tipo que nadie quería dejar solo en fechas señaladas; fechas que no significaban nada para los de su raza, pero las compañeras humanas de sus hermanos habían insistido en celebrar la navidad año tras año. Y él había tocado fondo, tanta felicidad a su alrededor era una quimera, no quería eso, nunca más.

Sacó su puñal, y sosteniéndolo con firmeza, apuntó directamente a su corazón. La hoja era de diamante y lo suficientemente afilada, solo así podía morir; un ligero empujón y todo habría terminado. Cogió aire y lo soltó lentamente. Poner fin a su existencia era algo que había meditado largamente para llegar siempre a la misma conclusión; debía morir.

Miró a Kronos, el enorme lobo estaba sentado a su lado y giró su gran cabeza hacia él, había tristeza en su mirada. Demasiados años juntos, el animal había estado con él desde casi su nacimiento. Con su decisión le estaba condenando también a él.

Sabía que su muerte causaría dolor en su pequeña comunidad, pero el tiempo todo lo cura, y sus hermanos y cuñadas lo superarían.

Súbitamente, un intenso dolor agujoneó su sien derecha, sacudió la cabeza saliendo de su aturdimiento y frunció el ceño. Miró alrededor, no le había golpeado nada, pero tenía sangre en la mano cuando palpó la zona.

Kronos gimió y después todo el pelaje de su lomo se erizó. Se puso en guardia gruñendo.

Guardó el puñal y olisqueó el aire, aparte de algún conejo y ratas de montaña no distinguió nada más. Tal vez un oso a unos tres kilómetros, estaba demasiado lejos. A pesar de todo, siguió inspeccionando la zona, se sentía como un completo idiota. Algo había impactado contra su cabeza y ni siquiera se había dado cuenta, y esa era una de las razones por las que se sentía inferior, cualquiera de sus hermanos habría sabido de qué se trataba.

A lo lejos, en la carretera vio una gran explosión, no sabía cuál era la causa pero iría a investigar, si su raza estaba en peligro, él tenía que saberlo y avisar.

Trataba de encontrar la razón de por qué sangraba mientras se preparaba para descender, cuando otro dolor nació desde la parte baja de la columna vertebral hasta la base del cráneo, era tan intenso que lo puso de rodillas. ¿Qué cojones? Joder, tal como apareció, desapareció. Era lo más extraño que le había pasado en su dilatada existencia, la supuesta herida en su cabeza ya se había cerrado. Él sanaba rápido.

—Vamos, Kronos.

Abrió los brazos y se lanzó al vacío, era una caída de unos quinientos metros, extendió las manos y planeó hasta aterrizar a unos cien metros de la carretera. No era visible al ojo humano, su velocidad lo hacía imperceptible.

El lobo emprendió una brutal carrera a través del bosque en la misma dirección que él.

Aterrizó y corrió a través de los árboles, se detuvo al ver el accidente, un camión se había empotrado contra un autobús y los dos estaban ardiendo. Esa pobre gente habría muerto calcinada, no estaba a tiempo de salvar a nadie, aunque debía comprobarlo. Caminó a través de las llamas por encima de los calcinados vehículos y saltó al otro lado, allí distinguió una figura tirada sobre la nieve.

Se acercó cautelosamente y observo a la chica, estaba de lado y su largo cabello rubio desparramado en la nieve, vestía unos vaqueros, botas de montaña y una parca negra. En sus hombros colgaba una mochila, tal vez había salido despedida de uno de los dos vehículos.

Puso una rodilla en el suelo y tocó su cuello ensangrentado, comprobó su pulso y unos fuertes latidos golpearon la yema de sus dedos, estaba viva. Tenía un bonito rostro, delicado, con unos carnosos labios y unas largas pestañas, el cuerpo delgado y unas piernas bien torneadas dentro de los vaqueros. Pero ya había visto a muchas mujeres preciosas, había tenido citas con ellas... y ninguna era su compañera. Ya había desistido, una noche de sexo y no le recordaban después, de eso se trataba.

Kronos olió el rostro de la chica y le dio un lametazo en la cara. Su lobo nunca se mostraba cariñoso con nadie más que con él, y eso le pareció bastante extraño.

Se giró para buscar más heridos pero una descarga sacudió todo su cuerpo, una descarga que cesó en cuanto volvió a centrar su atención en ella. La chica parecía tirar de él.

De forma súbita todos los comentarios de los de su especie acudieron a su mente. «Es difícil alejarte de tu compañera una vez la has encontrado», «sientes su dolor como si fuera propio». Mierda, debió haber prestado más atención a los ancianos, ellos explicaron muchas historias antes de ser masacrados por los humanos y los clanes rivales.

Entonces comprendió lo que esa chica era para él. Tenía una herida en la parte derecha de la cabeza y aunque no podía ver su espalda debido a la ropa de abrigo, estaba seguro de que se había golpeado con violencia al ser derribada por la explosión. Y eso era exactamente el mismo tormento que había sacudido su propio cuerpo.

La urgencia de querer protegerla y al mismo tiempo cuidar de ella se adueñó de él. Todo lo que los rodeaba desapareció y su única prioridad fue ponerla a salvo. Comprobó mentalmente si había algún signo de vida cercano, pero eso solo le confirmó lo que sospechaba; todos habían muerto en el accidente. Los humanos eran seres frágiles.

—Kronos, haz una última comprobación.

El animal se perdió en medio de las llamas y buscó signos de vida, pero no tardó en volver junto a él.

El sonido de las sirenas llegó hasta sus oídos, calculó que estaban a un par de kilómetros, debía darse prisa. La cogió delicadamente intentando no infringir más dolor a su ya magullado cuerpo. La apretó contra su pecho y se apresuró a perderse en el bosque.

—Kronos, borra nuestras huellas y las de la chica.

Su casa estaba ahora demasiado lejos. Él, como el resto de sus hermanos, vivía apartado de los núcleos habitados. En raras ocasiones se alejaba si no era para cazar. Hoy lo había hecho con premeditación, pero así lo había decidido cuando pensó en quitarse la vida; debía estar lo más alejado posible de su clan, algo que ahora le iba en contra.

Capítulo 2

Aisha no abrió los ojos, se sentía algo débil y... caliente. Tocó unas suaves sábanas y lo que parecía ser una gruesa manta sobre ellas. Un ligero pinchazo en la cabeza le recordó que había tenido un accidente y gimió, suponía que estaría en un hospital, pero un agradable olor a madera quemada le indicó lo contrario, ¿en qué hospital había una chimenea para calentar a los pacientes?

—¿Cómo estás?

Buscó con la mirada el origen de esa voz de barítono algo ronca. Un hombre estaba sentado con un libro entre sus manos y la miraba expectante. Era un rostro muy masculino y rudo. Sus ojos oscuros la escrutaban con interés; tenía pómulos altos, una nariz recta y unos labios perfectos. Varios *piercing* adornaban algunas partes, como las cejas, la nariz y la comisura de su boca. Por no hablar de los dilatadores en sus orejas.

—¿Quién eres?

—Perdón, debería haberme presentado, soy Tahiel.

¿Tahiel? No había oído ese nombre en toda su vida.

—Yo soy...

—Aisha —cortó dejando el libro a un lado y levantándose.

No pudo evitar asombrarse de la altura que tenía, ese tío debía medir cerca de dos metros. Se encogió en la cama.

—No temas, no voy a hacerte daño.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tu documentación.

Arrugó la frente.

—¿Has mirado mis cosas?

—Solo he buscado tu nombre, tenías tu pasaporte en la mochila.

—¿Dónde estoy?

Él sonrió, lo cierto es que tenía una maravillosa sonrisa que mostraba una blanca dentadura. Llevaba el pelo largo, casi tanto como ella, y parecía llevarlo recogido parcialmente en la parte de atrás de su cabeza.

—En mi casa.

—Yo..., tuvimos un accidente.

—Murieron todos.

—Lo sé, creo que hubo una explosión.

—Sí, te encontré sin conocimiento y te traje aquí.

Estaba confundida.

—¿Por qué no me llevaste a un hospital?

—Porque yo podía ayudarte.

¿Qué?

Intentó incorporarse. Había tratado con suficientes pirados en su vida como para saber que debía huir lo antes posible. Aunque algo le impedía tener miedo, no acertaba a saber la razón. Tal vez su postura, en ningún momento agresiva.

—Debiste esperar a la ambulancia.

—Sí, pero no quise hacerlo, quería cuidar de ti.

¿Por qué todo lo que iba detrás de un *pero* era una verdadera mierda? ¿Y si este atractivo hombre era un asesino en serie?

—Oye, Thomas...

—Tahíél —corrigió.

—Lo que sea. Tengo que irme, tu compañía es muy grata y agradezco que me hayas ayudado...

—No irás a ninguna parte, aquí estás a salvo.

Volvió a fruncir el ceño. Esto debía de ser un mal sueño, aunque no del todo, ya que tener a semejante ejemplar cerca debía ser el sueño húmedo de cualquier mujer, lástima que al pobre le faltaba un tornillo o dos.

—¿A salvo? ¿De qué?

—Basta de charla —dijo contundente—. ¿Te duele algo? ¿Tienes hambre?

No contestó, a cambio volvió a moverse, pero un intenso dolor en la espalda la detuvo en seco.

—Mierda...

—Recibiste un buen golpe, te lo puedo asegurar.

¿Qué sabía él de su dolor? ¿Acaso era médico?

—Eso creo, pero tengo que ir al baño —mintió.

—No es cierto. Pero te acompañaré.

Lo miró entrecerrando los ojos.

—Huelo las mentiras —aclaró

Este hombre estaba muy mal.

—Necesito orinar, lo creas o no.

—Como desees. Pero tu primera intención no era esa.

No, quería buscar una salida y el hombre parecía saberlo.

Solo la chimenea, a cierta distancia de los pies de la cama, iluminaba la

estancia.

—He pensado que si encendía alguna lámpara podría dañar tus ojos — argumentó leyendo sus pensamientos.

—Gracias.

—Te sostendré...

—Puedo hacerlo sola.

—Te ayudaré a llegar, puedes marearte.

Hombre tozudo.

—Está bien —claudicó.

Levantó la ropa de la cama y comprobó que solo llevaba el sujetador y las bragas, se volvió a cubrir en seguida.

—¿Dónde está mi ropa?

—Te encontré en la nieve, tu ropa estaba empapada.

Sabía que la había desnudado él, aun así iba a ser tan idiota como para formular la pregunta.

—¿Me la has quitado tú?

—Aparte de Kronos, no hay nadie más por aquí —dijo un una sonrisa torcida.

¿Kronos?

—¿Puedes darme algo para cubrirme?

—Sí. —Abrió un armario de madera y sacó una manta pequeña, de esas de sofá.

Cuando se la entregó, se la puso sobre los hombros y sacó los pies por un lado; quedaron colgando. La cama era demasiado alta para ella. Estaba

pensando en deslizarse hasta el suelo cuando él se agachó y cogiéndola por la cintura la puso sobre sus pies, sin soltarla.

No se sintió mareada y lo miró levantando una ceja.

—Solo estaba esperando a que te estabilizaras —explicó él.

—Estoy estable, gracias.

La soltó y se apartó de su camino. La manta la cubría hasta los tobillos y aunque tenía los pies desnudos, el suelo estaba caliente.

—Es esa puerta de ahí —dijo él, señalando a su izquierda.

Debía rodear la cama para llegar y empezó a caminar. No estaba mal, después del golpe que se había llevado, se podría decir que estaba bastante bien. Miró la chimenea agarrando fuertemente la manta contra su cuerpo. Las llamas iluminaron un gran bulto peludo en el suelo, era un animal enorme y blanco. Un lobo, dedujo cuando observó sus característicos rasgos.

Se detuvo de manera súbita y su espalda chocó contra el pecho de Tahiél, recordándole que aún le dolía, escondió una mueca, no quería que cargara con ella hasta el baño. Aunque viendo lo que había en el camino hasta allí no sería tan mala idea.

—No temas, no te atacará. Lleva horas ahí, observándote.

—¿En serio? Es muy grande, no quisiera terminar hecha pedazos entre sus fauces.

Él se rio, y esa pequeña carcajada hizo que se girara a mirarlo. Tenía un rostro atractivo y en el borde de sus ojos asomaban unas pequeñas arruguitas que lo hacían aún más masculino; era por lo menos treinta centímetros más alto que ella, y la anchura de sus hombros era algo que solo había visto en el cuerpo de un culturista. Supuso que debían tener la misma edad, más o menos. No le pondría más de treinta y cinco.

—Creo que le gustan más las liebres.

—Eso es un alivio.

Pasó por al lado del lobo sin dejar de mirarlo, no se fiaba. Abrió la puerta y entró en un immaculado baño, la casa parecía hecha totalmente de madera y era acogedora. Se miró al espejo y observó una tira elástica cerrando un pequeño corte, era el lado que había golpeado la ventana del autobús. Tahiél la había estado cuidando.

Se lavó la cara y las manos intentando que la manta no se escurriera de sus hombros, no tenía frío, pero no la soltaría. Debía vestirse y salir de allí.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó apoyándose en el borde de la cama, ya de vuelta.

—Deberías descansar un poco más, te he preparado un caldo.

Tahiél le dio un cuenco.

—Está caliente, pero no quema.

—Gracias.

«Es un completo desconocido, ¿y si ha drogado la sopa?», «te está ayudando; si quisiera matarte o abusar de ti, ya lo habría hecho» Se preguntó y contestó a sí misma.

Bebió un sorbo y lo encontró delicioso.

—Está muy bueno.

—Gracias, aunque no sé cocinar mucho más.

Sonrió.

—Yo tampoco.

Volvió a beber, el primer trago había despertado a su estómago.

—¿Dónde estamos?

Él pareció vacilar, como si estuviera buscando la respuesta correcta.

—En las montañas, cerca de Juneau.

—Ahí es adonde me dirigía cuando ocurrió el accidente. De hecho el camión de mudanzas llegará dentro de dos días con mis cosas.

—¿Tienes una casa en la ciudad? —preguntó sorprendido.

—Sí, la alquilé hace un mes.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, soy de California.

Él abrió los ojos asombrado.

—Eso es todo un cambio.

—Lo necesitaba, además, soy escritora, me da igual escribir aquí o en Japón.

—¿Escritora? Has elegido un buen lugar, esto es muy tranquilo. ¿Por eso has venido?

—Sí. —No iba a explicarle a un desconocido la verdadera razón de su traslado.

Hora de irse.

—Gracias por tu ayuda, ahora me vestiré y me iré. ¿Estamos muy lejos de la ciudad? ¿Puedes prestarme algún coche?

Ella no podía marcharse, era su otra mitad. Pero explicarle el asunto sería complicado, lo tomaría por loco, si no lo había hecho ya.

—Te llevaría yo mismo, pero no tengo coche y la carretera está cortada, ha caído mucha nieve.

Lo miró sorprendida, supuso que le debía extrañar que no tuviera un medio de transporte en mitad de las montañas, pero es que él no necesitaba nada más que su cuerpo para desplazarse, ya fuera andando o dejándose caer desde una montaña, aunque no podía convertirse en moléculas y viajar, como lo hacían sus hermanos.

Observó esos ojos azules que le habían hechizado nada más verlos, cuando ella por fin despertó.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó contrariada.

—Una noche y medio día. Ahora son las tres de la tarde.

Ella buscó una ventana y la encontró a su izquierda.

—Pero si es de noche, o casi...

—Anochece pronto aquí.

Sonrió, Aisha no parecía muy segura de cómo era el clima de Alaska, ni de sus largas noches.

—No puedo quedarme, Tahiél.

—Sí, puedes. Hay una cama y comida de sobras.

Si la dejaba marchar cabía la posibilidad de que no la encontrara de nuevo, y eso no era viable. Ella iba a discutir cuando alguien aporreó la puerta, y ya sabía quién era. Solo Elián golpearía así la madera.

—Lo siento, voy a ver quién es —se disculpó.

—Hola, ¿hace una carrera? —soltó Elián nada más abrir, antes se aseguró de que Aisha estuviera cubierta.

—Pasa. —La ventisca estaba enviando copos de nieve dentro de su casa.

Elián entró después de sacudirse la nieve en la entrada, llevaba su largo abrigo de cuero con piel de zorro en el cuello.

—Nora está en casa investigando recetas para las próximas fiestas...

El tono de su voz fue descendiendo cuando se dio cuenta de la presencia de Aisha.

Capítulo 3

Tahiél no esperaba tener que presentar a ningún miembro de su familia el primer día que Aisha y él estaban juntos, resopló mentalmente y se dispuso a hablar cuando su hermano lo hizo primero.

—No había nada en la puerta que indicara que estabas acompañado, ya me voy.

Aisha levantó una ceja. Y él quería asesinar a su propio hermano, de una manera cruel y dolorosa.

—Aisha, te presento a mi hermano Elián, te juro que normalmente es más civilizado.

Elián sonrió, pero era una sonrisa forzada, se estaba cabreando.

—¿Desde cuándo me presentas a tus...

—¡Elián! ¡Atiende! Aisha es..., es ella. Por eso no había nada en la puerta, idiota.

Su hermano frunció el ceño hacia la chica y después lo miró. De repente pareció entender.

—¿Es ella? ¡Joder, haber empezado por ahí! Una semana sin verte y me pierdo las buenas noticias.

Aisha se levantó cogiendo con fuerza la manta y se acercó a ellos.

—Un placer Elián, es evidente que me he quedado atrapada aquí. Y para serte sincera, no tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Nos conocemos?

—Yo diría que no.

—Tuvo un accidente y la traje a casa —intervino Tahiél.

—Ah, ¿estás bien? —preguntó Elián advirtiendo la herida de su frente.

—Sí, creo que sí.

—De todas formas, gracias a Tahiél, te curarás rápido.

Aisha frunció el ceño.

Elián la estaba confundiendo con sus frases inconexas, tenía que hacer algo, ya, pensó Tahiél.

—Discúlpalos un momento. —Iba a estrangular a su hermano si seguía así.

Cogió del hombro a Elián y lo empujó con apremio hacia la cocina.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? —preguntó cabreado al cerrar la puerta.

—Te hago la misma pregunta, ¿es tu compañera y no lo sabe? ¿A qué esperas para decírselo?

Tahiél se pasó la mano por la frente y miró a su hermano fijamente.

—La rescaté del accidente, es demasiado pronto...

—Espera, ¿es el que hubo ayer en la C13?

—Sí, ese. Supe que era ella casi al instante en que me acerqué. Así que me la llevé.

—¿Y me llamas idiota? Hace horas de eso, alguien puede estar buscándola.

Eran igual de altos y se estaban enfrentando a pocos centímetros de distancia.

—Iba a llamaros...

—Pones en peligro a la comunidad. Tenías que habernos buscado ayer.

—Lo sé. —Bajó la mirada—. ¿Crees que alguno de vosotros podría ir a la ciudad a informarse?

Elián le sostuvo la mirada en cuanto levantó la vista.

—¿Estás seguro de que es ella? ¿Tienes todos los síntomas?

—Completamente seguro.

No era cierto, no podía decir a ciencia cierta que Aisha fuera su mujer. Aún no había interactuado lo suficiente con ella. Pero esa corriente que le atravesaba cada vez que la tocaba tenía que significar algo.

—Bien, entonces hablaré con Neoh, a ver qué podemos hacer.

—Gracias.

—No me las des, aún no sabemos a qué nos enfrentamos.

Sus hermanos estaban ya emparejados, los tres. Neoh era el jefe del clan, un clan de cuatro miembros, desgraciadamente. El último en emparejarse había sido Elián y ya hacía diez años de eso. Nora era una mujer preciosa y cariñosa, aunque sus otras cuñadas no se quedaban atrás.

Aisha se quedó mirando la puerta de la cocina, sabía que lo era porque Tahiel había devuelto el cuenco del caldo allí. El hermano había dicho cosas bastante extrañas, dando a entender que ya sabía de ella, lo dudaba, había escogido este lugar en Alaska porque nadie la conocería y sería difícil encontrarla. Solo su agente literaria sabía su nueva dirección, y confiaba en ella.

Vio su mochila sobre una silla y fue a buscarla, había ropa de recambio, aunque la mayor parte estaba en la maleta que, seguramente, se había calcinado en el autobús.

Pensó en esa pobre gente, en el horrible destino que habían tenido, era triste pensar que sus familiares los debían esperar para unas fechas tan señaladas como era la navidad, la vida era injusta.

Sacó la ropa interior, unos vaqueros negros y un jersey de lana de cuello vuelto en color hueso. Cargada con su ropa entró en el baño y se dispuso a tomar una ducha. Estaba en una casa extraña, con gente extraña, y en una situación todavía más extraña. Le dolía el cuerpo pero era soportable. Tenía que comprobar por sí misma que no se podía bajar a la ciudad.

Cuando salió, Tahiél estaba sentado en una silla hablando por teléfono, solo contestaba con monosílabos así que poco podía pillar al vuelo, se sentó a su lado y esperó.

—¿Se ha ido tu hermano? —preguntó, cuando él colgó.

—Sí, su mujer está en casa, y con este tiempo infernal, no quería dejarla mucho tiempo sola.

—Ah, parece que estáis bastante apartados de la civilización.

—Así es —respondió escueto.

Posó sus bonitos ojos sobre ella y pareció estudiar su rostro. Su mirada se clavó en sus labios.

—¿Estás mejor? —preguntó después de carraspear.

—Sí, he usado la ducha, espero que no te importe.

—No, mi casa es tu casa.

No había conocido nunca a nadie tan hospitalario, ¿sería costumbre por estos remotos lugares?

—Voy a salir, me gustaría ver el entorno.

—No verás nada, ya es de noche, pero si te apetece, te dejaré alguna

prenda más, hace mucho frío para una hum... para ti.

No entendió lo que había querido decir, pero lo dejó pasar. La curiosidad podía con ella.

—No nos alejaremos de la casa, hay ventisca.

—De acuerdo.

Cuando abrió la puerta, después de haberla arropado con un abrigo de lana extra grande, el helado viento abofeteó su rostro. Dio unos pasos pero al momento se arrepintió de haber salido. Tal vez había sido muy osada al pensar que podía empezar una vida aquí, este tiempo era algo con lo que nunca se había encontrado.

—¡Tenías razón, no se ve nada! —gritó por encima del rugido del viento.

—Vamos, entra. —Tahiél se estaba carcajeando.

Entró temblando, con Tahiél y Kronos pegados a ella, el gran animal le imponía respeto, pero no se había mostrado agresivo en ningún momento. Aunque no se atrevía a tocarlo, su cabeza le llegaba a la altura del pecho.

—¿Te diviertes? —preguntó mirándolo fijamente.

—Sí, bastante. —Se puso serio—. Lejos de lo que puedas pensar, no eres mi prisionera. Querías salir y lo has hecho.

Él se quitó ese largo abrigo de cuero, que para el gusto de Aisha no calentaba nada, y cogió el de ella para colgarlos dentro de un armario.

—Vale, y ahora que has mostrado tu punto, dime. ¿Cuánto suelen durar las tormentas aquí?

—Depende, estamos a mediados de diciembre. Un día, tal vez.

Respiró más tranquila. No estaría muchas más horas encerrada aquí.

—Perfecto.

—Si lo deseas, puedes usar tu teléfono móvil, pero solo para informar a tu familia de que estás a salvo, no doy nunca mi dirección. Bajo a la ciudad a recoger mi correo.

¿Se podía ser más raro? Bueno, él también se extrañaría de su contestación.

—No tengo a nadie a quien llamar y no tengo teléfono.

Se había deshecho de él antes de salir de San Francisco.

Tahiel apartó la mirada del fuego y la observó.

—¿Nadie? ¿No tienes pareja tampoco?

—No, ¿y tú? —Puestos a sincerarse...

—No.

Pensó en las palabras de su hermano.

—Pero traes mujeres a tu casa...

—Hace tiempo que no lo hago —contestó con la mirada perdida de nuevo.

—¿Por qué?

Él levantó una mano y acarició su mejilla, parecía estar absorto en sus pensamientos, solo pasó el dorso de la mano de manera suave y lenta. No se apartó.

—Porque ninguna de ellas era mi compañera, me había cansado de buscar cuando te encontré.

Esos bellos ojos azules se clavaron en él, podía ver confusión y curiosidad

en ellos, pero ya había hablado demasiado, si la asustaba, se apartaría de él.

—¿Tu compañera? ¿Significa eso que buscas pareja?

—Algo así —dijo apartando la mano.

—Vaya, no creo que tengas demasiados problemas para conseguirlo, eres... atractivo.

Levantó una ceja. Le gustaba que hubiera dicho eso. Viniendo de otras mujeres no le afectaba, pero de Aisha, sí.

—¿Soy atractivo para ti?

Aisha se echó a reír, una risa que sonó musical en sus oídos.

—Para mí y para el resto de féminas, incluso para algún que otro hombre.

—No me interesan los hombres —afirmó contrariado, no esperaba esa respuesta.

Ella volvió a sonreír.

—Pareces ofendido, no pretendía...

—No, no lo estoy. Cada uno puede acostarse con quien quiera.

—Por supuesto.

Se quedaron callados mirando las llamas y oyendo el crepitar de la madera al quemarse.

—Háblame de ti. —Le interesaba saber más cosas de ella.

—Como ya te he dicho, soy escritora. No tengo familia, nunca conocí a mis padres, fui criada en un centro lleno de niños huérfanos. Nunca me adoptaron, y cuando tuve la edad suficiente, me independicé y estudié en la universidad, recibí ayuda del estado. Un día me di cuenta de que podía vivir de mis libros y me dediqué a ello a tiempo completo; ese sería un buen resumen de mi vida.

—¿Por qué no tienes pareja?

—Supongo que me pasa un poco como a ti, no he dado con la persona correcta.

Le alegró oír eso, era como si el destino hubiera decidido cruzar sus caminos.

—¿La buscabas?

—No, he salido con varios hombres, pero con el último tuve suficiente. Resultó ser un egoísta y cuando se cansó de la relación, simplemente se fue. Después supe que mientras estuvo conmigo también estaba con otra.

—Idiota.

—Sí, esa sería la palabra correcta.

La sonrisa de Aisha era triste ahora.

—Me pareces una mujer preciosa, no puedo imaginar a un hombre que no haya querido tenerte a su lado para siempre.

—Me sobrevaloras, tengo un carácter horrible —dijo riéndose.

—Eso, lo dudo.

—Solo intenta no cabrearme...

Se acercó a sus labios y los besó; un beso suave, solo un intento de probarla, y no le defraudó. Eran los labios más jugosos que había probado en su vida, y habían sido muchos. Esa corriente eléctrica fluyó hacia él, no sabía si ella sentiría lo mismo.

Se apartó y miró sus ojos, no había cólera en ellos, solo sorpresa.

—¿Ves? Aún no me has abofeteado —dijo fanfarrón, ocultando lo que había sentido con solo rozarla.

—Dame tiempo. —Y levantó la mano.

Él saltó del sofá y utilizó su velocidad para llegar hasta la puerta del baño.

—No te iba a tocar —dijo ella arrugando la frente.

—Lo sé, pero acabo de demostrarte que no podrías hacerlo aunque quisieras.

—¿Cómo has hecho eso?

—Soy rápido.

Lo había hecho con la intención de mostrarle algo de él, de su naturaleza, ver hasta qué punto se asustaba.

—Dios, pero si no te he visto correr, de repente estabas a mi lado y después...

—Hay muchas cosas que puedo hacer.

—Bien, algún día podrías mostrármelas. —Notó cierto sarcasmo en su tono.

—Algún día...

—Bien, ahora tú. Intenta cogermelo —lo desafió.

La miró divertido, parecían dos críos. La atraparía al instante, quizás la besaría de nuevo. Aunque si seguía así, iba a tener un problema serio dentro de sus pantalones.

Se abalanzó hacia ella, pero para su completa consternación Aisha voló, literalmente, por encima de la cama, casi rozando el techo, y aterrizó delante de Kronos, que la miró confundido.

—¿Qué cojones?

—¿Creías que eras el único? No soy tan rápida pero puedo saltar alto.

Eso no podía hacerlo una humana.

—Eso ha sido asombroso...

—No me preguntes cómo, siempre que lo hago me sorprende a mí misma, una vez se asustó tanto una profesora, que decidí no volver a hacerlo en público. Cuando era pequeña lo hacía de manera involuntaria, pero nunca me dijeron nada al respecto.

Capítulo 4

—¿Qué? —preguntó Neoh cuando terminó de hablar.

Su hermano mayor estaba tan sorprendido como él.

—Lo que acabas de oír.

—Eso no es posible —dijo Elm, su otro hermano.

—Pues lo he visto con mis propios ojos.

—Maldita sea... —juró Elián.

Aisha podía ser uno de ellos y ni siquiera saberlo, pero había sido abandonada en un orfanato y su raza no hacía esas cosas.

—¿Y qué hace viviendo entre humanos? —inquirió Elm.

—Ella no sabe lo que es.

—¿Seguro? Podría ser una trampa...

—Aisha no me ha mentado en ningún momento, lo habría notado.

—Puede saber camuflar...

—¡No! —rugió.

No podían sospechar de ella, no lo permitiría.

—Está bien, cálmate. ¿Os habéis acostado?

Frunció el ceño y miró a su hermano de manera amenazante.

—No, Neoh. Solo hace unas horas que la conozco.

—Eso nunca te ha impedido tirarte a una chica —intercedió Elián.

Se movió rápido y se plantó ante él.

—No la compares con otras mujeres. Ella es mi compañera y la respeto,

¿nos entendemos?

Elián dio un paso atrás.

—No era mi intención ofenderte, pero hasta que no te acuestes con ella no sabrás si puedes leer su mente y saber si es una amenaza para nosotros.

Se apartó de ellos y fue hacia la puerta. Pero antes de abrir se giró para encararlos.

—No la llevaré a vuestras casas hasta que no esté seguro, os mantendré a salvo, y fuera de esto.

No esperó respuesta, salió del despacho y besó la mejilla de Ariadna, la mujer de Neoh, antes de salir al frío del exterior. Su semblante serio disuadió a la chica de hacer preguntas.

Había dejado sola a Aisha con la excusa de ir a buscar más leña, Kronos estaba bajo el porche vigilando, aunque ella no era consciente de ello. Pero tenía que informar a su familia, que se había quedado tan perpleja como él, cuando explicó el incidente. Era hora de volver, vivían a poca distancia unos de otros y había corrido para ganar tiempo. Aceleró el paso y cogió leña del cobertizo exterior, había tardado unos quince minutos, pero podría decir que había tenido un problema de acceso al interior del cobertizo por culpa de la nieve.

—Ya estamos aquí —dijo entrando con Kronos.

—Creo que no hacía falta tanta leña —contestó ella contrariada.

Eso ya lo sabía, pero era lo único que se le había ocurrido para poder salir. Kronos estaba tranquilo, eso era una buena señal, ella no había intentado marcharse, algo que se temía. Pero su casa era pequeña y hablar por teléfono con sus hermanos no era una opción; ella oiría la conversación.

—La tormenta va a peor, mejor armarse de suministros —se excusó.

Les esperaba una larga noche, todavía no eran las seis de la tarde, pero ese efímero beso ocupaba su mente todo el tiempo, ¿desde cuándo aceptaba el beso de un hombre que acababa de conocer? Tahiél tenía un carácter amable y a la vez autoritario, en un par de frases había captado cierta tendencia a imponer más que a aconsejar.

Por otro lado; se habían divertido, lo de hacer cosas distintas al resto de sus conocidos era algo que hacía desde pequeña y hoy había descubierto que no era la única. Ni siquiera Norma la había visto saltar así, algo le decía que no debía mostrar ese... lado extraño, sin embargo; había vivido con ello y para ella era un don como otro cualquiera. Había gente que hacía contorsionismo, y a nadie le extrañaba.

Tahiél hizo una cena a base de pescado, estaba muy bueno y para no saber cocinar, se había esforzado por ella. Mientras comían observó su apuesto rostro, no sabía la razón, pero parecía tener un halo de tristeza a pesar de estar bromeando.

Kronos había salido un rato, según Tahiél, el gran lobo blanco se buscaba su propia cena en la montaña. Le explicó que el lado salvaje del animal estaba ahí, y que él lo respetaba.

—No es muy corriente tener a un lobo como animal de compañía.

—Es algo más que eso —dijo enigmático—. ¿Tomas café? —le preguntó levantándose y zanjando así la cuestión.

—Sí.

—Perfecto, voy a prepararlo.

—Está bien, yo recogeré la mesa —se ofreció.

Él había hecho la cena, era justo que ella recogiera y lavara los platos. Aunque, al final, lo hicieron entre los dos y después se sentaron en el sofá con las tazas calientes.

—¿No tienes televisor?

—No, no me gusta. Prefiero leer el periódico.

—Yo también lo hago.

Se quedaron callados un rato, Kronos ya estaba tumbado de nuevo a los pies de la cama.

—Háblame de tu familia —instó.

Tahiel la miró y vio una ráfaga de dolor en sus ojos que duró un instante.

—Somos cuatro hermanos. Neoh es el mayor, después va Elm, el siguiente es Elián, al que ya has conocido, y yo soy el pequeño.

—¿Vivís todos en estas montañas?

—Sí, nunca lo hemos hecho en otro lugar.

—Ah. Entonces estás acostumbrado a estas inclemencias —dijo señalando la ventana con la barbilla.

—Más que acostumbrado, durante el invierno nos quedamos aislados, pero no es un problema para nosotros.

—¿Y qué hacéis si dura mucho tiempo?

Él miró el oscuro líquido en su taza.

—Mis hermanos tienen familia y supongo que estar con sus mujeres lo hace todo más llevadero. Yo solo tengo a Kronos.

Debía ser triste para él.

—A veces me obligan a estar en sus casas, y digo que me obligan, porque alguno de mis hermanos se presenta aquí y me saca literalmente arrastras, pero ellos tienen sus vidas y no quiero estar demasiado tiempo allí.

—Es lógico. A mí me ocurre lo mismo con mi amiga Norma; ella está casada y tiene dos hijos. También se pone pesada con que no pase las fechas señaladas sola.

—Entonces te espera dentro de pocos días...

Ella soltó el aire.

—No, este año, no. —Tenía que cambiar de tema—. ¿Y vuestros padres? ¿Viven aquí también?

—En la casa que ahora ocupa Neoh y su mujer, Ariadna. Ellos murieron hace años, murió gran parte de mi familia.

Ella se sorprendió al oír eso.

—¿Un accidente?

—Nos atacaron nuestros enemigos.

¿Qué?

—¿Vuestros enemigos?

Giró su cuerpo hacia ella y apoyando el brazo en el respaldo del sofá acarició su mejilla de nuevo.

—Sé que es algo difícil de entender para ti. En estas tierras viven diferentes clanes y algunos son aliados nuestros, pero hay un clan en especial que siempre anheló nuestras tierras o más bien nuestra posición.

—¿Eso aún ocurre hoy en día? Me suena como algo del pasado.

—Todavía hay enfrentamientos territoriales. Tenemos nuestras propias leyes.

¿En serio?

—¿Qué sois? ¿Mafiosos o algo así? —bromeó.

—No, somos independientes. Tus leyes y tu justicia no se aplican aquí.

—Vaya, ¿sois un club de motoristas?

Él se echó a reír. Pero, teniendo en cuenta que iba vestido de cuero no sería de extrañar.

—No creo que nadie decidiera ir con una *Harley* por estos recónditos caminos. Eso ya nos deja fuera de tus suposiciones.

—Ciertamente.

Tahiél seguía acariciando su mejilla.

—Voy a besarte.

Su voz se tornó más ronca y ella ahogó un suspiro. No le conocía, pero estar con él era algo distinto que causaba un gran impacto en ella, era un desconocido, sí, pero se sentía en una paz que hacía tiempo que no tenía. ¿Qué podía perder?

—Hazlo.

Sus labios la buscaron y sus lenguas se encontraron en seguida. Notó una especie de corriente en la espina dorsal. Esto era nuevo, nunca lo había sentido con ningún hombre. Tahiél la besaba con un toque salvaje, como si quisiera devorarla.

La empujó suavemente sobre el sofá y se puso encima sin dejar caer todo el peso. Cuando sus labios se separaron su lengua siguió lamiendo en su cuello y después buscó sus ojos. Tenía entre sus dedos el borde del jersey y tiró lentamente, pidiendo permiso con solo la mirada. Se lo sacó por la cabeza quedándose solo con el sujetador.

La besó de nuevo en el valle de sus pechos y sonrió.

—Eres terciopelo.

Soltó el broche delantero y dejó sus senos libres, no tardó nada en capturar y rastrillar sus blancos dientes por uno de los erectos pezones, enviando pequeñas descargas directas a su centro que palpitaba esperando ser atendido.

Cuando Tahiél se levantó y empezó a quitarse la ropa sin dejar su mirada, ella también se libró de los vaqueros y calcetines. Dejó caer el sujetador deslizándolo por los hombros, las manos de él la atraparon por la cintura y después la ayudó a tumbarse de nuevo.

Sus labios hicieron un recorrido a través de su vientre, una lenta caricia que la hizo arquearse.

¿De verdad se estaba acostando con un hombre que solo había visto unas horas antes, por primera vez?

Apartó el pensamiento. Quería disfrutar del momento y cayó de nuevo en las placenteras sensaciones cuando él llegó a su núcleo y sus labios besaron la tierna carne mientras deslizaba sus bragas. Tenía las piernas sobre sus hombros y las levantó para facilitar que se deshiciera de la prenda, sus oscuros ojos estaban entrecerrados. Tuvo que apretar los párpados, su cuerpo estaba reaccionando rápidamente y cuando él hizo presión y unos pocos movimientos con la boca, un orgasmo invadió su sistema, subiendo por su columna y haciéndola vibrar.

—Oh, Dios mío...

—Eso debe de ser un cumplido.

Ella se rio, aún con los ojos cerrados.

—Seguramente.

—Ven aquí.

Él se acomodó en el sofá apoyando su espalda, y la sentó sobre sus piernas. Ahora sus sexos estaban rozándose.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

La levantó y la dejó caer lentamente sobre su eje, llenándola y estirándola por completo.

—Se siente muy bien.

—Sí, no pares...

—No pensaba hacerlo —aseguró con una media sonrisa lobuna.

Cuando estuvo totalmente enterrado en ella sus manos fueron a su trasero y las ancló allí. Ella afianzó las rodillas en el mullido sofá y se dio impulso para volver a descender sobre su pene.

Capítulo 5

Aisha era estrecha y ahora lo abrazaba como un puño, la sensación era distinta de cuando había estado con otras mujeres, con ellas era solo sexo, pero con Aisha estaba teniendo sentimientos, una oleada de ternura y deseo se apoderó de él nada más probarla, y su corazón parecía muy acelerado en comparación con sus otras sesiones de intercambio de favores, así lo llamaba él. Aisha era especial y era suya, aunque aún no había sido debidamente informada.

Echó la cabeza hacia atrás y la obligó a ir a su ritmo con las manos, que rodeaban su estrecha cintura. Ella apoyó su cuerpo en su pecho y notar sus turgentes pechos le hizo levantar la cabeza justo a tiempo para que ella lo buscara con sus labios, sus pequeñas manos le atraían por la nuca, enredadas en su cabello. Cuando se apartó se la quedó mirando.

—Eres preciosa, Aisha.

La hermosa sonrisa que afloró en sus labios aún la hizo más bella, sus ojos azules tenían motas doradas, y su ahora alborotado cabello, caía hasta media espalda en grandes ondas con varios matices de rubio. Subió una mano por su columna y empezó a moverse a mayor ritmo. Sus pechos bailaban ante sus ojos y en ese momento supo que pasara lo que pasase entre ellos, nunca olvidaría la imagen de Aisha sobre él.

Ella aceleró su respiración, estaba a punto de volver a caer al abismo del placer, siguió guiando sus movimientos hasta que ella estalló con un pequeño grito y él se dejó llevar. El orgasmo lo arrasó todo, dejando su mente en blanco por unos segundos. Algo que nunca había experimentado antes.

De pronto, un montón de imágenes de ella inundaron su mente. Aisha había sido una niña preciosa, varios fragmentos de su juventud también

aparecieron fugazmente, y por último, vio a un hombre cogiéndola del codo y zarandeándola como a un trapo, ella gritaba aunque no podía oírla. La furia se apoderó de él, ¿quién cojones era ese tío?

—¿Ocurre algo?

Las inconexas imágenes desaparecieron de golpe y aunque seguía cabreado con la última visión, intentó concentrarse en lo positivo. Ella era su compañera, nada de esto habría pasado si no lo fuera. Sus hermanos le habían contado cómo funcionaba cuando la encontrara, y así había sido.

—¿Tahiel? ¿Todo va bien?

—Sí, lo siento. Estaba recreándome en ti.

Aún no podía decirle que podía ver fragmentos de su vida en su mente.

Ella sonrió.

—Sabes cómo hacer que una mujer se sienta deseada.

—Te he deseado desde el momento en que te vi.

—Tú también me gustas.

No podía aclararle que no era lo mismo. Ya lo entendería. La levantó, y con ella en brazos fue a la cama y la dejó con suavidad, después se puso al lado y ella apoyó la cabeza en su pecho; los tapó a los dos con las mantas. Así era cómo debía ser, ahora entendía a sus hermanos cuando se negaban a salir de sus casas; no ocurría muy a menudo, ya que se esforzaban por no dejarlo solo.

—Duérmete, mañana veremos si podemos bajar a la ciudad.

—De acuerdo..., y gracias.

—¿Por el sexo?

Ella soltó una risita.

—Por darme cobijo, aunque el sexo ha sido genial, no voy a negarlo.

—Eso es quedarse corto...

Aisha lo miró.

—Ah, ¿eres de esos?

¿A qué se refería?

—¿De esos?

—Sí, ya sabes, esos tipos a los que les gusta que les regalen la oreja con sus atributos y méritos en la cama.

Sonrió con suficiencia.

—No, no soy de esos. No hace falta que nadie me lo diga, lo sé.

Ella soltó una carcajada y le dio un manotazo cariñoso en el pecho.

—Eso es muy presuntuoso por tu parte.

—Soy realista.

Un gruñido, que consiguió ponerle la piel de gallina, y el rápido movimiento de Tahiél, la despertaron. Abrió los ojos cuando él estaba sacando su brazo de debajo de su cabeza. Se había quedado dormida sobre él.

Kronos volvió a gruñir y esta vez parecía más apremiante.

—No hagas ruido, voy a ver qué pasa —dijo con los labios pegados a su oído.

No contestó, porque tal como le había hablado también había saltado de la cama y en menos de un segundo tenía los pantalones puestos. La poca luz que

venía de la chimenea le hacía parecer un borrón, solo había un par de troncos y el fuego era muy tenue. Aun así, pudo ver cómo se acercaba a la ventana de la cocina y manteniéndose a un lado daba un pequeño vistazo afuera.

—Mierda. —Le oyó maldecir en voz baja.

Se sentó en la cama y se cubrió con la manta justo por encima de sus pechos. Todavía era de noche, aunque no tenía la menor idea de la hora que podía ser. Buscó su mirada y cuando la encontró, él le guiñó un ojo. Eso era una clara muestra de que quería tranquilizarla. Pero no la ayudó, estaban apartados en este lugar, ¿y si alguien pretendía entrar?

Kronos estaba mirando la puerta con todo el pelaje de su lomo encrespado, algo no iba bien. Tahiél lo miró y el lobo, para su sorpresa, se encaminó hacia ella y se mantuvo al lado de la cama. La cabeza del animal quedaba a su misma altura. Sus ojos azules la observaron un momento antes de volver la atención a su amo.

Tahiél fue hacia la puerta y se giró poniendo un dedo en su boca, pidiéndole así que no hablara. Y después abrió y salió a la fuerte ventisca. ¿Estaba loco? La temperatura debía ser muy baja y solo llevaba los pantalones puestos, ni siquiera se había puesto las botas. Se levantó y buscó su ropa, Kronos no dejaba de rondar a su alrededor mientras se vestía. Pero en cuanto se encaminó hacia la puerta el gran animal se puso en su camino.

—Muévete —siseó, sin atreverse a tocarlo.

Kronos le enseñó los dientes y solo con eso la hizo retroceder.

—Kronos, ese loco ha salido ahí afuera medio desnudo...

¿Y qué narices hacía dándole explicaciones a un lobo?

—Vamos, apártate —volvió a insistir con voz queda.

De repente, un gruñido rasgó la noche e hizo eco en las montañas. Se

abrazó a sí misma, ¿qué había sido eso? ¿Otro lobo? Se acercó a la ventana y miró fuera con cuidado de que Tahiél no la viera. No quería que se cabreara por no haberle hecho caso, pero no había dicho nada de que no pudiera moverse de la cama.

Tahiél estaba hablando con tres hombres igual de altos que él y, por la poca luz que salía de una linterna que portaba uno de esos tipos, también pudo apreciar que eran grandes en tamaño. ¿Qué les daban de comer en estas tierras? Parecían discutir. Aisha temió por él, eran tres contra uno.

—... su olor hasta aquí —dijo un hombre, alto y claro, aunque solo entendió la mitad de la frase.

—¡Largaos de mi propiedad o ateneos a las consecuencias! —bramó Tahiél.

Recordó lo que le había explicado sobre las disputas por los terrenos. ¿Ahora era el momento de tratar eso?

Kronos giró sobre sí mismo y gruñó de nuevo a la puerta.

—¡Probé su sangre! ¡Me pertenece! —gritó otro.

Se congeló en el sitio, ¿había entendido bien? Pero todo el miedo que había sentido hasta ahora se convirtió en terror cuando, además de los tres hombres, a Tahiél lo rodearon varios lobos de color oscuro, grandes como Kronos.

El lobo blanco no dejaba de mirar la puerta, parecía que quería derribarla. Podría ser que Tahiél se cabreara por esto, pero abrió, y Kronos salió disparado hacia su amo. Viendo como lo estaban rodeando, el animal era su mejor baza.

—¡Cierra! —gritó Tahiél en cuanto la vio.

Le hizo caso a regañadientes, no temía por esos hombres, pero los lobos la

tenían contra las cuerdas, se veían salvajes y a punto de atacar.

Volvió a la ventana y se quedó estupefacta cuando uno de los hombres empujó a Tahiél poniendo una mano en su pecho. Kronos reaccionó al instante lanzándose sobre él y el resto de animales cayeron sobre ellos.

Se giró buscando algo para defenderse, estaba frenética, no se quedaría mirando como desgarraban al hombre que la había ayudado. Un doble cañón asomaba por detrás de una pequeña mesa en un rincón de la cocina. Tiró de él, era una escopeta de caza y rezó para que estuviera cargada. Iba a salir cuando un reflejo llamó su atención. El teléfono móvil de Tahiél estaba sobre la mesa. Quizás podría avisar a Elián, el único al que conocía.

Buscó la agenda, solo habían los nombres de sus tres hermanos, extraño.

Marcó el de Elián, que contestó al segundo tono.

—Dime, hermano, ¿has averiguado algo más? —preguntó nada más contestar.

—Soy Aisha, ¿me recuerdas? —Intentó calmarse para que la entendiera.

—¿Aisha? Por supuesto, ¿ocurre algo? —reaccionó él rápidamente.

—Unos hombres y varios lobos están atacando a Tahiél...

—¿Dónde estás?

—Dentro de la casa, ellos están fuera...

—Escúchame con atención. Tahiél los puede mantener a raya hasta que lleguemos, no salgas. Mantente a salvo.

Cuando colgó se quedó mirando el teléfono.

—¿Que no salga? —dijo en voz alta.

Cogió la escopeta y abrió la puerta, el aire era helado pero la ventisca no era tan fuerte y podía ver como uno de esos tipos golpeaba a Tahiél mientras

los otros lo cogían por los brazos. Kronos parecía estar atacando a los otros lobos, en su blanco lomo vio sangre. Oía los gruñidos de los lobos y los resuellos de los hombres. Nadie había reparado en ella cuando apuntó al cielo y disparó, el ensordecedor sonido dañó momentáneamente sus oídos, y el retroceso hizo que se tambalease. Pero eso era mejor que disparar a las personas o animales que tenía delante.

Todos la miraron, incluidos los animales. Dos de esos hombres llevaban el pelo muy corto y en punta, el tercero llevaba una larga melena blanca y su mirada era intimidante; la de un depredador sin escrúpulos, no es que hubiera visto a ninguno en su vida.

—¡Aisha! ¡Entra y cierra! —Aulló Tahiél. En su voz había dolor.

Uno de los hombres avanzó hacia ella, uno de los dos que tenían el pelo corto, tenía las facciones duras y una mirada vacía.

—Vaya, vaya. Así que tú eres la mujer que andábamos buscando...

—¡No te acerques a ella! —volvió a gritar su amigo, al que por cierto, mantenían en su sitio los otros hombres.

Bajó el cañón y apuntó directamente al hombre.

—No des un paso más.

El hombre se echó a reír y se detuvo, después olisqueó el aire; era un tipo raro. Aunque debía admitir que atractivo de una manera ruda. Los hombres de por aquí podrían hacer un calendario y venderlo, sacarían mucha pasta. Al momento se dio cuenta de sus pensamientos. Estaban totalmente fuera de lugar, y Tahiél en peligro.

—Hueles a él.

¿Qué? ¿Esté tío podía oler como lo haría un perro?

—Soltadle, o juro que disparo.

El hombre se dio la vuelta y señaló a Tahiél.

—Tú, hijo de puta —dijo dándole la espalda como si ella no estuviera apuntándole—. Esto significa tu condena.

—¡Que te jodan! Estás en mi propiedad y me has atacado.

Se deshizo de los tíos que lo sostenían lanzándolos al suelo.

La imagen de Aisha encañonando a Wallace, le había dado suficientes fuerzas como para desprenderse de esos dos.

—Nena, por favor...

Ella no era consciente de las consecuencias que podían tener, sus hermanos y él, si disparaba.

—Haz caso a este capullo —dijo el hombre de nuevo—, no te conviene apretar ese gatillo. No me matarás y solo conseguirás cabrearme, mujer.

Tahiél se plantó ante él y empujó su pecho.

—No te dirijas a ella en ese tono. Ahora vete, tenemos una conversación pendiente en la próxima asamblea.

El hombre los miró con desdén y se giró haciendo una señal a los otros dos. Ella miró a Tahiél, estaba herido; tenía una ceja abierta y el abdomen golpeado, podía ver las marcas.

Tahiél avanzó un poco y tocó el hombro de Wallace. Cuando este se giró, le soltó un puñetazo en la mandíbula. Kronos se lanzó sobre uno de los lobos negros casi al mismo tiempo.

—Te lo debía. La próxima vez que te vea por aquí, dispararé antes de

hablar. Tú y yo conocemos la mejor forma de matarte, ¿cierto? —amenazó Tahiel.

El hombre se lanzó de nuevo a atacarle, pero con un movimiento rápido se apartó quedando los dos encarados.

—No amenazas, Tahiel, aquí el único que ha infringido un acuerdo milenario eres tú.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —La voz de Neoh sonó como un estruendo.

Todos dejaron de moverse, los lobos también.

Capítulo 6

El que habló apareció andando entre los árboles cercanos a la casa de Tahiél con dos lobos blancos, uno a cada lado de su cuerpo, y otro hombre a cierta distancia.

¿Más lobos? Gimió Aisha internamente.

Una mano viniendo de detrás de su cuerpo cogió el cañón del rifle y otra se puso en su cintura, dio un respingo.

—No temas, soy Elián. Suelta eso, preciosa.

Respiró más tranquila y dejó ir el arma.

Wallace se volvió para encarar al hombre que había hablado.

—Pasa, que deberías atar en corto a tu hermano pequeño y cuando estés en ello, recuérdale algunas cláusulas, parece haberlas olvidado.

—Me ocuparé de eso. Ahora salid de mis tierras.

Los hombres que iban con Wallace no abrieron la boca.

—Lo haremos, pero voy a exponer esto en la próxima as...

—Haz lo que consideres oportuno, Wallace —le cortó Neoh con voz de mando.

Cuando los hombres empezaron a retirarse, Elián tiró de ella hacia dentro de la casa. Después entró Tahiél dando pasos largos y fue directamente al baño.

Ella corrió tras él, no había cerrado la puerta y se estaba lavando el rostro.

—¿Estás bien?

La miró a través del espejo y arrugó la frente.

—Perfectamente —aseveró.

Ya no quedaba nada de aquél hombre amable, parecía culparla a ella de lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado? No he entendido nada de lo que se ha dicho ahí afuera.

Él apoyó los puños en el mármol, cerró los ojos apretando los parpados y bajó la cabeza.

—No te incumbe.

Perfecto.

—De acuerdo, solo quiero que sepas que mi intención era ayudarte.

Se dio la vuelta y salió de nuevo al salón. Pero aún no había puesto un pie en la estancia cuando le cogió un brazo y la hizo detenerse.

—No vuelvas a hacerlo. Tú no hubieras podido ayudarme, eres demasiado frágil.

¡¿Qué?! ¿Qué sabía él de su vida? Empezaba a estar harta de la prepotencia de algunos hombres. Hacía unas horas, hubiera jurado que Tahiél no era de esos.

—No tengo ese montón de bultos a los que debes llamar músculos, pero toda mi vida he sabido defenderme.

—No de esto, mantente al margen la próxima vez.

En su mirada había reproche y preocupación a partes iguales. Curiosa manera de demostrarlo.

«¿Será gilipollas?», pensó cabreada.

—Suéltame.

La soltó como si hubiera estado tocando brasas y acabara de recordar que se estaba quemando. Avanzó hacia el sofá y se dejó caer al lado de Elián, él

la podría ayudar a bajar a la ciudad. Esperaba que no se pusiera de parte de su hermano pequeño, no quería tener que batallar con otro capullo.

—Hola, soy Neoh, el hermano de Tahiél y este es Elm —dijo señalando al hombre a su lado que sonrió de manera simpática—. A Elián ya lo conoces.

Iba a contestar cuando Tahiél habló.

—¿Dónde están los lobos?

—Fuera montando guardia, que es lo que debiste hacer tú —contestó Neoh tajante.

Tahiél se plantó ante su hermano, todos tenían un cierto parecido; cabello largo, mismos rasgos y ojos oscuros. Le recordaba a un grupo de vikingos, ya que Elm llevaba unas finas trenzas colgando a ambos lados de su cabeza que se mezclaban entre su sedosa melena negra.

—No esperaba visita, maldita sea, no a estas horas.

Miró el reloj sobre la chimenea, eran las cinco de la madrugada.

—Siempre hay que estar alerta —intervino Elm—. Pero imagino que estabas demasiado ocupado.

El hombre lanzó una mirada acusadora sobre ella. Perfecto, ya eran dos los idiotas en este salón.

Tahiél levantó el puño dispuesto a noquear a su hermano, pero Neoh lo envolvió con su mano. El musculoso brazo de su anfitrión vibró, y sus músculos ondearon, era una vista impactante. Dejando aparte el hecho de que llevaba manga corta cuando se había quitado el abrigo.

—Déjalo. Ahora.

Una risita vino de su lado derecho, miró a Elián y levanto una ceja, parecía divertirse la situación.

—Dejad en paz al chico, joder. Esto nos podía haber pasado a cualquiera de nosotros, ¿o ya no recordáis vuestros comienzos en pareja?

¿Qué?

—¡No somos pareja! —gritaron tanto ella como Tahiél.

Se miraron y la carcajada de Elián no se hizo esperar.

—Lo que sea —dijo entre risas.

Pero Neoh y Elm, no lucían demasiado divertidos.

—Cállate, joder —increpó Tahiél a Elián.

Ella reparó en el hecho de que le había llamado «chico» y lo cierto es que todos parecían tener la misma edad, se debían llevar pocos años entre ellos. Pero recordó que le dijo que él era el pequeño.

Elián se cruzó de brazos sin dejar de sonreír socarrón.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó Tahiél.

—Oímos varios aullidos y supimos que algo iba mal, aunque no creímos que la cosa fuera contigo. Aisha estaba preocupada por ti y llamó a Elián —explicó Elm.

Él clavó sus ojos en ella, pero no dijo nada.

—Por tu silencio deduzco que Aisha no sabe nada... —expuso Neoh.

—No, no se lo he contado —se apresuró a aclarar Tahiél—. Si os largáis, podré hacerlo.

—Qué manera más sutil de echarnos —dijo Elián levantándose.

—Ella podría ser uno de los niños que desaparecieron tras el ataque de hace unos treinta años. Todo esto podría tener una explicación después de todo —admitió Neoh.

¿De qué estaban hablando?

—¿Estáis hablando de mí?

Elián cogió su mano y la besó.

—Tahiél te lo explicara todo, mantén la mente abierta, lo vas a necesitar.

Ella también se levantó.

—¿Por qué os empeñáis en pensar que me conocéis?

—No es exactamente así, conocemos tus orígenes o al menos, los intuimos —aclaró Neoh—. ¿Te importaría apuntar en un papel el nombre de la institución donde te criaste?

—¿Por qué debería hacer eso? Lo único que quiero es irme de aquí...

—Lo harás, pero antes te pido este favor —insistió.

Tahiél le estaba tendiendo una pequeña libreta y un bolígrafo, se lo arrebató de mala gana y apuntó el nombre, si así era feliz el hombre....

—Gracias —dijo Neoh cuando le entregó la hoja arrancada de la libreta.

—No hay de qué.

—Tahiél, dejo esto en tus manos. Ella necesita saber lo que está pasando.

—No es de nuestro clan...

—¿Eso lo ha dicho Wallace? —inquirió el hermano mayor.

—Sí, probó su sangre. La herida de su frente..., él vio la mancha en la nieve, cerca del accidente. A pesar de que Kronos la había cubierto.

Tahiél parecía muy cabreado por eso. Y ella seguía sin entender que una persona normal fuera probando la sangre de la gente, ¿se creía un vampiro?

—Maldito tarado —dijo Elián.

—No sé cómo podemos afrontar esto. No puede ser mi compañera y pertenecer a otro clan al mismo tiempo.

—Tú, ¿qué? —preguntó ella.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Neoh—. No creo que vuelvan esta noche, pero haz el jodido favor de dejar a Kronos fuera.

—Lo haré —contestó Tahiél pasándose la mano por la nuca.

Cuando se fueron, él fue a la nevera y volvió con una cerveza en la mano.

—¿Quieres?

—No, gracias. Prefiero café.

Le sirvió una taza en seguida.

—Siéntate Aisha, te debo una disculpa...

—No me debes nada. En realidad lo único que quiero es salir de aquí.

¿Ahora se daba cuenta de la actitud que había tenido hacia ella? Maldito hombre estúpido.

Tahiél reconoció haber sido demasiado brusco. Había quedado en estado de shock cuando Wallace le había dicho lo de su linaje y Aisha no era responsable de eso, solo a ese loco se le ocurría ir dando lametazos a la primera mancha de sangre que encontrara. Algo no encajaba, ella no podía ser su compañera si pertenecía a otro clan, la naturaleza lo habría impedido. O eso pensaba.

Pero había visto imágenes de Aisha en el pasado y eso solo ocurría si había una vinculación entre ellos. Se había acostado con las mujeres suficientes como para saber que eso no pasaba. Entre humanos, no existía la clase de amor que había entre los de su raza. Una pareja solo se podía separar

si uno de los dos moría, su compañera o compañero estaba destinado a quedarse solo para el resto de su vida, que solía ser de solo unos días.

—Aisha. Déjame explicarte esto.

—Está bien. De todas formas no puedo ir muy lejos de noche y sin coche.

Él intentó relajarse. Pero ella seguía envarada.

—No te lo contaría si no fuera importante para ti.

—De acuerdo, dispara.

—En estas montañas vivimos varios clanes, no somos mafiosos ni señores de la guerra o de la droga.

—Eso es todo un alivio.

—Aisha, te estoy hablando en serio.

—Y yo te estoy escuchando.

Ella se había sentado en una de las sillas de la pequeña mesa de la cocina, él se sentó enfrente y dejó la cerveza sobre la madera.

—Somos personas con poderes, estamos vinculados a los animales, en concreto a los lobos.

—¿Qué clase de poderes? —preguntó un tanto cauta.

—Viste cómo me moví en el salón...

—Doy grandes saltos y no me considero una maga por eso.

Tahiél resopló, esto iba a ser difícil.

—Ahí quería llegar. —La miró fijamente—. Wallace, el tipo que ha venido acompañado de otros dos...

—Ese que ha hecho algo con mi sangre.

—Sí, dice que tú le perteneces, que tienes su linaje.

Aisha se levantó arrastrando la silla hacia atrás, y lo miró furiosa.

—Solo a mí me pasan estas cosas, tengo esa maldita suerte.

—¿De qué estás hablando? —inquirió sin entender su reacción.

—¿Sabes? Tengo cierta tendencia a atraer a personas de lo más extrañas, pero esto me sobrepasa. ¿Has evitado que me llevara una ambulancia al hospital para terminar conmigo tú mismo?

Eso no lo esperaba, ¿de qué coño lo estaba acusando?

Capítulo 7

—Espera, ¿crees que yo haría algo así?

Ella pudo ver la sorpresa en su rostro.

—No lo sé, Tahiél. No te conozco, no conozco a tus hermanos y mucho menos a esos capullos llenos de esteroides que han aparecido en tu casa.

—Aisha, dame un respiro, es complicado...

Soltó el aire y se sentó de nuevo. Había caído en manos de unos tarados y se había acostado con uno de ellos. Desde luego, a estúpida no la ganaba nadie.

—No somos humanos, aunque tengamos esa apariencia. Cuando nacemos estamos vinculados a nuestros lobos, ellos nos encuentran durante los primeros diez años de vida. Kronos dio conmigo a la temprana edad de tres años.

—Eso es imposible, ¿cuántos tienes? ¿Treinta y dos, treinta y cinco? Un lobo no vive tanto tiempo.

—Tengo ochocientos tres y Kronos la misma edad.

Locura extrema, eso es lo que tenía.

—Has visto demasiadas películas...

—Somos un clan asentado en estas montañas desde hace milenios — continuó, sin hacer caso de su sarcástico comentario—. Mi hermano Neoh es el líder desde que una gran parte de mi familia murió, antes lo había sido mi padre. Fue una guerra entre linajes y algunos humanos, atacaron nuestras tierras y mataron a los lobos. Uno por uno, mis padres, tíos, primos y amigos, todos murieron aquella noche. Solo los hombres, sus esposas murieron tiempo después.

No sabía qué contestar a eso, así que permaneció en silencio. Le dejaría soltar todas esas sandeces y por la mañana se iría.

—Nuestros lobos estaban junto a nosotros por eso no fueron asesinados.

—¿Mataron a los lobos, y también a tu familia? —La curiosidad pudo con ella.

—No fue necesario. Si los lobos mueren nuestro vínculo también y después nuestros cuerpos. En resumen, si muere Kronos, yo desaparezco con él. Por eso me has aterrorizado cuando te he visto con la escopeta en la mano. No temía por ellos ni por mí, pero algo me decía que mis hermanos vendrían, si hubieras disparado a uno de sus lobos blancos...

—No tenía intención de disparar a nadie, bueno; ese tarugo de Wallace se lo habría ganado si me llega a tocar.

—Has sido muy valiente, pero incauta, Aisha. Mi deber es protegerte.

—¿Tu deber? No tienes ningún deber conmigo, llevo años protegiéndome sola.

—No contra esto.

Iban a terminar discutiendo. Así que cambió de tema.

—Ese tío dijo que no podía matarlo...

—Gracias a nuestros lobos nos regeneramos deprisa, si le hubieras disparado hubiera caído pero se hubiera recuperado rápidamente. Te estoy contando algo que poca gente sabe...

—¿Qué ocurre si un cazador dispara por error a Kronos?

—Lo puede herir gravemente, y si no se puede recuperar..., el resultado sigue siendo el mismo.

—Tú mueres.

Asintió.

—¿Y si alguien lo apresa?

—Nuestro vínculo se debilita y...

—Tú mueres —repitió.

—Ellos son vitales para nosotros, por eso vivimos aquí y no en otro lugar. Sería extraño ver a un tío pasearse con un lobo en California.

Notó que él quería aligerar un poco el ambiente.

—Sí, lo sería. Además, imagino que peligroso, los vehículos atropellan a miles de animales al año. Por no mencionar otras situaciones.

—Exacto. Debemos mantenerlos a salvo.

Bebió de la botella y la miró.

—¿Quieres preguntar algo?

—¿Qué hay de las mujeres?

—Ellas son más libres que nosotros, no están vinculadas a un lobo. Pero si encuentran a su compañero se vinculan a él, y muere también si él lo hace.

—Es una maldita cadena, imagino que deben preferir seguir solteras.

Él sonrió, pero era una sonrisa triste.

—No es tan sencillo. La atracción que siente el uno por el otro no se puede ignorar.

—¿Por eso murieron cuando sus parejas también lo hicieron?

—Sí. De todas formas, en mi clan ya no hay ninguna mujer de nuestra raza, todas perecieron.

—Lo siento.

Aisha se levantó y paseo de un lado a otro de la cocina. Se puso la mano

en la frente y lo miró.

—A ver si lo he entendido. Si llego a disparar a uno de los lobos esta noche, hubiera condenado también a su dueño y a la esposa de este, si la tuviera.

—Sí, aunque debo aclarar que no somos dueños de nuestros lobos, no son animales domésticos, y nuestras mujeres no son nuestras esposas sino nuestras compañeras. Es normal que pienses como una humana, has vivido entre ellos durante toda tu vida.

—Tahíel, no me metas en esto, soy humana... ¿Los hijos también mueren?

—No, el vínculo no afecta a los hijos, de ser así, mis hermanos y yo también habríamos muerto.

—Ah.

—Hace unos años hubo una guerra entre clanes, muchos niños fueron asesinados o raptados en diferentes comunidades. Neoh cree que tú podrías ser uno de esos bebés.

—¿Yo? ¿Y en qué se basa?

—Cuando hicimos el amor, me preguntaste qué me pasaba, ¿recuerdas?

—Sí, es como si te hubieras arrepentido...

—No, nunca me arrepentiría de tenerte entre mis brazos, Aisha.

Eso sonó muy íntimo y malditamente genial, pero se centró de nuevo.

—Entonces, ¿cuál es el punto de todo esto?

—Vi como había sido tu vida, te vi de pequeña y de adolescente, eso solo nos ocurre con nuestra otra mitad.

—Esto mejora a medida que pasan las horas. Comprenderás que es difícil

de creer.

—Tal vez te convenza si te digo que vi a un hombre trajeado cogerte del brazo y zarandarte, es lo más cercano al presente que pude distinguir.

¿En serio? Ese había sido el marido de Norma. Tahiél no podía saberlo, ¿o podría haberse enterado de alguna manera?

—¿Era tu pareja? Si algún día me cruzo con él, lo mataré. Debes saberlo.

Sus ojos se ensancharon por la sorpresa. No tenía duda de eso, en sus iris oscuros había una fuerte convicción.

—Fue una discusión con un amigo. En mi mundo no solucionamos las cosas de ese modo, Tahiél.

—Claro, por eso nunca hay asesinatos, y algunos incluso son televisados —dijo con ironía—. ¿Me crees ahora? —preguntó dejando el tema.

—Te lo puede haber contado alguien...

—Aisha, a medida que nos conozcamos, iré sabiendo más de ti.

—¿Por eso te acostaste conmigo?

Se levantó y cogió sus manos.

—Hicimos el amor porque te deseo y creo que tú también lo deseabas.

Eso no iba a negarlo.

—Lo siento me cuesta creerte...

—Lo entiendo, no te agobiaré con esto. Ya lo irás asimilando y confiando en mí.

Ella soltó sus manos.

—Me gustaría ir a la ciudad.

—Te acompañaré...

—No es necesario.

—No quiero que Wallace dé contigo —expuso Tahiél.

—No lo hará.

Él acunó su rostro entre sus manos y ella lo miró. Tenía unos ojos preciosos, marrón oscuro, enmarcados por unas gruesas pestañas. Su cabello aún enmarañado por la pelea lo hacía lucir algo salvaje.

Sus labios buscaron los de ella y se besaron, ella apoyó las manos en sus amplios hombros. El hombre sabía cómo excitar su cuerpo con solo besarla.

—Déjame protegerte —pidió contra su boca.

—Está bien, me irá bien un guía.

—¿Eso es lo que soy?

—De momento, sí.

Él sonrió y ese gesto le encantó.

—Tendré que conformarme, por ahora.

Ella bajó la vista, y para su consternación, ya no había señales de golpes en su musculoso abdomen, rápidamente buscó la herida de la ceja. Tampoco estaba ahí.

—Es cierto que te curas rápido.

—Ya te lo he dicho.

Había algo que quería preguntarle.

—Elián dijo algo de que una mujer estaba buscando recetas para navidad.

—Es su compañera.

Frunció el ceño sin comprender.

—Has dicho que no quedaban mujeres...

—Ella es humana.

Eso despertó su interés.

—¿Y sabe de vosotros?

—Por supuesto. Mis tres hermanos tienen compañeras y las tres son humanas.

—Vaya, eso es...

—Fantástico para ellos.

—Supongo que sí.

Una ráfaga de tristeza cruzó su mirada.

—Y tú sigues solo.

—Ahora ya no. Te tengo a ti.

—Vamos Tahiél, no creo que yo sea tu compañera —dijo separándose de él.

—Lo eres, pero tengo que darte tiempo.

Lo dejaría correr, sentía una fuerte atracción hacia este hombre, pero un calentamiento tan repentino no podía significar nada.

—Mi hermano mayor tiene un todoterreno en su casa, iré a buscarlo ahora mismo.

—De acuerdo.

—Kronos se quedará aquí, si ocurriera algo él me lo diría...

—¿Habláis telepáticamente?

—Ahora la que ha visto demasiadas películas eres tú.

Compuso una sonrisa torcida, parecía divertido.

—Tal vez, aunque debo culparte de que mi imaginación se dispare.

—Puedo percibir el estado anímico de mi lobo, si algo lo altera, lo notaré.

—Ahhh, eso me tranquiliza más —dijo con ironía.

—Algún día tú también lo harás, le percibirás a él y a mí, sentirás nuestras alegrías y nuestro dolor, a nivel físico y mental. Y además podrás esconder en tu mente lo que no quieras que yo vea. No me hace especial ilusión, pero debes saberlo.

Este hombre creía que ella se iba a quedar aquí y no iba a ser así, podían ser amigos y su secreto estaría bien guardado, aunque podría utilizarlo en alguna de sus obras.

Mejor no.

—¿Sabes que contarle tantas cosas a una escritora es una mala elección? Podría usar ese conocimiento para escribir un libro.

—Confío en ti —dijo divertido—. Y para probarlo voy a decirte algo más.

—¿Qué?

—Sentí tu dolor, aún sin haberte visto nunca. Un dolor en la sien derecha y un fuerte agujonazo en la espalda. Yo estaba... paseando con Kronos cuando eso ocurrió.

—¿Te refieres al accidente?

Él asintió.

—Por eso fui a buscarte. Tenía que ayudarte.

—Si me hago daño, ¿tú también lo sientes?

—Sí. Es nuestro emparejamiento, aunque aún no lo creas.

—Entonces, ¿debo depilarme con cera cuando quiera fastidiarte?

Bromeó sobre ello, aunque le parecía imposible que eso pudiera ocurrir

entre ellos.

Los dos se miraron serios hasta que estallaron en una carcajada.

—Hacía tiempo que nadie me hacía reír así —admitió él.

—Me alegro.

Ciertamente un halo de tristeza envolvía al hombre, no sabía el motivo, pero algún día podría hacer que él se lo contara, cuando hubiera más confianza. A pesar de que Tahiél decía confiar en ella.

Besó sus labios y fue al baño antes de irse. Ella fue al salón y recogió la ropa que había llevado el día anterior para guardarla en su mochila.

Capítulo 8

—Neoh, necesito que me prestes tu coche —le dijo a su hermano mayor.

—No hay problema —abrió un cajón de su escritorio y le lanzó las llaves que había en su interior—. ¿Vas a llevarla a la ciudad?

—Sí —contestó cogiéndolas al vuelo.

—Ella es tu compañera, pude oler eso.

—Lo sé, pero es reticente, no creo que se haya creído mucho de lo que le he explicado sobre nosotros.

—A mi compañera le costó asimilarlo y mírala ahora.

—Lo sé, pero Aisha parece más cerrada...

—Acabará entendiendo nuestra clase de vida, no te preocupes por eso.

Esperaba que así fuera, porque él la necesitaba y la deseaba. No quería perderla ahora que la había encontrado.

—Pero lo que dijo Wallace...

—Eso tendrá que probarlo ante el consejo. No creo una sola de sus palabras —aseveró Neoh.

—No hubiera podido seguir su rastro si mintiera —argumentó Tahiél.

—Ha podido seguirlo de otra manera y seguir diciendo idioteces. Los hombres andan algo desesperados en estos tiempos, muchos siguen sin compañera y la verdad es que las mujeres no suelen aparecer por aquí. Vamos, te acompañaré al cobertizo.

—No es necesario...

—Hay algo que quiero comentar contigo.

—Está bien.

Cuando Neoh hacía eso era porque no quería que Ariadna los oyera. Tendía a proteger a su mujer de las cosas que solo tenían que ver con el clan.

—No creas que no sé lo que estuviste a punto de hacer.

Mierda. Él sabía que su hermano mayor se enteraría, pero no le importó en aquél momento. Se iba a quitar la vida y Neoh no hubiera llegado a tiempo.

—No iba a hacer nada —mintió.

—Sí, lo ibas a hacer y yo ya había salido en tu búsqueda cuando aquella sensación desapareció repentinamente. ¿Eres idiota?

—¿Es una pregunta trampa?

Se apoyó en el lateral del coche y espero la reprimenda de Neoh con los brazos cruzados sobre su pecho y los puños cerrados. Solo Neoh podía percibir el estado de ánimo de él y de sus hermanos. Pero Elián, Elm y él mismo, eran incapaces de hacer eso entre ellos.

—¿Sabes lo que hubiera significado tu muerte para nosotros?

—Lo sé, pero lo hubierais superado, no os estaba condenando, entre hermanos eso no ocurre.

—Sí, eres idiota —afirmó tan tranquilo.

—Gracias, supongo.

—Te queremos, Tahiél, y perder a un miembro de la familia nos habría hundido por más tiempo del que crees. Siempre has sido mi máxima preocupación.

Tahiél apretó con más fuerza los puños.

—Precisamente por eso. Neoh, llevas tantos años con Ariadna que ya has olvidado lo que se siente cuando estás solo día tras día. Mi existencia me

pesaba, ni siquiera Kronos me hacía sentir mejor.

—También lo hubieras condenado a él, eso es muy egoísta por tu parte. El animal no lo hubiera impedido.

—Ahora lo sé, desearía que olvidaras el asunto, no volverá a ocurrir.

—Es por eso que he esperado a hablar contigo a solas, si nuestros hermanos se enteraran de esto montarían en cólera.

—Te agradezco el detalle.

—Me defraudaste, hermano.

—Eso también lo sé.

Bajó la mirada, se sentía estúpido.

—Tahíel, ahora tienes la mente ocupada en Aisha. Conquistala, haz que se enamore de ti, ella solo siente atracción ahora, pero si juegas bien tus cartas, acabará amándote.

—Es complicado, en este momento piensa que se acostó con un loco.

Neoh, sonrió.

—¿Y la culpas por eso?

—Gracias por tu ayuda...

—Estabas a punto de hacer una puta locura.

—Ella no lo sabe...

—Pero lo sabrá en cuanto aprenda a leerte y déjame recordarte que, debido a tu estado en aquél momento, no vas a poder ocultarlo. Ya sabes cómo funciona.

—Llegados a ese punto lo enfrentaré.

—Te va a ver como a un ser débil.

Tahiél se encogió internamente. Neoh tenía razón.

—Intentaré compensarla.

—Espero que lo hagas, y ahora vete, y si percibes algún peligro avísanos. Estamos aquí para ti.

—Lo sé, gracias.

Neoh lo cogió por la nuca instándolo a bajar la cabeza, después la apoyó en su propio pecho.

—Te quiero hermano, cuídate.

Después le besó la coronilla y lo dejó ir.

Cuando se metió en el coche, su hermano se volvió mientras seguía caminando.

—Y péinate, joder. A las chicas les gustan los hombres acicalados.

Eso le hizo reír.

—Captado.

Sacó el coche del cobertizo, que hacía las funciones de garaje y taller, y condujo hasta su casa. Solo estaban a unos cinco kilómetros unos hermanos de otros.

En pocos días sería navidad, y lo cierto es que eso no le apetecía en absoluto. Era absurdo que ella celebrara esas fiestas que se suponía que eran en familia. Seguramente se pasaría el día escribiendo, faltaba un mes para que su agente literaria empezara a ejercer presión, y debía cumplir con el plazo.

Oyó un motor fuera de la casa, Tahiél había vuelto, y ella ya estaba

preparada. Se disponía a salir cuando él entró.

—¿Te importa que me dé una ducha antes de ir a la ciudad?

—No, te esperaré fuera.

—Quédate cerca de Kronos.

No esperó respuesta y desapareció dentro del baño. Ella salió al aire frío, pero le dio la bienvenida a la sensación. El sol no estaba muy alto y aunque había buena luz no calentaba lo suficiente; esto no era San Francisco. No había visto los alrededores y después de ver a Kronos acercarse a su lado empezó a caminar, su primer impulso fue acariciar su cabeza. Aisha tuvo que recordarse que Kronos no era un perrito, ya no le daba tanto miedo como la primera vez que lo vio, pero no era ninguna incauta.

Había un camino a su derecha, imaginaba que siguiéndolo podría llegar a la civilización. El todoterreno aparcado en la puerta había dejado grandes surcos en la nieve que se alzaba unos treinta centímetros del suelo. Siguió caminando dejando el camino a un lado y una gran ladera se abrió ante ella. La ciudad se veía pequeña a esta distancia, abajo, en el valle.

Las majestuosas montañas nevadas enfrente tenían grandes picos nevados, el aire olía a limpio y el frío obligó a su mente a recapacitar. No tenía ni idea de por qué había elegido Alaska, pero era algo con lo que siempre había soñado sin darle más importancia. Ni siquiera se lo había comentado a Norma y eso era algo por lo que ahora estaba agradecida. Su amiga no sabría dónde buscarla.

—Aisha, sube al coche.

Se giró y observó a Tahiél mientras metía su mochila en el maletero. Se percató de que llevaba el pelo mojado, ¿estaba loco?

—Tahiél, no creo que sea el lugar más indicado para ir como un surfista

—dijo, cuando se sentó en el asiento.

—No sufras, nunca me he puesto enfermo.

—Qué suerte.

Él la miró un momento antes de arrancar el motor, dio marcha atrás para encarar la salida y después empezaron a descender siguiendo el camino, no hablaron durante un rato; Tahiél estaba concentrado en la conducción o en sus pensamientos.

De pronto, un gran abismo apareció a su lado, era una caída bastante profunda. Todo eran rocas cubiertas de nieve y solo con mirar ya se mareaba, así que mantuvo la mirada al frente.

—Espero que conozcas bien el sendero —murmuró sobrecogida.

Él puso una mano sobre la suya que estaba crispada en una de sus piernas, se había encogido en su asiento.

—Los neumáticos están preparados, no caeremos.

Cogió su mano y la puso en el volante.

—Mejor que conduzcas con las dos manos.

Tahiél se echó a reír.

—Aisha, he conducido por aquí durante demasiados años...

—Siempre hay una primera vez para todo. Y no me mires —añadió temerosa.

Necesitaba que no perdiera el control del vehículo. Las ansias por llegar a la ciudad se hicieron más apremiantes.

—Me gusta mirarte.

Pero cuando se debió dar cuenta de su palidez volvió a centrarse en la carretera.

—Nena, no te asustes, es un tramo corto, te lo prometo.

—Solo espero que no venga nadie en dirección contraria.

—No suelen visitarnos mucho —admitió Tahiél.

Aisha soltó el aire cuando divisó una carretera, pocos minutos después se incorporaron a ella.

—Esto está mucho mejor —suspiró.

Como él no contestaba, lo miró, su perfil era muy masculino; mandíbula marcada, nariz recta. Era el hombre perfecto, lástima que estaba algo pasado de vueltas.

Le dio la dirección que tenía apuntada y diez minutos después aparcaron delante de la fachada de un edificio de tres plantas. Entraron en la oficina que había en la planta baja y cuando se identificó, un hombre de mediana edad, le entregó las llaves.

—¿Quieres subir? —preguntó mirando a su amigo.

—Por supuesto.

Le dio la sensación de que Tahiél lo iba a hacer de todos modos. «Es tu protector, él lo ha dicho», se recordó mentalmente con sorna, no es que le hiciera especial ilusión.

Subieron hasta la última planta en el ascensor, el edificio se veía moderno, de reciente construcción, sin embargo, el alquiler era bastante asequible.

Cuando abrió la puerta se quedó prendada, todo estaba forrado de madera y aunque no había ni un solo mueble, el piso era acogedor. El techo se inclinaba de la misma manera que lo hacía el tejado, algunas ventanas también tenían esa forma; sería como vivir en una buhardilla.

—Oh, está genial, igual que en las fotografías que vi —dijo mirando la

única habitación que había para dormir y que no tenía cama aún.

—Es pequeño, pero para una persona sola está muy bien —admitió él, aunque no parecía muy convencido.

—Sí, cuando lleguen los muebles quedará impresionante, por suerte no tengo muchos.

—La cocina está bien equipada.

—Sí, y además soy la primera en ocupar este lugar..., me dijeron.

—Puedes quedarte en mi casa...

—Eres muy amable, pero necesito mi espacio. Ya sabes, concentración e investigación.

Pudo apreciar la lucha interna de Tahiél, aunque no entendía muy bien el por qué, el hombre parecía estar a punto de ponerla sobre su hombro y volver a la cabaña.

—Estaré bien, además puedes venir a verme siempre que quieras.

—Lo sé —contestó seco.

Tahiél percibía un peligro inminente, algo alrededor de Aisha le decía que estuviera pendiente de ella e intentaba separar esa sensación del jodido enamoramiento adolescente en el que se sentía atrapado. Lo de la vinculación entre compañeros era algo de lo que había oído hablar, pero vivirlo en sus propias entrañas era muy distinto. Aisha estaba profundamente enterrada en su cuerpo y en su mente, y nada iba a cambiar eso. ¿Cómo podría dejarla en la ciudad y volver a su cabaña?

Tendría una especie de desgarró interno solo con pensar que a ella le pudiera ocurrir algo. Necesitaba consejo y lo necesitaba ya. Pensó en sus cuñadas, Lidia, Ariadna y Nora, estaba convencido de que lo primero que le dirían es que le diera espacio y lo haría, pero se mantendría lo suficientemente cerca.

—Debo volver —dijo a regañadientes.

—Está bien. No tengo teléfono móvil, pero voy a comprar uno.

—Es mejor que estés comunicada.

—Sí.

De pronto se acercó a él y lo abrazó poniéndose de puntillas, besó su mejilla y lo miró a los ojos.

—Quiero darte las gracias por tu ayuda, eres un buen amigo.

¿Amigo? Esta mujer no entendía nada.

—No hay de qué.

Si no se marchaba ya, terminaría encima de ella en el suelo.

—¿Tienes un bolígrafo en la mochila? —preguntó.

—Sí, y alguna libreta, siempre voy armada para mis ideas —contestó sonriendo.

Cuando se lo dio, apuntó su número de teléfono y dejó la libreta sobre la encimera de la cocina.

—Pasaré a recogerte sobre las cinco...

—No hace falta...

—No tienes cama, puedes usar la mía hasta que lleguen los de la mudanza.

Ella pareció dudar.

—Puedo ir a un hotel.

Se acercó y cogió su barbilla obligándola a mirarle a los ojos.

—No debes tener miedo de mí.

—No lo tengo, pero me aterra lo que te rodea.

Sí, eso era cierto, podía sentirlo.

—Te dije que te protegería y lo haré.

—Está bien, pero solo hasta que lleguen mis muebles, mientras tanto y hasta que pases a buscarme, debo solucionar varios asuntos.

—Ve con cuidado.

—Lo haré.

Cuando él se marchó se acercó a la ventana, lo vio subir al todoterreno y enfilar la calle, no había mucho tráfico y aquí, en la ciudad, el asfalto estaba libre de nieve.

Cogió su mochila y bajó por las escaleras, lo de los ascensores no iba con ella, si estaba sola.

Distinguió una cafetería enfrente y cruzó la calle a paso ligero para entrar al calor del local. Se sentó en la única mesa que estaba al lado de la cristalera y cogió el periódico que había sobre ella. El accidente del autobús salía en la primera página, una fotografía en blanco y negro de los amasijos de hierros en que se habían convertido los dos vehículos. El titular decía que habían muerto todos los ocupantes. Nadie sabía nada de ella.

Centró su mirada en los transeúntes que pasaban por la acera, era como si ella no existiera. Viajaba en ese autobús y no constaba en ningún sitio. No sabía si alegrarse o echarse a llorar. Pero una gran tristeza la invadió, aquellas personas que habían muerto allí merecían, sin duda, haber salvado también

sus vidas.

Capítulo 9

Tahiél sabía que sus hermanos estarían ocupados a estas horas, debían estar pendientes de las tierras y de los humanos que trabajaban para ellos, los pozos petrolíferos que habían en sus dominios eran su principal fuente de ingresos, varias empresas estadounidenses había apostado por ellos y desde hacía años habían dado sustento a mucha gente en la ciudad. Llamó a Neoh para excusarse y se dirigió a ver a sus cuñadas.

Cuando ninguna de las tres le abrió la puerta cayó en la cuenta de que ellas solían ir a la ciudad para hacer compras y pasar un tiempo juntas. Perfecto, ya hablaría con ellas en otro momento. Dejó el coche en su casa y se fue con Kronos hacía el yacimiento más cercano, los hombres que allí trabajaban no entendían que tuviera a un enorme lobo como mascota, y por las habladurías, sabía que en la ciudad, sus hermanos y él, eran considerados tipos extraños, huraños y nada sociables. Lo mismo ocurría con los otros clanes. A todos ellos los llamaban los hombres de las montañas. Lógicamente, ellos usaban a esos hombres y mujeres como buena mano de obra, nada más, aunque con respeto. Les pagaban puntualmente, así que ninguno osaba a criticar su forma de vida abiertamente.

—Hola jefe.

—¿Cómo va todo, Henry? —preguntó levantando la voz por encima del ruido de las máquinas en pleno funcionamiento.

El hombre era el capataz, y muy bueno en su trabajo, había dirigido plataformas petrolíferas en el mar y buscaba un trabajo en tierra para estar más cerca de su familia. Cuando vino a ofrecer sus servicios diez años atrás, ninguno de sus hermanos tuvo ninguna duda de que era apto para el puesto.

—Bien, ha habido una avería en una de las tuberías pero los mecánicos

han podido solucionarlo sin tener que ir a por piezas de recambio, aunque he hecho el pedido.

—Perfecto, estaré en la oficina.

Entró en la cabaña que hacía la función de despacho y, después de quitarse el abrigo, se sentó en su sillón y dejó el móvil sobre la mesa, no quería perder una sola llamada de Aisha.

Gracias a la compañera de su hermano Neoh, ellos sabían contentar a sus empleados, ella tuvo la idea, cuarenta años atrás, de hacer una cena navideña para los trabajadores y sus familiares. La hacían en dos turnos, ya que el entramado no podía dejar de funcionar, eso significaba una pérdida millonaria que no solo les afectaba a ellos sino a todas las empresas que dependían del crudo que extraían.

Llamó al restaurante para reservar las mesas y dejó todo bien atado. Él y sus hermanos no acudían para no estropearles la diversión.

—Hola, ¿Qué deseas tomar?

Aisha levantó la cabeza y miró a la chica morena con uniforme de camarera, era bonita y tenía una sonrisa angelical.

—Buenos días, un café, por favor.

—Hoy tenemos *brownies* de crema y chocolate, ¿te apetece? Si dices que no, Matilde saldrá de la cocina y desatará el infierno sobre ti.

Se echó a reír, curiosa forma de hacer que los comensales hicieran gasto.

—Bien, no quisiera eso, tráeme uno y házselo saber.

La chica se rio mientras volvía a la barra, solo había un par de hombres en ella y tres mujeres en otra mesa al fondo, las oía reír, parecían ser unas amigas desayunando juntas y explicándose cosas íntimas, ya que en algún momento hablaban en voz baja.

Ella había tenido eso con Norma, ya ni recordaba esos buenos momentos, todo se había disipado como la niebla.

—Aquí tienes, por cierto me llamo Susan. Eres forastera, ¿verdad?

Preguntó dejando el plato con el delicioso pastelito y una más que ingente cantidad de café en una gran taza.

—Un placer, Susan. Soy Aisha y he venido a pasar un tiempo aquí.

—Oh, no tenemos demasiadas visitas, espero que estés a gusto.

—Sí, me gusta lo poco que he visto de la ciudad.

Cuando levantó la cabeza para mirarla sonriendo vio que Susan miraba a través del cristal al otro lado de la calle. La chica parecía aterrorizada así que siguió la trayectoria de sus ojos. Wallace estaba plantado ante su portal mirándolas directamente. ¿La estaba espiando?

—Ese idiota...

—¿Le conoces? —preguntó a Susan.

—Por desgracia es una ciudad pequeña, nos conocemos todos.

—Parece que no te cae bien.

—No mucho, digamos que no es demasiado amable con las chicas de por aquí.

Decidió no decirle que ya lo conocía y que había notado lo poco cordial que era.

—Te está mirando...

—No es a mí a quien mira, ve con cuidado, Aisha. No confíes en ese tío.

Susan la miró, su rostro mostraba preocupación.

—Gracias por la advertencia, seguiré tu consejo.

Cuando el hombre cruzó la calle sin mirar si venía un coche, Susan se fue detrás de la barra. Ella lo observó, caminaba hacia la cafetería seguro de sí mismo, su largo abrigo volaba detrás de su musculoso cuerpo. Cuando entró por la puerta la miró y sonrió, al contrario de Tahiél, Wallace tenía una sonrisa extraña, era guapo, pero el gesto no hacía atractivo su rostro, más bien dibujaba una mueca sarcástica.

Estaba a punto de levantarse cuando él se acercó y puso una mano sobre su hombro, ella la miró y la apartó con la suya.

—No vuelvas a tocarme.

—No lo haré, pero tengo que hablar contigo, así que quédate donde estás.

—No, tengo prisa.

Él volvió a sonreír.

—Si tengo que ponerte sobre mi hombro y sacarte de aquí para que me escuches, ten la seguridad de que lo haré.

Eso la dejó paralizada y sin ninguna duda de que este tipo era capaz de hacer eso.

—Siéntate —ordenó.

—Está bien, te doy dos minutos —se atrevió a decir.

Cuando Wallace se pellizcó el puente de la nariz supo que estaba llegando al límite de su paciencia, aun así no le importó, no se atrevería a hacerle daño delante de otras personas. O eso quería pensar.

—Necesito algo más que un par de minutos y eres tú la que está perdiendo

el tiempo. —Señaló la silla con la barbilla mientras él se sentaba—. No te lo voy a pedir de nuevo.

Se dejó caer y apoyó el antebrazo en la mesa.

—Tú dirás.

—Tengo que saber quién eres y de dónde has salido.

Levantó una ceja.

—No te importa, no te hablaré de mi vida, ni siquiera te conozco...

—Resulta que yo sospecho quién eres —dijo dejando caer la mano plana sobre la mesa—. Y exijo respuestas, ahora.

—Estás loco, por si nadie te lo ha dicho aún.

Se acercó a ella por encima de la mesa, lo que hizo que ella se enderezara.

—No sé cómo coño ha ocurrido, pero perteneces a mi clan, no a ese idiota de Tahiel. Y que te hayas acostado con él me pone las cosas muy difíciles —expuso bajando la voz.

¿Qué? ¿Es que en esta ciudad no había nadie cuerdo?

—No le debo explicaciones a nadie y menos a ti. Me acuesto con quien me da la gana y no pertenezco a ningún clan, no eres más que un tarado.

Hizo ademán de levantarse, pero él puso su mano sobre su muñeca.

—No te irás de aquí hasta que me digas lo que quiero saber.

—Suéltala.

Una voz de mujer vino desde su espalda, cuando se giró para saber quién había hablado, se encontró con una de las chicas que estaban en la mesa del fondo.

—Ella no es asunto tuyo, Ariadna —gruñó cabreado.

—Tampoco tuyo, he dicho que la sueltes.

—¿O qué? ¿Vas a llamar a Neoh para que salve el culo de una mujer que no pertenece a su clan?

¿Neoh? No era un nombre corriente, ¿se trataba del hermano mayor de Tahiel?

—Neoh ya está en camino. Y cualquier mujer que caiga en tus manos debería ser salvada, no eres más que un salvaje.

No hablaban demasiado alto, los dos mantenían sus miradas de manera retadora y el resto de personas no oían más que la música de fondo.

—No te atrevas a hablarme así nunca más, mujer. Eres una incauta.

—Soy previsor y tengo un nombre, así que úsalo.

—Tu compañero debería enseñarte modales.

—Y tu deberías saber que Neoh no te permitiría que me dirigieras ni siquiera una mirada, aquí el único incauto eres tú, idiota.

Ariadna no se estaba achantando ante ese hombre y eso le daba una seguridad que ella no tenía.

—Suéltame —exigió intentando que no le temblara la voz.

—Volveremos a vernos —dijo en tono amenazante al mismo tiempo que la soltaba y se levantaba de su silla.

—Piérdete. —La voz de Ariadna sonaba firme.

Observaron a Wallace acercarse a la barra y decirle algo a Susan, la chica bajó la cabeza y asintió.

—Ven a nuestra mesa —la invitó Ariadna.

—Ya me iba...

—Sospechábamos que podrías ser Aisha, pero no estábamos seguras. Ven,

te presentaré a mis cuñadas y al mismo tiempo amigas.

¿Pero, es que todos sabían de ella? Maldito fuera el momento en que decidió venir a esta jodida ciudad, estaba harta de no enterarse de nada, sin embargo, conocer a Tahiél... a ese loco, le había gustado demasiado.

—Sí, soy Aisha, y me acabo de trasladar a la ciudad.

—Lo sé.

Ya nada le extrañaba; lo sabían todo, por lo visto.

Fueron hacia la otra mesa y la presentó a las otras dos mujeres, Lidia y Nora.

—Es ella... —dijo Lidia admirada.

—Eres preciosa, Aisha. No me extraña que Tahiél esté tan cambiado en estos dos días. Le has dado una nueva luz —corroboró Nora.

—Un placer, chicas. ¿Sois las... compañeras de los hermanos de Tahiél?

—Las mismas. Estamos encantadas de conocerte. Espero que estés bien, ese energúmeno de Wallace no sabe a lo que se enfrenta si toca a una de nosotras —espetó Lidia.

—¿Has llamado a Neoh? —indagó mirando a Ariadna.

—¿A Neoh? Por supuesto que no, no le molestaría por ese idiota, pero ha dado resultado —explicó riéndose.

—Bien, porque no quisiera un enfrentamiento por mi culpa.

—La culpa es siempre de él. No encuentra a su compañera y eso lo ha vuelto un déspota.

Frunció el ceño.

—¿Entonces es cierto todo lo que me ha contado Tahiél?

—Absolutamente cierto...

—Vosotras sois humanas...

—Lo somos, aunque nuestra vinculación con ellos nos hace tener algunas mejoras, por llamarlo de alguna manera.

—¿Cuáles?

—Dejas de envejecer, no enfermas, en definitiva: te vuelves más fuerte.

—No dejo de pensar que estáis todos locos, sin ánimo de ofender —dijo a modo de disculpa.

—Las tres hemos pasado por eso, no te preocupes, la aceptación llegará y aprenderás a vivir con ello —dijo Nora.

Se echaron a reír ante su cara de estupefacción.

—Vamos, cielo. Tienes a Tahiél a tus pies —animó Lidia.

—No creo...

—Oh, te lo puedo asegurar.

—Pero no sé qué puede significar que haya pasado una noche con él.

Se sentía bien entre ellas, le daban confianza. Cuando se pusieron serias, tuvo que recapitular y pensar en sus palabras.

—Aisha, nuestros hombres no se toman la relación de compañeros a la ligera, si eres su compañera y lo repudias le puedes hacer mucho daño —admitió Nora.

Debía hablar con él, intentar comprender sus explicaciones, todo esto le parecía una película de ciencia ficción.

—Creí que estaba loco cuando me contó algunas cosas...

—Ya, te puedo asegurar que yo le di a Elm un espectáculo en un cine, estábamos viendo una película de vampiros y creí que se estaba riendo de mí.

—Tu compañero no fue muy sutil eligiendo ese día, Lidia —soltó Nora

desternillándose de risa.

Pero a Aisha no le hacía mucha gracia el asunto, se sentía como si estuviera a punto de entrar a formar parte de una secta.

—Yo no he elegido esto, solo fue la atracción entre dos personas...

—Es más que eso, algún día lo entenderás —decretó Ariadna.

Capítulo 10

—Aisha es uno de los niños perdidos.

—¿Estás seguro? —preguntó Tahiél.

Su hermano Elián acababa de entrar en su oficina y dejó una carpeta llena de papeles sobre la mesa.

—Sí, he podido ver los papeles en el orfanato. La llevó alguien de Alaska llamado Simon Flager.

—Puede ser un nombre inventado...

—Eso mismo pensé yo, pero he hablado con su viuda.

—¿Y?

—Encontraron a varios niños muertos en las montañas, Aisha estaba deshidratada, pero viva y apartada del resto. No pudieron cuidarla, tenían ya nueve hijos. Su marido tuvo que viajar por trabajo a San Francisco y se la llevó.

Tahiél se pasó la mano por el pelo y maldijo.

—La mujer ya es mayor, pero lo recordaba y me lo dijo muy apenada. Tenían miedo de que los acusaran de los robos de bebés que hubo en aquella época y por eso se deshicieron de ella de manera clandestina. No sabían a quién acudir.

—Le robaron la infancia, Elián. Nunca supo de sus raíces.

—Eso no es lo peor.

Tahiél miró a su hermano de manera inquisitiva.

—Ella era de otro clan, en eso tiene razón Wallace.

—Mierda. Pero entonces...

—Me temo que sus padres se enamoraron y la tuvieron, aun siendo de diferentes clanes. Los genes del progenitor de nuestro clan debieron ser más fuertes, por eso es tu compañera.

—Sus padres no podían ser compañeros...

—No lo eran, eso es imposible, pero debieron unirse de todas formas. Si la mujer dice que la encontraron en otro lugar, debo suponer que vivían escondidos de sus propias comunidades.

Elián, soltó el aire.

—Y murieron...

—Porque sus verdaderos compañeros también debieron morir —terminó Tahiél por su hermano.

—Exactamente.

—Joder, vamos a tener un problema —determinó Tahiél.

—Lo sé, la van a reclamar.

—No lo consentiré.

—Eso también lo sé. Deberíamos hablar con nuestros hermanos... y con Aisha.

Tahiél se sentó y estudió los documentos que había sobre la mesa, en ellos figuraban los nombres del hombre que la llevó a San Francisco, de los que regentaban el lugar y el grupo sanguíneo de su compañera.

—Si lees más abajo, entre los tres y los seis años tuvo problemas de coagulación, sabes que ese es un defecto congénito del clan de Wallace. En nuestro clan no se daba esa anomalía. Es así como he sabido de qué raza era —argumentó su hermano.

—Se curó a partir de los seis años, tal como les ocurre a ellos —dijo sin

levantar la vista de los papeles.

—Sí, los médicos no debieron entenderlo.

Tahiél miró la hora en el reloj de la pared y se levantó de su sillón.

—Voy a buscar a Aisha a la ciudad.

—Yo iré a ver a Neoh —dijo Elián levantándose también.

Terminaron comiendo las cuatro. La acompañaron a comprar un teléfono móvil, algo de ropa y tomaron un café antes de que Tahiél fuera a su casa alquilada para buscarla. También pudo admirar la decoración navideña de la ciudad, trabajados espectáculos de luz y sonido en las tiendas de la calle peatonal, y preciosas casas llenas de bombillas de colores.

La relación con esas mujeres había sido estupenda, muy cordial y relajante. Pero la estaban tratando como lo harían con la esposa de Tahiél, o compañera, como ellos se referían a una relación de pareja, y eso no le estaba gustando. Nadie iba a decidir por ella.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó él dándole un beso en los labios que no esperaba.

Lo miró y frunció el ceño.

—He estado la mayor parte del tiempo con tus cuñadas.

—¿En serio? Sabía que se reunían una vez a la semana para bajar a la ciudad, pero no sabía cuándo.

Se puso el cinturón de seguridad, ya en el coche.

—Tahiél, tenemos que hablar.

—Sí, cuando venía a buscarte me ha llamado Neoh, nos ha invitado a cenar, a todos.

Se removió en su asiento.

—No creo que sea buena idea...

—Elián ha sabido más cosas sobre tu pasado...

Se giró para mirarlo.

—¿Se ha dedicado a investigarme? —inquirió furiosa.

—No es eso...

—Entonces, ¿qué es?

Tahiél soltó el aire, y ella puso todo de su parte para no salir disparada del vehículo y dormir en el suelo de su piso sin muebles.

—Te lo explicaremos todo, solo te pido que estés dispuesta a escuchar.

«¿Qué?»

—Puedo entender que tú quieras saber más sobre mí, pero parece ser que tu familia también debe involucrarse en esto. Llevas una carga pesada que no sé si estoy dispuesta a aceptar.

Tahiél arrancó el coche y se incorporó a la carretera en dirección a las montañas. Tenía los nudillos blancos por apretar el volante con fuerza.

—Ya te lo dije, Aisha. Somos un clan, uno que lucha por la supervivencia de nuestra raza. Esto no tiene nada que ver con nosotros dos, pero mi familia, en concreto, Neoh, tiene que saber a qué nos enfrentamos si estás conmigo.

La estaban incluyendo en la familia, sin su consentimiento y sin preguntar.

—Detén el coche.

—¿Qué?

—¡Qué pares!, voy a bajar.

—Aisha...

Se quitó el cinturón y lo miró fijamente.

—No me organicéis la vida, ni tú ni tu familia. Sois todos fantásticos y me gustas, pero esto no funciona así, ya he tenido bastante de gente metiendo las narices en mis asuntos.

Cuando él detuvo el coche en el arcén abrió la puerta dispuesta a salir, pero Tahiél la cogió del codo.

—Nena, nadie quiere molestarte. Te pido que nos escuches y después decidas.

—No —contestó tajante.

—Por favor.

—¿Por qué tanto interés?

La soltó y se apoyó en el volante.

—Eres importante para mí. Para mi supervivencia.

—Estás exagerando.

Pero la mirada que le envió le dejó claro que no era así.

—Nunca te obligaré a hacer algo que no quieras hacer —dijo en voz baja.

—Eso ya lo sé, no me preguntes cómo, pero confío en ti. A pesar de todo...

—Danos la oportunidad de contarte lo que somos y por qué nos interesamos por ti.

Mierda, la mirada triste de Tahiél la estaba volviendo loca.

—Está bien, pero prométeme que nadie me retendrá, solo confiaré en tu

palabra.

Él cogió su mano y la apretó.

—Tienes mi palabra.

—Perfecto.

Debía estar como una cabra, no había otra explicación, era eso, o en realidad no quería distanciarse de él.

Una hora más tarde estaban en casa de Neoh y Ariadna, antes se detuvieron a recoger a Kronos que iba en el asiento de atrás en una postura incómoda y a punto de descoyuntarse, pero el animal no se quejó en ningún momento.

—Hola, bienvenidos, pasad. —Los saludó Ariadna nada más abrir la puerta de la entrada.

Kronos estaba junto a los otros lobos blancos, los de los tres hermanos de Tahiél, fuera de la casa.

—Hola preciosa, tengo entendido que ya conocéis a Aisha —contestó Tahiél.

—Sí, nos dimos cuenta en seguida de que era ella... —La miró y sonrió —. Me alegra que hayas venido, necesitamos nuevas caras por aquí.

—Ya veo... —No estaba siendo muy cordial; se sentía como un pez fuera del agua.

Los hombres y las otras dos mujeres estaban hablando en el gran salón, la casa de Neoh era enorme, comparada con la de Tahiél, y acogedora, muy al estilo que había visto en Alaska, con madera y grandes alfombras. También llena de arte; grandes cuadros antiguos adornaban la estancia y la transportaban a otra época.

—Bien, ahora que estamos todos, podemos empezar. Por favor, tomad asiento.

Neoh se quedó de pie después de hablar, pero los demás se acomodaron en los sofás. Elián tenía a Nora sobre sus rodillas y sonreía, era el más desenfadado de los hermanos, ahora lo apreciaba mejor. Aun así, le guardaba rencor por haber indagado en su vida.

—Aisha, tengo que hacerte una pregunta —comenzó Neoh.

—Dime.

—¿Nunca te interesaste por saber quiénes eran tus padres?

Esto iba a ser un interrogatorio en toda regla, contestaría y después se iría.

—Las personas que me dieron la vida no tuvieron ningún reparo en abandonarme. No, nunca me he interesado, ni lo haré.

Todos centraron sus miradas en ella.

—Hemos sabido algo más de tu pasado —continuó el líder.

—No creo que haya nada interesante en él.

—Puedes apostar que sí.

Levantó una ceja y desafió con la mirada a Neoh.

—Debes saber que tus padres nunca te abandonaron, más bien intentaron protegerte.

—¿Cómo sabes todo eso? Que yo sepa, ninguno de vosotros los conocíais, ni podéis acceder a los informes del orfanato.

Estaba a la defensiva, las personas que la rodeaban la observaban de manera condescendiente y eso la estaba cabreando demasiado.

—Podemos hacer cosas que ni imaginas, pero no estamos hablando de eso. —La voz de Neoh sonó autoritaria y Tahiél se envaró a su lado—. Tus

padres murieron asesinados hace treinta años exactamente.

—¿Qué?

—Eran habitantes de estas tierras, cada uno de ellos pertenecía a un clan diferente, pero te tuvieron y hemos sabido que vivían algo apartados de sus respectivas familias. Cuando ocurrieron los asesinatos, a ellos les dio tiempo a esconderse en el bosque, pero murieron poco después, tal vez unas horas más tarde. Un lugareño te encontró y te llevó a San Francisco, a partir de ahí ya sabes el resto.

—¿Cómo...

—Déjame terminar —pidió el hombre alzando la mano—. Digamos que en este lugar siempre ha habido conflictos, somos el clan más rico debido a que en nuestras tierras hay yacimientos de petróleo. Nuestros enemigos siempre han anhelado nuestras montañas y los humanos han intentado en varias ocasiones tentarnos con ofertas millonarias. Cuando ocurrieron los asesinatos, tanto humanos como los de nuestra especie se unieron para hacernos desaparecer para siempre... como puedes ver, no lo consiguieron. Los niños pequeños que no murieron fueron vendidos o abandonados, no sabíamos nada de ellos hasta que apareciste.

—¿Y soy una de vosotros? —preguntó dudándolo seriamente.

—Lo eres, tenías problemas de coagulación en la sangre cuando eras pequeña, unos problemas que se resolvieron solos, eso es extraño, pero en el clan de Wallace pasó durante mucho tiempo.

—Comprenderás que todo esto es demasiado para mí... no sabía que hubiera tenido problemas de salud.

—Soy consciente de ello.

—¿Dices que pasó hace tiempo en el clan de Wallace?

—Ninguno de los clanes han visto nacer a ningún bebé en los últimos treinta años, solo una mujer de nuestra raza puede dar a luz. Y todas murieron.

Miró a Nora, Lidia y Ariadna.

—Nosotras no hemos podido engendrar niños —contestó Lidia leyendo sus pensamientos.

—Lo siento.

—Nuestra vida sin ellas sería una tortura, así que somos felices teniéndonos el uno al otro —expuso Elm acariciando el rostro de Lidia.

—¿Una tortura?

No entendía esa pasión que ponían cada uno de ellos en tener pareja. Se percató de que las miradas cayeron sobre Tahiél esta vez.

—Tal vez Tahiél te lo cuente algún día, o con el tiempo lo veas con tus propios ojos.

Se había vuelto a perder.

—A veces tengo la sensación de que me he trasladado a otro planeta.

Las mujeres se echaron a reír.

—Tranquila, todas te entendemos —dijo Ariadna.

Cuando dejaron de reír, Ariadna se puso en pie y fue al lado de su hombre.

—Neoh, ¿es por eso que Wallace está interesado en ella? Hoy la ha seguido hasta la cafetería...

—¿Cómo? —interrumpió Tahiél—. Sabía que no debía dejarla sola. Ese tarado se está buscando la ruina.

—¿Habló contigo? —interrogó, Elm.

—Quería que le hablase de mí.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, no me cae bien ese tipo y Ariadna vino a ayudarme a deshacerme de él.

—Te quiere en su clan —aseveró Elián.

—¿Por qué todos os empeñáis en dirigir mi vida?

La miraron pero nadie contestó.

—Propongo que cenemos, y después Tahiél puede aclarar tus dudas —
dispuso al fin Nora.

Capítulo 11

—¿Hay alguna manera de probar que yo soy uno de vosotros?

Tahiél la miró un momento apartando los ojos del camino mientras volvían a casa, se había llevado el coche de su hermano de nuevo. Aisha no estaba acostumbrada al frío y lo de volver andando quedó descartado.

—Si seguimos juntos, nuestro vínculo será cada vez más fuerte. Te lo dije, incluso podrás leer mi mente, entonces sabrás que nunca te he mentado.

—Lo siento, pero no voy a lanzarme a una relación sin estar completamente segura de que eso es lo que quiero.

«Perfecto, mujer terca», pensó Tahiél, debería tener paciencia con ella.

—Demasiada información en un día, necesitas descansar...

—Tal vez —le cortó.

Se acostó casi en el mismo instante en que llegaron a la cabaña, Tahiél no interfirió en su decisión de dormir para olvidar los acontecimientos del día. No sabía a qué hora se había metido en la cama ni le importaba. Y ahora estaba despierta, aún era de noche y Tahiél no estaba en ninguna parte.

Se levantó y fue a darse una ducha caliente, se vistió con la ropa que había comprado el día anterior, recogió su pelo en una cola alta y se hizo un café preguntándose adónde habría ido Tahiél. Estaba segura de que Kronos, el gran lobo, andaba cerca, rondando el exterior de la cabaña. En ese sentido, conocía al hombre, no la dejaría sola.

Se sentó en una de las sillas de la cocina y miró su teléfono móvil, eran las seis de la mañana, solo habían dos números en su agenda, el de Elsa, su agente literaria y el de Tahiél. «Qué triste», pensó abatida. Su vida anterior

había desaparecido junto a su antiguo iPhone.

Aún tenía un margen de tiempo antes de llamar a Elsa, no lo haría antes. Estaba apartada de su mundo y si no fuera por la historia de la familia de Tahiél, plagada de clanes y lobos, lo de estar fuera del radar hubiera funcionado. Pero en su cabeza no hacía más que rondar la idea de que ellos no eran humanos, y aseguraban que ella tampoco.

Echó la vista atrás, no recordaba haber enfermado nunca, ni un simple resfriado. Norma siempre decía que era una mujer muy fuerte y que por eso no le afectaban los virus.

Las relaciones que había tenido con otros hombres nunca habían sido satisfactorias, sin embargo, con Tahiél había conectado en seguida. Él parecía saber lo que ella necesitaba exactamente. El sexo había sido alucinante y algo dentro de su mente le decía a gritos que Tahiél era la persona correcta. Aun así se negaba a admitir el hecho de que eso pudiera ocurrir.

También era triste pensar que había tenido un accidente y nadie había echado en falta su presencia en aquel autobús. Se había convertido en una sombra. Ni siquiera creía que su amiga la estuviera buscando. Las cosas que habían pasado entre ellas habían sido determinantes para separarlas definitivamente. Solo esperaba que Norma encontrara la felicidad de una vez por todas, tal vez, que ella se hubiera alejado la ayudaría a hacerlo.

De pronto, la puerta se abrió y Tahiél entró quitándose el abrigo.

—¿Qué haces levantada? —fue todo lo que dijo sin mirarla.

—Buenos días para ti también —contestó irónica.

Él no dijo nada más y fue a la cocina a servirse un café. Cuando pudo ver su rostro distinguió un corte que iba desde la sien hasta la barbilla, no sangraba y parecía a punto de cicatrizar.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, tropecé con una rama —contestó con voz seca.

¿En serio?

—Mientes.

Y sin saber exactamente el porqué, intuía que Tahiél no estaba siendo honesto.

—Parece que lo del vínculo funciona —dijo él con una atractiva sonrisa forzada.

—¿Qué? No creo que eso...

—Déjalo, te niegas a ver lo evidente.

En ese preciso instante una sospecha asaltó su mente.

—Wallace.

—He dicho que lo dejes, no te incumbe.

—¿Que no me incumbe? ¿Has ido a buscarlo?

Tomó un sorbo de su café sin dejar de mirarla, el corte era cada vez más insignificante.

—¿Por qué lo has hecho? Él no hizo nada más que preguntar.

—Para mí, eso es suficiente, nunca debió acercarse a ti.

Lo miró entrecerrando los ojos.

—Acabas de admitirlo.

—Ya ves que, de ahora en adelante, vas a saber cuándo miento.

—No se trata de eso...

Tahiél se levantó de golpe y arrastró la silla hacia atrás.

—Eres mi compañera, Aisha. Lo creas o no, y ningún imbécil con un

calentón milenario se va a acercar a mi chica. Te amenazó y tenía que dejarle claro algunos puntos.

Ella también se levantó y se plantó ante él.

—¿Qué os pasa a los hombres de por aquí? ¿No habéis avanzado en el tiempo? Una mujer no necesita que nadie hable por ella y mucho menos pelee por su honor, a ver si lo entiendes de una vez.

Se cernió sobre ella, sin tocarla.

—En estas montañas funciona así. Nadie toca lo que es mío.

¿Sentía que ella era suya?

—Mierda, esto me supera.

—Lo sé, solo espero que algún día lo entiendas.

Eso lo dudaba bastante.

«Algún día, algún día», canturreó su mente con sorna.

—Bien, me voy a la ciudad.

—Te llevaré.

—No, no lo harás. Necesito reencontrarme, me ahogo, Tahiél. Me asfixias, aunque para ti eso sea imposible.

Tahiél no contestó, pero una gran tristeza invadió su mirada. Aun así no se amedrentó, tenía que irse. Hoy era el cumpleaños de su ahijada y quería llamarla, aunque lo haría desde un teléfono público.

—Siento que te sientas de esa manera, no es mi intención.

La voz apagada del hombre la estaba rompiendo por dentro, pero tenía que estar sola, pensar y centrarse.

—Lidia se ofreció a llevarme, ella también tenía que ir hoy a la ciudad. Me recogerá pronto.

Tahiél, se dio la vuelta y salió de la casa. Parecía confundido a la vez que furioso.

—Estás tratando con una de los nuestros, nuestras mujeres tienen un carácter especial, Tahiél.

—Ya no lo recordaba...

Neoh se echó a reír.

—¿No recuerdas a mamá poniendo firme a papá?

Tahiél sonrió también, lo recordaba. Su madre era pura pólvora. Su padre había tenido verdaderos quebraderos de cabeza cuando ella se emperraba con algo. Ni siquiera Daell, el lobo de su padre, permanecía cerca cuando la mujer se cabreaba.

—Sí, padre intentaba aparentar normalidad ante nosotros, pero siempre pensé que, a pesar de que se amaban, se tiraban los trastos a la cabeza con la misma intensidad.

—Los echo de menos —admitió Elián entrando en aquél momento.

—Todos lo hacemos, sus muertes fueron demasiado repentinas y muy injustas —admitió Tahiél ante sus dos hermanos.

—Sé lo que ha pasado con Wallace esta noche —dejó caer Neoh, cambiando de tema.

—No lo dudo, pero alguien tenía que hacerlo entrar en razón.

—Esta tarde es la asamblea, ¿no podías esperar? —preguntó Elián.

—¿Lo habrías hecho tú si se tratara de Nora?

Eso cerró la boca de su hermano.

—Está bien. No faltéis a la reunión —pidió Neoh—, también se lo he recordado a Elm.

—Se van a poner hechos unas fieras —admitió Elián.

—Lo sé, lo llevaremos lo mejor posible. —Neoh era un buen negociador, como lo había sido su padre.

Sabían que una mujer de su raza sería codiciada por todos, pero estaba el hecho de que ella era una mezcla entre dos clanes y nunca se habían enfrentado a nada parecido. Los clanes se habían unido para vengar las muertes de sus seres queridos y habían hecho desaparecer a dos comunidades años atrás, a pesar de eso, y después de haber vivido el ataque, la rivalidad entre ellos seguía existiendo. Mantener la perpetuidad de la raza estaba en el primer lugar de la lista de todos ellos, y tratar a Aisha como a una yegua de cría no entraba en sus planes. No le preocupaba si no podían tener hijos en un futuro, solo ella era importante.

Wallace, Storm y France, eran los jefes de sus respectivos clanes, junto a Neoh. Los cuatro estaban sentados en las sillas con altos respaldos que se asemejaban a los tronos de la antigüedad, serios y observando a sus gentes, esperaban pacientemente a que todos tomaran asiento. El lugar era ovalado, y gracias a su estructura no necesitaba de micrófonos para hacerse oír; el sonido viajaba con total nitidez por toda la estancia. Se encontraban en una pequeña porción de montaña que habían decidido, mucho tiempo atrás, que sería terreno neutral.

Neoh se levantó y dio un par de palmadas en el aire. Todos tenían sus propias riquezas, todas relacionadas con el petróleo, pero el clan de Neoh era el más fuerte en beneficios, aunque no en número, ellos habían resultado

masacrados casi por completo. En total, entre todos los asistentes, sumaban alrededor de cincuenta, y solo dos mujeres, la jefa del clan, France, y Liliana, del clan de Storm. Las dos con parejas sentimentales esporádicas, pero sin sus verdaderos compañeros. Ninguna de ellas había tenido hijos aún.

—Ponnos al día, Neoh —exigió France.

—Eso, díles de qué manera tu hermano Tahiél se ha cargado algunos términos —acotó Wallace.

—Déjale hablar —intervino Storm con su grave voz.

—Gracias. Como algunos ya sabréis, ha llegado una mujer de nuestra especie a nuestras tierras...

Neoh explicó todo lo que sabían de Aisha. Por suerte ella no estaba aquí para ver como empezaban a cambiar los rostros, unos con confusión, otros con esperanza. Ella no hubiera aceptado este tipo de exposición hacia su persona.

—Nunca se había dado el caso, ninguna de nuestras mujeres había dado a luz si no era su compañero de vida el padre, el nacimiento de Aisha es extraño —dijo Wallace—. Ella pertenece a nuestro clan, que Tahiél se haya encaprichado, ya es otra cosa. Y tú —dijo señalando a Neoh—. Lo estás encubriendo.

Todos los ojos se enfocaron en él y después en Neoh, que con semblante impertérrito les devolvió la mirada.

—Es su compañera y podemos probarlo.

—Eso es imposible, ¿lo sabes, no? —argumentó France.

—No, dado el caso.

—¡No queremos mestizos entre nosotros, lo que hicieron sus padres fue una aberración! —gritó alguien desde la grada, a lo que siguieron algunos

vítos.

—No tenéis que quererla, solo aceptarla, y exijo que sea respetada. Es mi compañera, lo creáis o no.

Tahiél se había levantado y había acallado los aplausos con sus palabras.

—¿En qué momento se ha saltado alguna ley? —preguntó Storm directamente a Wallace.

—Se ha acostado con ella, probé su sangre, ella nos pertenece. Decidimos que no nos robaríamos a las mujeres.

Unos cuantos abrieron la boca con la sorpresa.

—¿Estás hablando de una ley que algún idiota dictó hace dos mil años? —preguntó France, mirándose las uñas—. No están los tiempos para estas tonterías.

—Nadie te ha robado nada, puede pertenecer a tu clan en parte, pero tú no sientes su dolor ni sus emociones —argumento Tahiél de nuevo.

—Basta, Tahiél. —Su hermano empleó un tono severo, era él quien debía discutir el tema.

—Wallace, en la ciudad eres conocido por tus malos hábitos con las mujeres, ni siquiera te molestas en cambiar sus recuerdos. No creo que seas el más indicado para hablar de reglas rotas —continuó Neoh.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —inquirió furioso y encarándose a su hermano.

—Wallace, ¿quieres que hable o me mantengo callada y acatas la decisión que tomemos? —intercedió France.

Había rumores de que esos dos habían tenido algo en el pasado, pero nadie sabía los detalles. France tenía un as bajo la manga y de vez en cuando

amenazaba con sacarlo a la luz. Tahiél no quería creer que fuera algo romántico, ya que, cómo sabían, no se daban casos de parejas entre dos clanes distintos. Los padres de Aisha habían sido una excepción. Aunque tratándose de esos dos...

—Vete a la mierda, bruja. Tú solo la defiendes porque es una hembra.

—En parte, aunque tratándose de ti, cualquier mujer debería mantenerse a distancia —inquirió ella.

—Como vuelvas a faltar al respeto a alguien de esta sala te enfrentarás al tribunal, y conociendo tu trayectoria, no saldrás muy bien parado, así que piensa antes de hablar.

Neoh no dudó ni un instante, las palabras salieron de su boca y Wallace se volvió a sentar, o más bien, se dejó caer en la silla.

—Todo esto me parece una solemne idiotez. No veo porqué tiene que ocupar nuestro tiempo. Necesitamos exponer otros asuntos —decretó Storm.

—Estoy de acuerdo. Si al final, Aisha, no resulta ser la verdadera compañera de Tahiél, él se enfrentará al castigo capital y todo solucionado —admitió France.

—Ahí está France, haciendo amigos, como siempre —susurró riéndose Elián a su lado.

En ese momento France miró a Tahiél y le guiñó un ojo, la mujer estaba como una cabra. Optó por pasar de ella y se centró en su hermano.

—¿Vuestro voto? —preguntó a los otros tres jefes—. Formularé la pregunta: ¿Debe Aisha, vivir en el clan de Wallace, aun siendo compañera de Tahiél?

—No —votó Storm.

—Sí —dijo Wallace.

—Por supuesto que no —decretó France.

—Mi voto es: no —terminó Neoh.

Tahiél soltó el aire de sus pulmones aliviado por las respuestas de los líderes.

Los lobos fuera de la sala aullaron y se pelearon entre sí. Los gruñidos penetraban en el silencio sepulcral que se había instalado, todos esperaban un arranque de furia de Wallace, pero no ocurrió y se pasó a hablar de los asuntos que atañían a las diferentes comunidades. Problemas diversos con humanos, entre cazadores y especuladores.

Cuando la reunión terminó, Wallace salió como una exhalación, utilizando sus poderes para ir más rápido y demostrando sus habilidades al público presente cuando todos pudieron observar sus brazos abriéndose y provocando un trueno en mitad de la calma.

—No tiene remedio —dijo Elm, que estaba sentado al lado de Elián.

—Tendrá que acatar la decisión —respondió Elián.

—No confío en él.

—No te preocupes, Tahiél. Sabe que puede ser condenado por tocar a tu compañera, no lo hará —quiso tranquilizarle Elm.

No deseaba escuchar nada más, Kronos se acercó a su lado y juntos bajaron las escarpadas rocas hacia su cabaña.

Capítulo 12

—Sabía que terminarías llamando a tu ahijada.

Aisha se quedó de piedra cuando fue Eric, el marido de su amiga Norma, el que contestó al teléfono móvil de su hija Nadia.

—Déjame hablar con Nadia.

—En cuanto me hayas escuchado.

—No tengo nada de qué hablar contigo...

—Sí, Aisha. Vas a escucharme. Para empezar; deberías saber que te ganas la vida gracias a mí, y que si se te ocurre hablar con Norma, terminaré con tu carrera.

—¿Qué estás diciendo? Tú no tienes nada que ver con...

—Norma me lo pidió, me pidió que te echara un cable y compré la editorial.

Lidia frunció el ceño desde la distancia, imaginaba lo pálida que debía lucir, y eso debía preocupar a la mujer de Elm.

—¡Eso no es cierto!

Aisha mataría a su editora en cuanto la tuviese delante.

—Habla con Elsa, ella te lo confirmara, ya tiene permiso para explicártelo todo.

—¿Qué quieres de mí, Eric?

Tiraría por el camino del diálogo.

—Quiero que vuelvas para que podamos terminar lo que empezamos.

Estaba sudando a pesar de las bajas temperaturas.

—Eso no va a pasar. No volveré, no te pertenezco y desde este preciso instante he dejado de trabajar para tu supuesta editorial.

¿Cómo se suponía que iba a ganarse la vida ahora? Pero no cedería ante él.

—No vas a hacer eso, porque te puedo asegurar, Aisha, que tu amiga del alma sufrirá un accidente.

¿Qué?

—¿Te has vuelto loco? Norma te quiere, está tan enamorada de ti como cuando se casó contigo. ¿Me estás diciendo que vas a hacer daño a tu mujer? ¿A la madre de tus hijos? Eres el mayor hijo de puta que he conocido.

—Cuidado con tus palabras, nena. Norma estará deseando que vuelvas, así que empaqueta tus cosas y vuelve, antes de que te encuentre y te obligue yo mismo.

—¿No has hablado con Norma? ¿Verdad? Eres un capullo.

—Nunca hablo con ella...

—Norma cree que tú y yo nos acostamos, idiota.

—Perfecto, así no tendremos que explicárselo.

—He perdido a mi amiga por tu culpa. ¡Yo nunca me he ido a la cama contigo!

—Pero lo harás. Me he cansado de la insulsa de Norma, de esos críos que no saben más que pedir y de todas las putillas con las que me acuesto. Te lo dije, te quiero a ti.

Ya volvía a las andadas con lo mismo.

—No soy un objeto, Eric. No puedes obligar a las personas a estar a tu lado. Me deseas porque no quiero estar contigo, ya te lo dije, no haces más que buscar lo prohibido. No voy a jugar a tu juego. Eres un puto enfermo.

—Me estás insultando.

—Púdrete —soltó antes de colgar.

En el momento en que lo hizo se derrumbó, le temblaban las manos al mismo tiempo que le sudaban. Eric estaba cada vez peor, sabía que últimamente había coqueteado con drogas, eso podía afectar a su percepción de la realidad, ¿cierto?

—Aisha, ¿por qué estás en el suelo? —Lidia tiró de su brazo—. ¿Te han dado una mala noticia?

—La policía, debo llamar a la policía. Norma...Norma está en peligro, él está loco...

—¿Quién es Norma?

Se levantó y buscó frenéticamente monedas en su bolsillo.

—Mi amiga, él la quiere matar. ¿Tienes más monedas? Tengo que llamar a la policía.

Sabía que balbuceaba, pero no le importó. Norma tenía que huir de su casa antes de que Eric cumpliera su promesa.

—Aisha, no te hacen falta monedas para llamar a la policía. Pero dime qué te pasa.

—Eric quiere matarla..., va a matarla, me lo ha dicho.

—¿Eric? Espera, Aisha. Piensa, si la llamas para decirle algo así...

—¡Tengo que ayudarla!

—¡Y lo harás! Pero cálmate primero, vas a asustar a tu amiga y puede no ser cierto. La gente no va matando por ahí...

Estaban en medio de la calle discutiendo y los que se cruzaban con ellas ya se estaban centrando en el alboroto.

—¡Él sí, está loco!

—Está bien. Cuéntamelo todo.

—¡No, no hay tiempo!

—Mierda, Aisha. No puedo permitir esto.

¿Qué? ¿A qué se refería?

Sin hacer caso de su nueva amiga empezó a marcar el número de Norma, se lo sabía de memoria.

—¿Diga?

—¡Norma! ¡Norma! Soy yo...

Estaba gritando y mantenía el teléfono entre sus dos manos crispadas pegado a la oreja.

—¿Qué quieres? Te dije que no quería volver a verte y eso incluye llamadas telefónicas...

—¡Espera, huye...

—Olvídame, ya me has hecho bastante daño.

La línea quedó muerta, y ella no pudo evitar llorar de rabia e impotencia mientras intentaba marcar de nuevo.

—Te tengo. —La voz de Tahiél llegó a sus oídos mientras la levantaba en sus brazos y la obligaba a soltar el teléfono.

—Vamos, el coche está aparcado a la vuelta de la esquina —dijo Lidia.

—¡No! Esperad.

Pero Tahiél fue con ella acuestas sin escuchar sus gritos. Entró con ella en el asiento de atrás y Lidia arrancó el motor.

—Mírame, Aisha.

—No, Tahiél, tú no lo entiendes.

—Nena, cálmate.

—Es Norma, ella está en peligro. Ayúdame, tengo que prevenirla, ella no quiere hablar conmigo. Él quiere que vuelva, tengo que volver a San Francisco. Tengo que llamar...

De repente un sueño profundo la invadió, sus parpados se cerraron contra su voluntad, como si estuviera siendo anestesiada.

—La última vez que Elm hizo eso conmigo le faltó muy poco para terminar con los genitales por corbata —dijo Lidia mirándolo a través del retrovisor con cara de cabreo.

—No podía hacer nada más, estaba muy alterada.

—Estaba preocupada, y alguien está en peligro —le corrigió.

—No dormiré más de media hora. ¿Qué coño ha pasado?

Lidia no lo miró, estaba concentrada en la carretera.

—No lo sé exactamente, te llamé cuando vi que su rostro cambiaba de color, al principio llegué a pensar que Wallace tenía algo que ver, que podía haber aparecido por allí.

Tahiél se envaró.

—Pero no, ella me dijo que iba a llamar a su ahijada, en realidad no sé con quién habló. Nombró a su amiga Norma y a un tal Eric. ¿Te ha hablado de ellos?

—No, pero puedo adivinar quiénes son.

—¿Has visto imágenes de ella? ¿Tan pronto?

—Sí. La más reciente era la de un hombre zarandeando su cuerpo, creo que podría ser ese Eric que nombra.

No le iba a explicar que se habían acostado casi el mismo día que se habían conocido.

—Maldita sea. Ese tío quiere matar a Norma o eso me ha parecido entender.

De pronto un puño aterrizó en su mandíbula. Se giró y vio a Aisha sacudiendo la mano. No habían pasado ni cinco minutos desde que la había inducido al sueño.

La carcajada llegó desde el asiento delantero.

—Olvidaste que era de tu misma raza —se carcajeó Lidia.

—¿Por qué lo has hecho? —exigió Aisha.

—Joder, buen derechazo —su mandíbula palpitaba mientras se acariciaba el rostro.

—Te he hecho una pregunta fácil.

—Solo intentaba ayudarte, hasta que te calmaras y me explicaras qué estaba sucediendo.

—¿Cómo tengo que decirle a este puñetero clan tuyo que no se meta en mis asuntos?

—Aisha, tú eres mi asunto.

—No, no lo soy. —Se dirigió a Lidia—. ¿Lo has llamado tú?

—Lo siento, cielo. Creí que estábamos en peligro.

Estaba pensando en contestar alguna de las tuyas cuando habló Tahiél.

—En la ciudad creen que somos los vecinos raros que viven en las

montañas, mantenemos un perfil bajo, nadie sabe lo que somos y tú estabas llamando la atención.

—El marido de Norma quiere asesinarla, ¿cómo esperas que reaccione?

—Podemos ayudarte...

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? Tengo que volver a San Francisco...

—Puedes estar allí en diez minutos.

¿Qué?

—¡Eso es imposible! No me estás tomando en serio.

Lo miraba furiosa, estaba harta de perder el tiempo y pensaba vengarse de Tahiél, por supuesto.

—Aisha, escúchalo, te dice la verdad, en un momento lo entenderás.

Cuando Lidia aparcó, Neoh estaba de pie esperando junto a Elm y Elián. Sus lobos estaban a los lados en actitud defensiva.

—¡Desde aquí no voy a solucionar nada!

Bajaron del coche de Lidia, y Tahiél casi la obligó a contar lo que estaba pasando. El rostro de Tahiél cambiaba por momentos, su mirada se tiñó de violencia, estaba segura de que si tuviera a Eric entre sus manos, el hombre acabaría partido en dos.

—Me la llevaré yo, y vosotros dos vendréis conmigo —dijo Neoh después de escucharla, señalando a Elián y Elm.

Tahiél agachó la cabeza y crispó los puños.

—¿Que me llevaréis?

—No hay tiempo de explicaciones. Estuve una vez en San Francisco hace años —admitió Neoh.

—Y no te gustó —intervino Elm.

—Es una mierda.

Tahiel la llevó a un lado mientras ellos seguían hablando.

—Sé que estas furiosa conmigo, pero confía en mis hermanos, ellos te ayudaran a llegar hasta Norma.

—Te odio, pero preferiría que vinieses tú, podemos ir al aeropuerto más cercano, antes tengo que llamar...

—Yo... no puedo ayudarte.

—Pero dijiste...

—No puedo, Aisha. Ve con ellos, quizás te marees un poco pero estarás allí en seguida.

—¿Cómo?

—Mis hermanos pueden convertir sus cuerpos en polvo, así es cómo viajan. No te dolerá, confía en mí.

—Pero...

¿Qué estaba diciendo? ¿Polvo?

En ese momento él capturó sus labios y la besó, un beso profundo y lleno de sentimientos, ella podía percibirlos y recordó que cuanto más estuvieran unidos más se reforzaría su vínculo. ¿En serio había entrado en su sistema de alguna manera? Podía sentir la necesidad del hombre y la suya propia, incluso su excitación, la de los dos.

Cuando se separaron se miraron a los ojos sin decir una sola palabra, la mano de él acariciaba su mejilla, ella ladeó la cabeza para sentir más cerca el roce de su piel.

—Bien, tengo que abrazarte, no te sueltes de mi cuello —interrumpió Neoh.

—No, espera.

Pero él ya la había alzado contra su pecho, y no le quedó otro remedio que rodear su ancho cuello con los brazos para no caer. La tristeza en los ojos de Tahíel fue lo último que vio. ¿Por qué no podía estar con ella? No dejó de mirarlo mientras apretaba el cuello de su hermano.

Una niebla los envolvió y el vértigo se apoderó de Aisha.

—Cierra los ojos —La voz de Elián le llegó como un eco lejano.

De pronto, Neoh la dejó sobre sus pies en el suelo. No sabía qué habían querido pretender, pero no había funcionado. Dejó que se estabilizara y después soltó sus hombros.

—Bien, ya hemos llegado —anunció.

Aisha abrió los ojos y miró alrededor, estaban al lado de un aeropuerto y en ese momento despegaba un avión haciendo un ruido ensordecedor, miró a sus acompañantes y los vio tan confundidos como lo estaba ella.

—¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos aparecido aquí?

Capítulo 13

—En San Francisco —aseguró Neoh—. Aunque en los años veinte no había nada aquí. Y tus preguntas serán contestadas más tarde.

—¿En los años veinte?

Cada vez los entendía menos. Si Tahiél tenía ochocientos tres años, ¿cuántos tendrían sus hermanos mayores?

Neoh frunció el ceño, acababa de preguntar justo después de que él le dijera que contestaría más tarde.

—Da igual, tenemos que ir a la ciudad, supongo —intervino Elm alejándola de sus pensamientos.

—Sí, pero eso nos va a llevar un rato, estamos apartados —dijo apesadumbrada.

—Ahí hay una carretera —señaló Elián.

El hombre empezó a andar y todos le siguieron, Aisha se veía insignificante entre tanto macho enorme. Y hablando de eso...

—Tahiél me dijo que estabais vinculados a vuestros lobos, ¿podéis viajar sin ellos, sin correr peligro?

—¿Y tú te quejabas de Lidia? Pobre Tahiél —refunfuñó Elián dirigiéndose a Elm.

Aisha soltó un par de carcajadas secas.

—Podemos estar varios días sin ellos, después nos debilitamos —contestó Neoh—. ¿Y ahora podemos centrarnos en lo que nos ha traído aquí?

Asintió, pero se arrepentía de no haber creído a Tahiél. Quería saber más.

—No más preguntas —aseveró Neoh.

—¿Cuántos de vosotros podéis leer mi mente? —Había adivinado sus intenciones, la pregunta era necesaria.

—Ninguno. Solo Tahiél puede hacerlo —explicó Elm.

—Vaya, eso es todo un alivio —dijo sarcástica.

—Ahí viene uno y va en dirección a la ciudad.

—Espera, le vais a asustar. Ya le pido que pare...

Pero Elián estaba plantado en medio de la carretera levantando la mano con la palma hacia delante, el conductor freno a pocos centímetros de sus piernas.

—¿Está usted loco?! ¡Por poco lo atropello! —gritó el hombre de mediana edad, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Necesitamos transporte.

—¡Pues pida un taxi, joder!

—Respuesta equivocada. —Neoh abrió la puerta del BMW y sacó al conductor de su asiento cogiéndolo como un oso cogería a su cachorro, con la zarpa.

—Conduce tú —la invitó Elm.

Neoh y Elián se sentaron detrás después de haber lanzado literalmente al pobre conductor al interior de nuevo, lucía realmente aplastado entre esos dos. Elm se sentó en el asiento del copiloto.

—Lo siento, señor. En seguida le devolveremos el coche —dijo ella disculpándose.

—Eso, solo necesitamos ir a la ciudad, como ya le había dicho antes, a ver si atendemos —Elián le daba golpecitos suaves en la calva mientras sonreía.

—Elián.

Neoh no estaba para bromas, tal vez era cierto eso de que no le gustaba la ciudad.

—¿En serio no te gusta San Francisco? —preguntó mirándole por el retrovisor con el coche ya recorriendo el asfalto que llevaba al centro de la ciudad.

—No quiero hablar de eso.

Elm se empezó a reír y su hermano lo siguió ante la mirada furiosa de Neoh. Aún no había visto a Elm reírse y lo cierto es que le sentaba bien; todos eran espectaculares, seguro que hacían girar muchas cabezas.

—Lo atropellaron, por eso odia esta ciudad.

—¿En los años veinte?

Al momento se dio cuenta de su metedura de pata, el hombre no entendería que hablaran de esa época.

—Lo siento.

—Tranquila le borraremos la memoria, no sabrá que hemos estado aquí.

¿También borraban la memoria? Tendría unas palabras con Tahiél.

—Lo atropelló un carro tirado por caballos.

Se echó a reír, y Elm y Elián la siguieron. Neoh se mantenía digno en su asiento y el dueño del coche los miraba a todos con los ojos desorbitados.

—¿En serio? Vaya, una mala experiencia —dijo cuando terminó de reírse.

Neoh giró la cabeza para mirar por la ventanilla, pero una pequeña sonrisa se dibujó en su apuesto rostro. Empezaban a caerle bien los hermanos de Tahiél.

Su mente volvió a Norma, se concentró en llegar cuanto antes a su casa. Además, se sentía protegida.

Cuando empezó a subir y a bajar por las calles de su antigua ciudad, los hombres se golpearon varias veces la cabeza con el techo del vehículo y soltaron algunos gruñidos.

—Mierda. —El semáforo acababa de pasar del ámbar al disco rojo.

Apretó el freno a fondo y todos fueron catapultados hacia delante.

—Joder, ¿siempre conduces así? —preguntó Neoh.

—No, a veces tengo más prisa —bromeó.

—Hay que joderse —se lamentó Elm.

—No temas por tu coche, es una mujer, algún día aprenderá. Te pagaremos el más insignificante golpe que reciba la carrocería—soltó Elián por esa boca, intentando tranquilizar al hombre a su lado.

—Esta mujer, está llevando tu culo con seguridad, ¿o es que has manchado ya tus pantalones? —dijo frunciendo el ceño algo cabreada.

El único que se rio fue el hombre, y era una risa nerviosa.

—¿De qué cojones te estás riendo? —le preguntó seco Neoh.

—De... de nada. Lo siento.

Entonces se carcajearon a gusto. Vaya, se estaban divirtiendo a su costa.

Aisha aparcó delante de la mansión de su amiga. Bajó corriendo y llamó al timbre. La mujer rechoncha que abrió la puerta la reconoció en seguida.

—Hola, señorita Aisha...

—Ah, hola Angélica, hemos venido a ver a Norma, ¿está en casa? Es urgente.

—¿Hemos? —preguntó la mujer mirando por encima de su hombro detrás de Aisha.

Se giró para presentarlos, pero allí no había nadie. ¿Dónde se habían

metido?

—Bien. He venido, quería decir.

—Pase, está en sus habitaciones —dijo la mujer mirándola como si le hubiera salido un cuerno en la frente.

—Gracias.

Subió corriendo las escaleras y llamó a la puerta. Nadie contestó, así que giró el pomo y abrió. Norma estaba sentada en una silla, con los tobillos atados a las patas, las manos igualmente atadas a la espalda y la boca tapada con una ancha cinta adhesiva. Sus ojos estaban muy abiertos y la miraba confundida.

—Mira a quién tenemos aquí, sabía que no tardarías mucho en venir. No estabas tan lejos después de todo. Norma, no la conoces tan bien como crees —dijo dirigiéndose a su mujer.

Norma habría adivinado que ella se habría ido de la ciudad, la conocía demasiado bien. No iba a explicar al idiota de Eric dónde estaba.

—¿Qué haces? Suéltala ahora mismo.

—Ya te dije lo que iba a hacer...

—Norma no tiene ninguna culpa de que estés loco, me has dejado sin trabajo y ahora quieres deshacerte de ella, ¿qué pasará con tus hijos?

Se acercó lentamente a su amiga y tiró de la cinta adhesiva.

—Norma, ¿estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—¿Mis hijos? Eso es algo que a ti no te importa. ¡No la toques! —gritó el hombre sin dar tiempo a que su amiga contestara.

Se apartó de Norma, no quería provocar al hombre.

—Bien, las cosas están así.

—Suéltame, nunca debí creerte —sollozó Norma.

—¡Cállate, o volveré a tapar tu jodida boca! —amenazó Eric.

—Le hiciste creer que habíamos tenido sexo.

—Lo siento —dijo Norma mirándola con lágrimas en los ojos.

—Y lo tendremos, ahora, delante de Norma.

—No vas a tocarme. —Saber que los hermanos de Tahíel andaban cerca le daba el coraje para enfrentarse a él. Hasta que cogió una pistola de encima de una estantería detrás de él.

«Mierda».

—¿No?

—Eric, ¿qué pretendes? Es mi amiga, siempre has respetado a Aisha. No entiendo lo que está pasando.

—Está pasando que no está consiguiendo lo que quiere, Norma. Deja de vivir en una nube y pon los pies en el suelo.

—¡Basta! Norma, eres un grano en el culo, me asqueas —espetó Eric.

—¡No le hables así! —Salió en defensa de su amiga.

Eric sonrió, era guapo y atractivo, pero a ella solo le producía náuseas. El hombre la apuntó con su arma en la cabeza y se puso detrás de ella. Su mano libre se puso en su vientre y poco a poco fue subiendo hasta encontrar uno de sus pechos.

—¿Ves? Estamos hechos el uno para el otro, no entiendo cómo no me di cuenta antes.

Aisha apretó los dientes.

—Eric...

Él apuntó a su amiga.

—Otra palabra más y disparo. Te voy a tener, lo quieras o no...

—Déjame dudarlo. —La voz de Neoh se oyó por detrás de ellos y un gran alivio invadió todo su ser.

Eric se giró tirando de ella, usándola como escudo.

—¿Y tú quién cojones eres? ¿Cómo has entrado en mi casa?

—Alguien que te va a llevar a un bonito lugar en el cual deberás rendir cuentas.

Esta vez fue Elm el que habló, apareció de pie ante la chimenea. Eric no reaccionaba a tiempo. Giraba sobre sí mismo sin dejar de colocarla ante él.

—O tal vez sea mejor darle una lección de humildad. Suelta a Aisha, no lo repetiré.

Eric apuntó a Elián y disparó.

—Imbéciles ni siquiera vais armados, salid de mi casa.

Ella miró horrorizada a Elián, pero el hombre se había apartado de la trayectoria de la bala con una pasmosa facilidad.

—¿Qué sois?

—Hombres de las montañas, no tenemos nada de humanos y bastante de animal. No quieres saber, en este momento, lo que podríamos hacer contigo —explicó Elm como si fuera algo natural.

Los ojos de Norma estaban desorbitados. Eric temblaba tras ella.

—Aisha, ven —Neoh alargó la mano y miró a Eric retándolo a que lo impidiera.

—Ella es mía —Esta vez apretó la pistola contra sus costillas.

—Joder, esto aburre y la señora ha entrado en estado de shock.

La pistola salió volando y Eric fue empujado por una fuerza invisible

contra la pared de detrás para caer sin conocimiento, o eso esperaba, debido al golpe. Respiró tranquila intentando templar los nervios, nunca la habían amenazado así antes.

Aisha no sabía hasta dónde llegaban los poderes de estos hombres pero empezaba a hacerse una idea.

Miró a Elián que parecía no tener nada que ver con el asunto y él le hizo un gesto hacia su amiga, que se había desmayado.

—¿Lo has hecho tú? ¿La has dormido? —preguntó sospechando.

Levantó las manos en señal de rendición.

—No, eso ha sido cosecha suya, es que somos irresistibles —dijo guiñando un ojo.

—Elián —acotó Neoh.

—Deberíamos llamar a la policía —propuso.

—No, si nosotros estamos aquí no puedes avisar, es imposible que puedas explicar lo que ha pasado y cómo has venido —estableció Elm.

—Ah. —Tenía razón.

—Pero Norma...

—Tu amiga ya no recordará nada cuando despierte, solo dime sus costumbres y la dejaré donde me digas —se ofreció Neoh.

Norma solía ir al jardín a leer mientras esperaba que volviera su marido de la oficina, los niños ya dormían y él llegaba tarde la mayoría de las veces. Así que no se extrañaría por la hora.

Capítulo 14

—Neoh, necesito saber algo...

—Dime, Aisha —el tono del hombre sonó cansado.

Habían vuelto a su casa en las montañas y Tahiél no estaba en ninguna parte. Eric había venido con ellos y no por voluntad propia, seguía inconsciente y esta vez sospechaba que ellos lo mantenían así. Estaba en el sótano, no tenía ni idea de lo que pretendían hacer con él, pero si así lo mantenían alejado de Norma, lo aceptaría sin rechistar.

—¿Por qué tu hermano no ha podido venir a San Francisco?

Neoh la miró y una nube de tristeza cruzó su mirada.

—Necesitamos estar vinculados a nuestras compañeras para poseer todos los poderes de nuestra raza. Tahiél no puede desplazarse como lo hacemos nosotros, por ejemplo. Hay otras limitaciones, pero deberás preguntárselo a él.

—¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Sabe que hemos vuelto, y también puedo sentir sus emociones. Pero creo que necesita estar solo, quédate aquí, no tardará en volver.

—Aisha, podrías ayudarme a preparar la comida de navidad, ya sé que faltan dos días, pero así avanzamos —pidió Ariadna.

Sabía que la chica solo buscaba entretenerla.

La casa estaba decorada con un gusto exquisito, llevando el espíritu navideño hasta estas montañas. Debía reconocer que la acogida en la familia de Tahiél había sido algo inesperado, realmente se sentía a gusto entre ellos.

No se atrevió a pedir a Neoh, ni a ninguno de sus otros hermanos, que

borrarán el recuerdo de Norma, que hicieran desaparecer la razón por la que habían discutido. Porque eso la haría parecer culpable y era consciente de que la amistad con ella había quedado muy tocada.

Necesitaba ver a Tahiél; disculparse por no haberle creído. Ellos eran diferentes y ella debía aceptarlo, le gustaba ese hombre y cada minuto que pasaba invadía más su mente. Y ahora le echaba de menos.

—¿Hace mucho tiempo que estás con Neoh? —preguntó a su anfitriona.

—Cuarenta años.

¿Cuarenta años?

—¿Entonces?

—Ya te lo dijimos, cuando el vínculo se completa dejamos de envejecer, a ti te ocurrirá igual. A mí ya no me queda familia, ni a Lidia. A Nora sí, ya que solo hace diez años que está con Elián. Lo más difícil es intentar pasar desapercibida ante ellos, así que a veces hemos tenido que recurrir al maquillaje. Qué ironía, las mujeres normalmente quieren lucir más jóvenes, nosotras al contrario.

Aisha la miró, parecía triste.

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad?

—Sí, no pude verlos mucho en los últimos años, ni siquiera pude acudir a sus entierros. Pero elegí esta vida y entregué mi corazón a Neoh, y eso compensa todas esas pérdidas, aunque nunca los olvidaré.

—Entiendo.

—Imagino que tus amigos también te echarán en falta, si te quedas —dejó caer Ariadna ladeando la cabeza.

—No, todo ha terminado para mí. No tengo familia, como ya sabes, así

que se supone que lo tengo fácil.

—¿Qué sientes por Tahiél?

—Me gusta y me atrae, pero no estoy segura de que quiera esto.

—Tahiél es esto, es su esencia, si no lo aceptas, tampoco podrás tenerlo a él.

—Lo sé, y también imagino que nunca os recordaré.

—No, nadie sabe de nosotros. Si te vas, efectivamente, tu mente no registrará tu paso por aquí.

—Es una manera sutil de decirlo —dijo sonriendo—. ¿Ha ocurrido antes?

—Que yo sepa, no. —Ariadna dejó de mezclar ingredientes para mirarla—. ¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—Si no estás segura, no sigas adelante. Tahiél está en una posición delicada...

—¿Qué quieres decir?

—No puedo hablarte de eso, él lo hará, lo siento. Solo te pido que no le hagas daño. Aunque la naturaleza dicte que eres su compañera, en este caso, puedes renunciar a él, las mujeres podemos hacerlo. Pero lo condenarás. Simplemente no llegues a ese extremo.

Todo en Alaska parecía lleno de incógnitas.

—No lo haré. Me han hecho el suficiente daño como para no querer infringir dolor a alguien como él.

De pronto, una imagen cruzó su mente, veía a Tahiél hablando con Wallace, no parecían discutir, pero el vello de su cuerpo se erizó.

—¡Aisha! ¿Me oyes?

—Parece tan real...

—¿El qué?

—Acabo de ver a Tahiél, en mi mente, lo he visto. Pensarás que estoy loca, solo ha sido un instante...

Ariadna estiró sus labios.

—Debe de tener unas fuertes emociones, de cualquier clase, así es como nos llegan esas imágenes.

—¿A vosotras también os pasa? —preguntó arqueando las cejas.

—Sí, y mi consejo es que vayas con él. Te necesita.

—No sé cómo encontrarlo...

—¿Recuerdas algo que me pueda ayudar para guiarte?

Intentó recordar.

—Está apoyado en un árbol que parece quemado por un rayo, y también está Kronos. Hay un valle al fondo.

No nombró a Wallace, sabía que si lo hacía, Ariadna pondría sobre aviso a sus hermanos.

—Se me ocurren demasiados lugares idénticos. Intenta llamar a Kronos, si es como pienso, el animal vendrá a ti.

—No creo...

—Cierra los ojos y llámalo mentalmente. Puedes intentarlo al menos.

Se sentó en una de las sillas y cerró los ojos.

«¿Kronos?».

Se sentía como una completa idiota.

«¡Kronos! Vamos, lobo».

—Creo que no funciona.

¿Acaso esperaba la contestación de un lobo? Sí, definitivamente, estaba atontada.

—No es inmediato. Ve intentándolo de vez en cuando. Si le digo a Neoh que busque a Tahiél por ti, va a querer ir contigo. Estos hombres no son nada diplomáticos. No creo que quieras eso.

Se echaron a reír, pero la preocupación apretaba a su corazón en un puño, no le gustaba Wallace.

—Háblame de cómo os conocisteis Neoh y tú.

Aiadna sonrió, su mirada perdida en los recuerdos.

—Siempre dice que presintió mi existencia desde el día en que nació.

—¿Eso puede pasar?

—No les ocurre a todos, pero según me contó, a su padre le pasó con su madre, sin embargo a sus otros hermanos, no.

—Entiendo.

—Yo vivía en Seattle —prosiguió—, y un día apareció, Yo trabajaba en un periódico y estaba tomando mi almuerzo habitual cuando él se ofreció a invitarme, a partir de aquél día siempre estaba en la misma cafetería esperándome. Tuvo mucha paciencia, hasta que un día apareció con un ramo de flores y me invitó a cenar. Nos hicimos inseparables.

—¿Y notaste también... eso del vínculo?

—Yo era periodista, imagínate lo que debió significar para él tener que ocultar lo que era realmente, esperó a que yo me enamorara y entonces me lo dijo. Até muchos cabos en aquella época. Aparecía cuando tenía algún problema, o cuando el redactor no aceptaba alguno de mis artículos y al cabo

de diez minutos entraba en mi despacho y se disculpaba diciendo que lo iba a incluir en la tirada nacional.

Aisha se rio.

—Neoh manipulaba a la gente a tu alrededor.

—Sí, lo que al principio me molestó, pero después pude sacar partido.

—Chica lista.

—Por él lo dejé todo y empecé a trabajar desde aquí, enviaba mis escritos y así no podían ver que no envejecía. Ahora estoy jubilada, para ellos ahora tengo setenta y ocho años —explicó guiñándole un ojo.

—Ah, no sé si preguntar...

—Lidia tendría setenta y cinco y Nora cuarenta y dos en edad humana, es la única que aún puede aparentar haber hecho un pacto con el diablo.

—Se podría decir que lo habéis hecho —dijo divertida intentando ocultar la preocupación que cada vez se hacía más evidente.

—Supongo que sí. Pero no cambiaría esta vida por nada. Neoh lo es todo para mí.

Nunca se había sentido así, no imaginaba cómo sería querer tanto a una persona como para dejarlo todo por ella. Sin embargo lo había hecho, lo había dejado todo atrás y a las personas que pensaba que la querían. ¿Lo haría algún día por Tahiél?

Un aullido atravesó el aire, ya estaba anocheciendo y Ariadna corrió a abrir la puerta trasera de la cocina.

—Es Kronos.

—¿Él me llevara con Tahiél?

—Sí, pero espera, te dejaré un abrigo grueso y unas botas más apropiadas

—dijo saliendo de la cocina.

Cuando se cubrió lo suficiente, se atrevió a besar a Ariadna en la mejilla.

—Gracias, has despejado unas cuantas dudas.

—Ve con Kronos, junto a él no correrás peligro. Aunque debo advertirte de que Tahiél sabrá que vas hacia él.

—¿Hay algo que se les escape a estos hombres? —preguntó frunciendo el ceño.

—No muchas cosas, pero ya aprenderás a sacar partido.

Cuando cerró la puerta aún oía la alegre risa de su nueva amiga.

Ella venía de camino, debería librarse de Wallace.

—Dile a tu lobo que deje pasar el aire —increpó a Wallace.

—Mi lobo está aquí y percibe mi cabreo.

—¿No tuviste bastante el otro día? ¿Tardaste mucho en colocar de nuevo tu nariz en su sitio?

Wallace lo miró furioso.

—Tuviste suerte de que no dejé que mi lobo matara al tuyo.

—¿Y qué te hace pensar que no sería al revés?

—Lo que sea. He venido a decirte que puedes quedarte con ella.

Tahiél levantó una ceja.

—Nunca has tenido ninguna oportunidad con Aisha. No le caes bien.

Wallace se echó a reír.

—Como si eso me importara, tengo a tantas mujeres como quiero.

—Ya, y a todas asustadas. Algún día pagarás por tus errores.

—Me va el sexo duro, no tengo la culpa de que estén dispuestas y después se acobarden.

Tahiél se cernió sobre él.

—Deberías tener más respeto hacia esas chicas. Si algún día alguna sale herida...

—¿Qué? ¿Lo expondrás en la asamblea? ¿O me buscarás como ayer? —preguntó Wallace socarrón.

—Él quizás no, pero yo podría exponer muchos asuntos relacionados contigo.

Los dos se giraron a mirar a France. La mujer iba vestida como si viviera en Florida, sus esbeltas piernas descubiertas y sus pechos a punto de salirse de su escote, vestía de cuero y dejaba ver su hermosa figura. Era una mujer atractiva y bella, pero para Tahiél, demasiado agresiva. No se lo pensaba mucho en cuanto a castigos, sus hombres vivían aterrorizados. Un solo error y terminaban sin cabeza, así de simple. No debería extrañarle que Wallace y ella hubieran tenido algún encontronazo.

—Apareció la diva —dijo Wallace masticando un tallo congelado.

—Han llegado noticias de la ciudad, Susan, la camarera, ha aparecido apaleada, torturada y violada —soltó France, entrecerró los ojos—. Espero que no hayas tenido nada que ver con eso, o alguno de tus hombres.

Tahiél conocía a la chica íntimamente, había sido siempre amable con él y había visto el temor en sus ojos cuando Wallace entraba en escena.

Capítulo 15

—¡Oh, dios mío!

Aisha oyó lo que había dicho la mujer morena llena de trenzas que estaba de pie entre Tahiél y Wallace, ¿quién era esa?

—Tú debes de ser Aisha; el dolor de muelas de estos dos capullos.

Tahiél levantó una ceja y Wallace levantó el dedo medio en dirección a la mujer.

—Supongo, ¿y tú eres? —preguntó desafiante.

—Eso no importa...

—Es la jefa de otro clan, te presento a la más simpática de las mujeres, ella es France.

—Mucho gusto. ¿Es cierto eso que has dicho de Susan? La conocí...

—¿Y por qué iba a querer mentir? Pues claro que es cierto. No es que me importe, pero no quiero enfrentamientos con las autoridades humanas.

—Pobre chica...

—Ese no es el problema.

Aisha miró a la esbelta mujer, por lo visto, todo lo entendía al pie de la letra, no conocía ni los matices ni la jerga del vocabulario común.

Se rascó la frente y miró a Tahiél, el hombre negó con la cabeza de manera imperceptible.

—¿Has tenido algo que ver en el asunto? —interrogó France a Wallace.

—No, estuve con ella hace unos días, pero no la he vuelto a ver.

—Tienes cierta fama, como esto nos exponga, te arrancaré los intestinos y

te ahorcaré con ellos.

—Qué gráfica —dijo Aisha sin pensar, pero al momento se arrepintió, cuando la mujer puso toda la atención en ella.

—¿No es así cómo debe ser? Le estoy explicando de manera clara y sencilla cómo voy a terminar con su lamentable existencia, aunque no sería el caso. Tendría que hacerle lo mismo a su lobo.

El lobo negro de Wallace dio un paso atrás soltando un quejido. Aisha no sabía muy bien cómo tomarse aquella conversación, ¿alguno era consciente de que se estaba hablando de cometer un grave delito?

—¿Antes o después de follarme? —preguntó Wallace serio.

Perfecto, lo de aquellos dos no era asunto suyo, por ella, podían empezar a matarse si así lo deseaban.

—Primero te follaré, por supuesto.

La mujer era la sinceridad personificada.

Tahiél carraspeó.

—No quisiera entrometerme en una conversación tan tierna. Pero si han atacado a una chica en la ciudad, deberíamos asegurarnos de que no está involucrado ninguno de nuestra especie.

—Para eso he venido. Mi lobo está apareándose en algún lugar del bosque y no he podido evitar sentir vuestro nauseabundo hedor.

—Gracias, eres encantadora —puntualizó Tahiél.

—No, no lo soy, ¿pretendes ofenderme?

—De ninguna manera.

—Volviendo al tema que nos atañe. No hagas que tenga que buscar entre tu clan, Wallace. Porque como uno de los tuyos esté involucrado, yo misma

me haré cargo.

Por alguna extraña razón, Aisha estaba esperando los pormenores de lo que le iba a hacer al hombre involucrado, pero eso no pasó.

—Soy el jefe de mi clan, si alguien tiene que impartir castigos ese soy yo —rebatió Wallace.

—Pues, intenta hacerlo a tiempo. No habrá juicio previo. Tocar a una humana contra su voluntad está prohibido y tú ya has traspasado el límite en varias ocasiones. No esperaré a que reacciones, ¿estamos?

—Estás celosa de esas mujeres, pero no te preocupes. Solo me gusta el sexo contigo. Ellas son demasiado delicadas.

—Joder, ¿tenemos que oír todo esto? —se quejó Tahiél.

—Nadie te ha pedido que te quedes, si ya has terminado con Eric, coge a tu débil humana y márchate. Y no temas, este imbécil no se acercará a ella. Hemos hablado largo y tendido —soltó France.

—¿Débil? —Aisha estaba empezando a ofenderse, y pasó por alto el comentario sobre el marido de Norma.

—Exacto, todas lo sois. Siempre lloriqueando y escudándoos detrás de un macho. El día que alguna le dé una buena paliza a este idiota, cambiaré de opinión.

—¿Y quién dice que eso no pasará? Hay mujeres más fuertes y más preparadas que tú, que nada tienen que envidiarte y que no necesitan a ningún hombre defendiéndolas. Y algo me dice que tal vez no puedas vivir con eso.

—Vaya, tenemos aquí a una valiente —se acercó a ella y aunque era más alta, Aisha no retrocedió.

—¿Crees que puedes hablarle así a la gente? ¿Es que nadie te enseñó modales? Algún día te vas a topar con alguien que te mostrará lo bueno que

puede llegar a ser interactuar como una persona, no como una loba con un cabreo perpetuo y síndrome premenstrual crónico. Deja de aullar a la luna y sé un poco más atenta con los demás.

Wallace se echó a reír a carcajadas.

—Vaya, la chica tiene cojones.

—Ya veo, creo que incluso podríamos ser amigas.

Aisha, no entendía nada.

—Deberíamos irnos —propuso Tahiél.

Ella se dio la vuelta sin dejar de mirar a France, por dentro temblaba, pero nunca había dejado que nadie la mirara con superioridad y no iba a permitirlo tampoco ahora.

—No debiste enfrentarte a France.

Había pasado un mal rato, si hubiera tenido que enfrentarse a France, por defender a su compañera, habrían sumado más problemas a los que ya tenían.

—Me he sentido insultada.

—Está bastante tarada, aunque creo que le has caído bien.

—Pues no era esa mi intención, Tahiél. ¿Y dices que es la jefa de un clan?

Él la había cogido de la mano y caminaban hacia su cabaña. El aire helado que bajaba de las montañas parecía cortar su rostro con afilados cuchillos.

—Lo es. Un clan en el que gobernaban las mujeres, pero también fue masacrado y ahora solo queda ella y unos veinticinco hombres que le rinden pleitesía.

Aisha arqueó una ceja.

—Me compadezco de ellos.

—Todos lo hacemos —dijo Tahiél riéndose.

—Y está liada con Wallace. —No era una pregunta.

—Eso parece, aunque es la primera vez que lo admiten.

—Dijiste que no os relacionabais con mujeres de otros clanes...

—Y así es, pero son tiempos difíciles. Los hombres de nuestra raza necesitamos estar vinculados para ser más fuertes, muchos caen en desgracia y se quitan la vida. Otros intentan soportar la espera de su compañera teniendo relaciones con otras mujeres, sean de nuestra raza o humanas.

—¿Y tú? ¿También te sentiste así?

¿Qué podía contestar a eso?

—Me he sentido solo mucho tiempo y la mente se encarga de recordarte continuamente que no eres igual que los otros hombres vinculados, no eres capaz de desarrollar tus capacidades.

Aisha caminó cabizbaja, no le explicaría que en realidad había llegado a un punto sin retorno, que ella le había salvado la vida.

—¿Es por eso que no pudiste venir a San Francisco?

«Es astuta», se recordó.

—Sí, no puedo convertir mi cuerpo en pequeñas moléculas como hacen mis hermanos.

—No debes sentirte mal por eso...

—No te he podido ayudar, Aisha.

—Pero lo han hecho tus hermanos...

Tahiél soltó su mano y se plantó ante ella, ignorando el viento que sacudía su melena masculina.

—Era mi deber, era yo el que debía estar a tu lado, me sentí un completo inútil.

Ella se acercó y puso una mano en su mejilla. El hombre tenía la piel caliente a pesar de la temperatura.

—Me salvaste la vida en el accidente, ¿cuánto puede aguantar el cuerpo de una persona tirada en la nieve sin congelarse? Tú me sacaste de allí, cuidaste de mí.

—¿Por qué tus amigos no te buscaron?

Retiró su mano y miró sus pies, tal vez era hora de explicarle lo que pasó.

—Estaba huyendo, Tahiél.

—¿Huyendo? ¿De qué o de quién?

—De la situación en la que me vi envuelta.

Tahiél cogió su mano de nuevo y caminaron hacia la cabaña.

—Te estás quedando helada.

—Abrázame.

—Creí que nunca me lo pedirías —dijo envolviéndola entre sus brazos y pegándola a su cuerpo.

—¿Hace falta que te lo pida?

—No quería atosigarte, pero este es el mejor lugar del mundo para mí —admitió contra su cuello.

—Eres un buen hombre, Tahiél. Me da igual si eres humano o no, incluso si yo lo soy. Pero estar contigo ha marcado la diferencia. Solo he sentido amor hacia mi amiga y creo que ahora también lo siento por ti.

—No sabes lo que me alegra oír eso. Aunque no lo creas eres tú la que me ha rescatado a mí.

Pero antes de que hiciera más preguntas, puso su brazo sobre los hombros de ella y la instó a andar.

—Vamos, estamos cerca, quiero que entres en calor lo antes posible.

Cuando entraron en la cabaña, Kronos se tumbó en la puerta y ellos entraron. El calor del fuego acarició su rostro y sintió que Aisha seguía tensa.

—Ven siéntate ante la chimenea.

Se quitaron los abrigos y él preparó un par de tazas bien calientes de café.

—Tómalo, tu cuerpo necesita algo caliente ahora mismo.

—Has puesto adornos...

—Las chicas debieron aparecer por aquí, cada año hacen lo mismo, dicen que no tengo espíritu navideño.

—Yo tampoco lo tengo, mis amigos tiraban de mí en estas fiestas.

La miró mientras bebía.

—Cuéntame lo que pasó en San Francisco para que terminaras en Alaska.

Aisha fijó la mirada en las llamas.

—Fue por un malentendido. Mi amiga, Norma, creyó que me había acostado con su marido Eric.

—¿Es el hombre con el que discutías? ¿Ese que vi en tu mente?

—Sí. Éramos buenos amigos, siempre nos reuníamos para todo, ya sabes, cumpleaños, acción de gracias..., navidad. Pero Eric no se comportaba como un marido ejemplar, precisamente.

—Nunca entenderé a los humanos...

—Ni yo a los hombres —dijo con una sonrisa triste.

—Continua.

—Yo pasaba horas escribiendo y centrada en mi trabajo, así que Norma me obligaba a salir todos los viernes. Era una salida de chicas en la que cenábamos y después íbamos a bailar. Una de esas noches vi a Eric salir del baño arreglándose la ropa, él no me vio, pero un par de minutos más tarde salió una chica también, no hace falta ser muy listo para...

—Habían tenido sexo —afirmó Tahiel.

—Sí, y aquella noche conseguí que mi amiga no se enterara de nada. Pero cometí el error de ir a verle a su oficina para decirle que sabía lo que hacía, pero que si rectificaba, Norma no tenía por qué enterarse. Ella le amaba y aún lo hace, con locura.

—¿Te amenazó? ¿O se sintió amenazado?

—Las dos cosas. Aunque no lo demostró. Creí que todo había sido una noche de descontrol, pero un día, Norma se enteró de que varias chicas de la empresa de su marido habían pasado por su propia cama.

—¿Se lo dijo a él?

—Sí, y para mi consternación, lo admitió. Después la invitó a irse si no era feliz. Pero ella se lo perdonó todo, me dijo que lo hacía por sus hijos. Yo la animé a que si volvía a ocurrir, lo dejara. —Lo miró—. Ninguna persona debería pasar por eso, es una humillación.

—Estoy de acuerdo.

—La cuestión, es que él volvió a las andadas y un día me llamó a su despacho y me habló de que una editorial estaba interesada en mis libros, que él había hablado por mí y me presentó a la que después sería mi editora y

agente literaria. Las cosas fueron bien para mí. Y estaba tan sumergida en mi mundo que no sabía que el matrimonio de mis amigos se estaba yendo a pique.

—¿Cómo te enteraste?

—Norma no contestaba a mis llamadas y fui a verla, pero en su lugar encontré a Eric, intentó propasarse, y cuando pude deshacerme de él, salí corriendo de allí. Conseguí contactar con mi amiga y ella me aseguró que tomaría cartas en el asunto.

—Intuyo que algo fue mal.

—Norma celebró Acción de Gracias en su casa, con todos nuestros amigos comunes.

—¿Qué pasó?

—Cuando llegué estaba Eric también, eso ya me extrañó, pero pensé que, como siempre, Norma lo había vuelto a perdonar. Yo ya estaba a punto de abandonar su casa cuando ella me acusó de haber seducido a su marido, de haber pretendido romper su matrimonio, y todos, sin excepción, creyeron sus palabras.

—¿Tu amiga hizo eso? No concibo la amistad de esa manera.

—No es así. La lealtad y la confianza se rompieron en ese momento. Y decidí salir de sus vidas, estuve un tiempo sin saber a dónde ir y por fin me decidí. Así es como acabé en Alaska.

—¿Qué te empujó a venir aquí?

—No lo sé, se me ocurrió.

—Estoy seguro de que fueron tus raíces, ellas te devolvieron a tu verdadero hogar.

Aisha no dijo nada, suponía que estaba valorando sus palabras.

—Podría ser. Tengo que dar las gracias por haberte conocido. Tú me has enseñado lo que es la verdadera amistad, no has desistido en ningún momento, aun sabiendo que no te creía. Me disculpo por eso, no merecías mi indiferencia. Incluso tus cuñadas, sin casi conocerme me han ayudado en algún momento. ¿Y qué decir de tus hermanos? No dudaron ni un segundo en acudir a San Francisco, aunque a Neoh no le guste la ciudad. Ya me enteré...

—No me digas que te lo ha contado —Tahiél estaba sorprendido—. No habla de eso, fue una vergüenza para él, aunque no hay para tanto, pero su orgullo quedó herido.

Se miraron y después estallaron en una carcajada conjunta.

—No te disculpes, Aisha. Intenté ponerme en tu lugar, la información que estabas recibiendo era demasiado intensa y plagada de cosas imposibles para ti.

Capítulo 16

—Intento hacerme a la idea de que pertenezco a este lugar, y no me disgusta. Estuve en el sitio equivocado mucho tiempo, hasta me gusta el frío.

—Es un buen comienzo.

—¿Qué ha pasado con Eric? France ha dicho algo...

—Fui a verle, mis hermanos lo dejaron en casa de France y me avisaron, por eso no estaba cuando llegasteis, y ahora que sé exactamente lo que pasó, no me arrepiento de haberle dado una pequeña paliza, me encontré con Wallace cuando volvía...

—¿Qué?

—Lo siento, nena. Ese tío nunca debió fijarse en ti.

—En eso tienes razón, pero lo de la paliza...

Aunque no le desagradaba la idea, terminó pensando que lo merecía, era una paliza pequeña, ¿no? Mejor no indagar más.

—France, ¿tiene un lobo?

—Sí, pero solo los hombres estamos vinculados a ellos. Ella simplemente lo adoptó, supongo que siente que tiene que ser como nosotros —cogió su mano y tiró de ella contra su cuerpo—. No quiero hablar de esa loca.

—Ni yo.

Se acercó y la besó, su lengua encontró la de ella, la reclinó hacia atrás haciendo que quedara tumbada sobre la mullida alfombra.

—Estoy completamente loco por ti.

—Nunca nadie me había dicho eso.

—De lo cual me alegro.

Cuando ella empezó a desabrochar su camisa él le quitó el jersey. Terminaron desnudos y rodeados de ropa tirada.

—Te deseo —dijo ella.

—Y yo a ti.

Volvieron a besarse y a recorrer sus cuerpos con las manos, la electricidad fluía entre ellos, acercándolos más y más a su vínculo natural. Aisha era su otra mitad y la amaba.

Ella se puso sobre él y recorrió su mandíbula con los labios, se dejó hacer, nunca permitía a ninguna mujer llevar la iniciativa en el sexo, era solamente follarse y cada uno por su lado. Pero las sensaciones que le estaba regalando su chica eran nuevas y quería saborearlas. Dio un respingo cuando ella le mordisqueó un pezón. Una descarga atravesó su columna vertebral. Tiró con los dientes de su piercing y continuó viajando hacia su pene.

—Quiero darte placer —dijo ella.

No pudo contestar, su boca ya había envuelto su miembro y lo estaba degustando como si estuviera muy hambrienta. Puso una mano en su cabeza y la dejó llevar el ritmo. No recordaba haber estado tan excitado en toda su larga vida. Esto era lo que se había estado perdiendo.

No tardó mucho en pedirle que parara, pero ella siguió acariciando su miembro con la mano, besando su pecho y sintiendo el cosquilleo de su melena en el vientre. Si seguía así...

Levantó los ojos y vio a Tahiél llegar al orgasmo cerrando fuertemente los párpados. Era tan guapo que dolía. Y cada vez estaba más enamorada de este

hombre que en ningún momento había tirado la toalla con ella.

Unas imágenes de Kronos cruzaron su mente, el lobo miraba a Tahiel y este sostenía un puñal contra su corazón, parecía estar muy afilado y era de cristal o quizás diamante. Él cerraba los ojos y la punta se hundía a través de su ropa, aunque no podía ver si había penetrado en su piel. ¿Se estaba infringiendo dolor a sí mismo? Unas lágrimas caían por su rostro, tal como le estaba pasando a ella en este preciso instante.

—¡Noooo! —gritó poniéndose de rodillas y mirando el pecho de Tahiel.

Tahiel se sentó y la cogió por los hombros.

—¡Aisha! ¡¿Qué te pasa?!

—Tú, eres tú. ¿Es pasado?

—¿El qué? ¿Qué has visto?

Ella centró sus ojos bañados en lágrimas en él.

—Tenías un puñal...

—Mierda —la soltó, se levantó y se puso los pantalones.

—¿Qué era eso, Tahiel?

Pero él permanecía de espaldas con una mano en la nuca, mirando al suelo.

—Me dijiste que solo podíais morir si mataban a vuestros lobos...

—Estaba desesperado, Aisha. Nosotros mismos sí podemos infringirnos dolor, y hasta la muerte, si así lo deseamos.

—¿Por qué?

—Porque tú no estabas —dijo girándose a enfrentar su mirada.

—Pero...

—Han sido muchos años, ya no podía soportar la soledad, el no poder ayudar a mis hermanos en los enfrentamientos. Ellos han estado protegiéndome, era un lastre con el que debían cargar.

—Tus hermanos te quieren, Tahiél. ¿Cómo podías dejarlos así? ¿Y qué hubiera sido de mí?

—Ellos habrían sufrido, pero el tiempo todo lo cura, nena. Tú nunca habrías sabido de mi existencia, no te hubiera condenado.

—¿Y qué hay de Kronos? A él sí lo hubieras condenado, ¿verdad?

—Sí.

Ella se incorporó y se puso la camisa de él, que le llegaba a los muslos.

—¿Tan mal estabas?

—No veía ninguna salida.

—Pero eres un hombre atractivo, no debían faltar mujeres a tu alrededor. Tú familia está a tu lado...

—Estuve con mujeres, con más de las que piensas.

Ella se sentó en el sofá y puso la cabeza entre sus manos.

—Demasiada información.

—Lo siento, no quise que sonara de esa manera. Esas chicas no me aportaban nada, ninguna era mi compañera, solo eran... sexualmente satisfactorias —explicó agachándose ante ella y cogiendo sus manos—. Te dije que tú me habías salvado a mí, esa imagen que has visto fue unos segundos antes de que el autobús en el que viajabas se estrellara contra el camión. Fue una señal, tú ya estabas tirando de mí.

—¿En serio?

—Nena, no he deseado tanto a ninguna mujer como lo hago contigo, ni

siquiera he disfrutado del sexo tanto como lo he hecho ahora. Eres mi compañera, mi otra mitad. Te amo, y aunque me veas como un débil y un egoísta, nunca dejaré de amarte. Tú no estás condenada, puedes irte cuando quieras, yo no te lo impediré...

—¿Qué estás diciendo? No voy a irme. Yo... yo también te amo, aunque no era consciente de ello. Durante esta semana, he aprendido mucho más contigo que en todos los años pasados. Y a pesar de que me ha costado entrar en tu mundo, creo en él; creo en ti. Y no eres débil, me lo has demostrado a menudo.

La abrazó, estrechándola contra su cuerpo.

—Eres el mejor regalo que me ha dado la vida. En su momento me disculpé con Kronos. Ahora lo hago contigo.

—Te quiero. No necesitas disculparte. Solamente, no vuelvas a hacerlo.

—Te lo prometo. Nunca te fallaré.

—¿Qué habéis hecho con Eric? —preguntó Aisha a los hombres sentados alrededor de la mesa.

—Sigue con France —soltó Elián riéndose.

—¿Qué? Sois crueles.

—Eso díselo a tu hombre.

Miró a Tahiél que lucía en una postura totalmente inocente.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, mis poderes están saliendo a borbotones. Tenía que ponerlos en

práctica.

No entendía a qué se refería, ellos no serían tan cínicos como para dejar que France torturara al humano, o eso esperaba.

—He implantado en su mente un enamoramiento repentino por la jefa del otro clan. Ella quería experimentar y él tiene tantas ansias de mujeres que no creo que se canse de ella, es insaciable. Por cierto; a Wallace le ha sentado como una patada en el estómago —explicó Tahiél.

—¿De veras?

—Sí, Eric ha renunciado a todos sus bienes a favor de Norma, tu amiga es rica y libre. No te recuerda, lo siento. No puedo permitir que ande husmeando por aquí.

—Entiendo.

—Eric cree que siempre ha vivido aquí, no merece más que eso, es un maldito parásito para la sociedad. Te maltrató y les perdió el respeto a su mujer y a las chicas con las que se acostó, por no hablar de sus hijos.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cariño, es un defecto genético. A veces hay que torturarlos para que hablen —dijo Nora.

—Vaya, sabía que iba a salir el tema —se quejó Elián.

—Sí guapo, es algo con lo que tendrás que vivir. Más comunicación y menos secretismo.

—Es por tu bien, cuanto menos sepas...

—No empieces o vas a dormir en el sofá durante los próximos tres meses.

Los otros hermanos empezaron a reírse, pero se callaron en cuanto se encontraron con las miradas de sus mujeres.

—A la cocina a cargar con los platos —ordenó Ariadna.

Todos se levantaron y entraron a hacer lo que la mujer había dicho.

Cuando Lidia pasó por su lado, se agachó.

—Es cuestión de tiempo que los dominemos completamente, vamos a necesitar de tu ayuda —admitió guiñando un ojo.

Se echó a reír, lo tenían bastante crudo, pero por intentarlo...

El día de navidad transcurrió de una manera diferente, más relajada y sin sentirse obligada a estar aquí. No era eso lo que había sentido años atrás, cuando Norma amenazaba con ir a buscarla si no iba a pasar el día con su familia y amigos.

Tahiél y sus hermanos se divirtieron contando anécdotas de cuando eran pequeños, de cómo sus padres habían tenido que encerrar a sus lobos para que ellos no pudieran alejarse demasiado, al final por amor a sus lobos permanecieron dentro de la comunidad hasta la edad adulta. Después vino la masacre, y todos tuvieron que volver a empezar.

Había visitado a Susan en el hospital, primero fue con las chicas, después sola. La chica le había caído bien desde un principio, y se sintió mucho mejor cuando la vio; estaba golpeada y dolorida. Agradecía sus visitas, y también le contó que no había visto la cara de su agresor. Aunque Wallace lo había negado, todas las sospechas recaían sobre él. Según le había explicado Tahiél, a ese loco de daba por someter a sus compañeras de sexo y algunas se habían negado, incluso habían terminado temiéndole. Pero ninguna lo había acusado de haberlas obligado. ¿Por miedo?

El camión de mudanzas llegó el día indicado, pero aún no había podido despegarse de Tahiél. Y ahora le parecía que por mucho que quisiera su propio espacio, prefería estar junto a él.

No pudo evitar recordar a su amiga, nunca la olvidaría, Norma había significado mucho para ella. Ahora se había librado de Eric, y esperaba que los hombres hubieran hecho algo con la relación enfermiza que tenía con su marido.

De repente una idea cruzó su mente.

—Tahiél.

—Dime, nena.

—¿Te atreves a hacer un viajecito a San Francisco?

—No puedes ir a verla, cariño —advirtió él.

—No, no es eso. Me gustaría dejar un par de regalos en su casa, para Nadia y Samuel, los hijos de Norma.

Él sonrió.

—Bien, pero nunca he ido allí de esta manera. ¿Y si aparecemos en medio del mar?

—¿Podrías usar un GPS o algo así?

La carcajada de su hombre no se hizo esperar.

—Aisha, esto no funciona así.

—Ah, bueno, solo era una idea.

—No hay problema, puedo implantar un cuadrante en su mente —dijo Elián.

—Sí, hazlo tú, porque en el último viaje casi acabamos en una de las pistas de aterrizaje del SFO.

Ariadna, Lidia y Nora estallaron en carcajadas bajo la furiosa mirada de Neoh.

—Lo siento —se disculpó ante Neoh.

—¿Por qué? El hombre no estuvo fino ahí —admitió Ariadna.

—Nena, no hagas que me levante —amenazó Neoh a su compañera.

—Está bien, ¿lo ves en tu mente? —preguntó Elián mirando fijamente a Tahiél.

—Sí, gracias hermano. No nos esperéis, vamos a hacer algo de turismo.

Cogió a Aisha por la cintura y desaparecieron ante la mirada de su, ahora, familia.

Capítulo 17

Se volvieron a materializar riéndose, estaban detrás de un parking de camiones, Elián había escogido un buen sitio. Nadie se fijó en ellos.

—Hace más calor aquí.

—Sí. —Tahiél cogió su mano—. Vamos, podemos disfrutar de la ciudad mientras haces las compras.

Ella se paró en seco.

—No tengo dinero, deberíamos buscar un cajero.

—Eso no es un problema, nena. Por cierto; a Ariadna no le ha dado tiempo a informarte, pero se ha quedado con la editorial para la que tú trabajabas, dice que quiere ayudarte con la distribución de tus libros desde la sombra. Pero también quiere preguntarte si estás de acuerdo. Creo que echa de menos estar ocupada.

—Oh, eso es genial.

Estaba segura de que se llevarían bien trabajando juntas.

—Alquilaremos un coche y recorreremos la ciudad.

Pasaron la tarde de tienda en tienda, Tahiél transportaba las bolsas mientras ella no dejaba de mirar los escaparates navideños. Compró varias cosas para los hijos de Norma, y después de hacer su magia, Tahiél los dejó bajo el árbol de navidad en casa de su amiga, a la que nunca más volvería a ver. También echaría de menos a sus niños, Nadia y Samuel. Pero ella nunca habría existido para ellos.

—Aisha, mientras comprabas, he hecho algunas llamadas.

Tahiél puso una mano sobre las suyas que estaban enlazadas en su regazo,

estaba perdida en sus pensamientos, recordando los buenos momentos junto a Norma.

Estaban en el coche de nuevo.

—¿Sí? —contestó centrándose de nuevo en el presente.

—Sí, tengo una sorpresa para ti.

Cuando aparcó delante del Hotel Palace y salieron del vehículo, un chico uniformado se acercó para aparcarlo.

—No me lo puedo creer, he pasado tantas veces por delante...

—Pues ahora tienes una *suite* esperándote.

—¿De veras?

Él acunó su rostro entre sus manos.

—Eres mi compañera, todo lo que haga por ti nunca será suficiente. Quiero nuestra luna de miel particular.

Ella sonrió.

—No hacía falta esto. Pero no lo voy a despreciar.

Entraron cogidos de la mano, algunas mujeres admiraron al ejemplar que llevaba al lado. No le molestó en absoluto. Era un orgullo saber que además de atractivo era todo un caballero, y la quería tanto como ella a él. Atento y cariñoso, aunque seguramente daba la imagen de ser un hombre rudo y antipático.

Subieron hasta la última planta en un ascensor acristalado, ella se sentía menos encerrada de ese modo. No dejaban de regalarse caricias y besos, y al entrar en la *suite* se encontraron con una botella de Boërl & Kroff Brut, en una cubitera con hielo y dos copas. Brindaron y degustaron el exquisito líquido.

—No estoy acostumbrada a todo esto —admitió mirando las burbujas que ascendían en su copa.

—Yo tampoco.

Ella lo miró sorprendida.

—Nena, no suelo escoger *suite* en los hoteles, ni llevar compañía femenina a ellas. Estaba solo y no tenía nada que celebrar. Esto estaba reservado para ti, solo para ti.

Y lo que esas palabras produjeron en su organismo fue algo imprevisto, pero bienvenido. Una oleada de satisfacción y amor a raudales se instaló en su corazón.

—Te quiero, Tahiel.

—Te quiero, nena. Y te quiero desnuda en este preciso instante— soltó buscando su boca y atrayéndola hacia su cuerpo.

El beso era explosivo y lleno de pasión, la erección de Tahiel se hacía notar en su estómago y eso hizo que ella se humedeciera en seguida, no podía esperar a desnudarlo.

Tiró de su camiseta y empezó a desabrochar su pantalón. Mientras él se deshacía de las botas, ella se quitó el jersey por la cabeza y se bajó los pantalones. Lanzó los zapatos, que quedaron esparcidos a unos metros y de repente, se miraron y empezaron a reírse.

—¿Algún día conseguiremos hacerlo con más calma? —preguntó ella.

—Tal vez, pero te deseo demasiado como para perder el tiempo.

La levantó, y ella envolvió las piernas en su cintura, piel con piel. Sus genitales se rozaban, buscándose como si tuvieran vida propia.

—Necesito que entres en mí. Lléname.

Tahiél miró a un lado y a otro de la estancia, y decidió que la cómoda era un buen sitio para lo que ella le había pedido, o eso pensó Aisha, ya que fue con ella a cuestras, apartó los adornos de un manotazo, haciendo que se estrellaran contra el suelo, y después la sentó encima.

Otro beso devastador la dejó sin aliento, Tahiél se separó un momento para después mordisquear sus labios, que seguramente terminarían hinchados y más rojos de lo habitual, pero no le importó. Le devolvió cada uno de los pequeños mordiscos, se estaban devorando el uno al otro.

Una mano descendió hasta su centro y un dedo la penetró mientras hacía círculos en su clítoris con el pulgar. Ella ya estaba bastante preparada, pero dio la bienvenida a la caricia, cuando él utilizó dos dedos y comenzó a ensanchar su canal, se dio cuenta de que Tahiél no quería embestir y dejarla dolorida. Era algo que la complacía, pero lo necesitaba. Ahora.

—Tahiél —gimió.

Él entendió su súplica y deslizó sus dedos hacia fuera para sustituirlos por su erecto y bien dotado miembro. Entró en ella despacio, como si quisiera immortalizar el momento y ella engulló cada centímetro con sus paredes vaginales.

Cuando estuvo totalmente enterrado cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Es como estar en el paraíso.

—Lo es.

—Quiero intentar ir más despacio, disfrutar...

—Hazlo.

Se miraron a los ojos y él empezó a moverse lentamente, saliendo de ella casi por completo para volver a entrar lentamente. Si seguía así, la volvería

loca.

Ancló sus talones en los firmes glúteos masculinos y lo atrajo hacia ella, instándolo a volver antes a su interior.

—Creí que estábamos de acuerdo en ir más lentos —dijo él con voz ronca.

—Ya no. —Estaba al borde, necesitaba más.

Una risa entre agitadas respiraciones llenó la estancia, y él empujó fuerte para hacerlo una y otra vez hasta que ella clavó las uñas en su espalda y se arqueó. El clímax llegó solo un momento antes de que lo alcanzara a él también.

—Oh, Tahiél —estalló diciendo su nombre.

—Aisha... —gruñó él.

Se aferraron el uno al otro y se besaron en pleno éxtasis. Sus respiraciones descontroladas fueron suavizándose y volviendo a la normalidad mientras permanecían abrazados.

Tahiél la levantó de nuevo y la llevó hasta la gran cama, la dejó suavemente sobre las sábanas y la miró sonriendo.

—No tenemos remedio.

—Parece ser que vamos a estar mucho tiempo juntos, quizás en unos quinientos años, cien arriba o cien abajo, logremos hacer el amor pausadamente.

Tahiél se echó a reír.

—Tu visión de futuro deja mucho que desear.

—No me crees, ¿verdad?

—No —dijo levantándose—. Vamos a necesitar más tiempo.

Ahora la que se rio fue ella.

—Aisha, no te muevas, ahora vengo.

Le vio entrar en el baño y abrir el grifo de la bañera. Cuando la vino a buscar la llevó en brazos y, sin soltarla, entró en una de esas bañeras de aspecto antiguo con unas garras haciendo la función de patas.

Se relajaron un rato y volvieron a hacer el amor con la devoción que se tenían, pero sin conseguir frenar sus impulsos.

Dos horas más tarde estaban en la cama acurrucados, durmiendo.

Tahiél se despertó, pero no movió ni un músculo. No quería despertar a Aisha, que por su respiración acompasada sabía que dormía plácidamente. Miró el techo de la habitación en penumbra. Había tenido la suerte de encontrar a su compañera y quería disfrutar de cada momento a su lado, se sentía afortunado. Otros no lo habían conseguido y se habían quitado la vida o habían matado a sus lobos para morir sin dolor, pero eso a él le parecía muy egoísta. Había decidido que Kronos era el que debía morir sin padecer, simplemente se hubiera quedado dormido y ya no habría despertado.

Nunca debió tomar esa decisión, ahora lo sabía, pero fue un momento determinante y tenía muy claro su destino. Se habría perdido todo esto, no habría conocido a Aisha, una mujer que a pesar de tener las características de su linaje, era humana en muchos aspectos. No quería cambiar eso, ella había crecido entre humanos y pensaba igual que ellos, eso la hacía atractiva para él.

Aún no habían hablado de su futuro en común, él quería hacer una cabaña más grande, tal vez de dos plantas, como las de sus hermanos. En cuanto

volvieran, empezaría con las obras, entre los dos esbozarían un plano y decidirían cómo sería la distribución. Estaba deseando que Aisha se integrara en su mundo, o que al menos, lo aceptara.

No se podía quejar, ella preguntaba cuando no entendía algo sobre su raza, y cuando él se lo explicaba, se quedaba pensativa y después asentía. Debía ser difícil, en algunos aspectos, digerir ciertas normas. Pero no las discutía ni especulaba sobre sus costumbres.

Llevaba una media hora ensimismado, cuando un dolor penetrante le atravesó el costado, su cuerpo se puso rígido y apretó los dientes aguantando el dolor, no quería asustar a su compañera, pero otra ráfaga punzante parecía penetrar en su hombro, se sacudió involuntariamente. ¡Kronos!

Alguien había atacado a su lobo y antes de que fuera demasiado tarde debían volver.

—¡Tahiel!

Solo pudo contestar con un gruñido mientras intentaba incorporarse, logró hacerlo y buscó sus pantalones.

—¡Estás sangrando!

—Rápido, vístete —apremió apretando los dientes.

—Estás herido, llamaré...

—Es Kronos, debemos volver.

—¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí —dudó con la voz tomada por el dolor.

A duras penas lograron coger las cosas y desaparecieron al instante.

Aterrizaron, en todo el sentido de la palabra, en mitad del salón de la casa de Neoh. Tahiél cayó de espaldas y sin soltarla. Ella apenas tuvo tiempo de poner sus manos en el suelo y evitar caer sobre sus heridas. Pero cuando fue para mirar su rostro, Tahiél ya no estaba.

—¿Dónde?...

—Se ha ido —dijo Ariadna ayudándola a levantarse.

—Estaba herido...

—Sanará, si se ha marchado es porque tiene algo que resolver, te ha dejado aquí para que estés a salvo.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Los conozco demasiado bien, y todos ellos actúan igual.

—¿Y si se pone peor? Tengo que ayudarle...

—Neoh y los demás están en camino, no estará solo. ¿Qué os ha pasado?

—Me ha dicho que habían atacado a Kronos.

—Mierda. Por eso sangraba.

—Sí.

—Vamos, cielo. Tahiél se pondrá bien.

—Apenas se mantiene erguido. ¿No tienes idea de dónde pueden estar? ¿O de quién o quiénes han podido ir a por Kronos?

Ariadna recogió las bolsas que ella había traído, estaban esparcidas por el suelo.

—No lo sé, nuestros hombres tienen enemigos naturales. Y los humanos, a veces, sienten la imperiosa necesidad de molestar también. Mi teoría es que es alguien que sabe que hiriendo al lobo repercutiría en Tahiél...

—¿Alguien de nuestra raza?

—Sí, pero seguimos sin saber...

Unos fuertes golpes en la puerta cortaron la conversación.

—Ese tiene que ser Elián, estoy segura de que nos traerá noticias.

Cuando Ariadna abrió la puerta inhaló bruscamente.

Aisha vio al hombre de pelo blanco y largo que acompañaba a Wallace la noche que atacaron a Tahiél fuera de la cabaña.

—Hola, preciosa. ¿Siempre abres con esa energía? —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Muy mal, algún día te vas a llevar un buen susto.

—¿Qué haces aquí? Vete antes de que Neoh sepa que has venido, Nikolás.

—Apártate.

—No puedes entrar...

Pero el hombre empujó a la chica y entró.

Aisha estaba buscando algo para defenderse cuando bruscamente la cogió por el cuello.

—Sabía que estarías aquí. Tú, vienes conmigo.

No podía hablar, le estaba aplastando la tráquea lentamente. Utilizó sus manos para apartar el agarre que tenía sobre ella, pero le era imposible. Era demasiado fuerte.

—¡No la toques! —Oyó gritar a Ariadna.

Nikolás sacó una pistola y apuntó a la compañera de Neoh sin soltarla, se asfixiaba y lo único que podía hacer era luchar por obtener un poco de aire,

llenar sus pulmones de nuevo. Su visión se estaba volviendo borrosa.

—Quédate en donde estás, no me obligues a disparar.

Por suerte soltó su cuello, pero se la puso en el hombro con una facilidad pasmosa. Mientras recuperaba la respiración en aquella postura y no dejaba de toser, el grito de su amiga llegó como un eco.

—¡Nicolás, no!

Empezó a retorcerse y él la dejó ir en la parte de atrás de un coche enorme, otro hombre tapó su boca con un trapo mojado y no pudo evitar perder el conocimiento.

Cuando despertó estaba en el suelo, levantó la cabeza y quedó impactada por lo que estaban viendo sus ojos. Estaba en una celda, una antigua y muy sucia. La bombilla que colgaba del techo era lo más moderno que había allí. Buscó a Nicolás con la intención de enfrentarse a él, pero, para su consternación, no estaba.

Capítulo 18

—Bien, por fin apareces.

Tahiél miró a Nikolás, su lobo se estaba recuperando de las heridas y él, después de dejar a Aisha en casa de Neoh, había ido a buscarlo. Lo encontró en medio de un charco de sangre, debilitado por haber sido atacado con dos flechas, y él solo conocía a un idiota que usara un arco en este lugar. El resto utilizaban dagas, también silencioso, pero menos llamativo.

—¿Has atacado a mi lobo? —preguntó a Nikolás.

—¿Necesitas una respuesta a eso?

Gruñó y fue a por él. Pero el lobo negro del hombre se interpuso en su camino.

—No está herido de muerte.

—¿Por qué lo has hecho? —demandó furioso.

—Para llamar tu atención.

Tahiél, miró a Kronos, el animal se estaba levantando y su carne se cerraba a gran velocidad dejando solo unas marcas rosadas a un costado de su blanco lomo.

—¡Había otras maneras de hacerlo!

—Sí, pero solo se me ocurrió esta.

Perfecto, nadie iba a tocar a Kronos y salir impune, era una ofensa para su clan, los lobos eran sagrados.

Le soltó un puñetazo en el rostro que lo tumbó de espaldas, después saltó sobre él y cuando estaba a punto de estrangularlo alguien tiró de él desequilibrándolo.

—¡No lo hagas!

Wallace estaba cogiéndolo por los hombros. Se giró y levantando el brazo retorció la extremidad del hombre haciéndolo caer después de dar una vuelta en el aire.

—¡Joder! —se quejó Wallace en el suelo.

—No te acerques por la espalda, idiota.

Wallace tuvo los cojones de reírse, pero se le pasó inmediatamente cuando Nikolás apuntó con la pistola a Kronos.

—¿Qué cojones haces, Niko? —demandó levantándose del suelo nevado.

—Algo que debiste hacer tú hace días.

Wallace se cruzó de brazos y levantó una ceja.

—¿Y eso sería? —Levantó la mano para que aún no contestara—. Más vale que tengas una buena excusa para estar atacando a un lobo de otro clan.

—La hembra.

—¿Qué has dicho? —inquirió Tahiél—. ¿Estás hablando de Aisha?

Iba a por él de nuevo, pero Wallace puso una mano delante de su pecho.

—Si le tienes algún aprecio a tu brazo, apártalo —amenazó al líder del otro clan.

—¡Cálmate, joder! Vamos a aclarar esto.

Tahiél no perdía de vista a Nikolás, que seguía apuntando a su lobo. Maldita sea.

—¡Explícate! —bramó Wallace.

—Esa mujer nos pertenece, y tú ni siquiera has luchado por ella.

Wallace se pellizcó el puente de la nariz.

—No somos sus compañeros, nadie de nuestro clan lo es.

—Puede darnos hijos de todas formas. Había algo en su sangre...

—¿Qué coño?! —gruñó Tahiél, a punto de matar con sus propias manos a Nikolás.

—Tahiél, es mi hombre de confianza. Algo tiene que haber pasado.

Nikolás se rio en ese momento haciendo que los dos lo mirasen.

—¿Dónde está tu lobo, Wallace? —preguntó con sorna.

Tahiél se puso en alerta, esto olía a traición, y por la cara que puso Wallace, él también lo había advertido.

Nikolás emitió un potente silbido y al momento Wallace se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas con los ojos desorbitados. Su pecho sangraba, justo donde debía estar el corazón. Murió casi al instante.

Tahiél se agachó y puso una mano sobre el hombro de Wallace, observó a Nikolás.

—¿Sabes a lo que te enfrentas?

—No es algo que deba importarte. —Apuntó de nuevo a Kronos que ahora estaba a su lado, su lomo tocaba su muslo—. ¿Vamos a llegar a un acuerdo?

—¿Sobre qué? Aisha está fuera de tu alcance y de cualquiera de los que te rodean.

—Ahí te equivocas —dijo socarrón.

Era un macho bien formado, con buenas capacidades para luchar, pero no estaba vinculado a ninguna hembra, de modo que aunque casi le doblaba el peso, no tenía todas las capacidades desarrolladas. Podía vencerlo en una buena lucha, y lo estaba deseando. Wallace no era alguien a quien echaría de menos, pero no merecía morir traicionado por su propio clan.

—¡Tahiel! ¡La tiene! ¡Tiene a Aisha! —La potente voz de Elm llegó hasta sus oídos.

Neoh, Elm, Elián, France y Storm se materializaron ante sus narices. Interponiéndose entre él y Nicolás.

—¿Qué?!

—Fue a mi casa —explicó Neoh.

Un rugido nació en su garganta y dando un saltó cayó sobre el hombre que al mismo tiempo disparó su pistola hiriendo a Elm en el brazo.

—¡Joder! —gritó su hermano.

Sacó una daga de su bota y apuntó al cuello del hombre, la hundió lo suficiente para hacer que sangrara.

—¿Te has atrevido a llevarte a mi compañera?! Vas a morir solo por eso. ¿Dónde está?

—Si no puedes sentirla es que no es tu compañera —contestó sin inmutarse.

De pronto un grito rasgó el aire, la noche pareció congelarse un momento y no era debido a la baja temperatura reinante.

—¿Quién se ha cargado a este idiota?! —bramó France mirando el cuerpo de Wallace en el suelo.

—Te veo afectada —ironizó Storm, pero al ver el rostro de France, señaló con la barbilla a Nicolás que estaba intentando esquivar la afilada punta del cuchillo de Tahiel —. Intuyo que ese animal.

—¿Qué coño os pasa en vuestro clan, es que no hay nadie mentalmente sano? Voy a terminar con todos vosotros, sois la vergüenza de nuestro linaje.

France habló como si ella misma fuera un ejemplo de cordura. Estaba tan

cabreada que cogió al hombre por los hombros y lo hizo volar por el aire estampándolo contra un árbol, arrancándole a Tahiél la oportunidad de darle una soberana paliza.

—¡France! Tiene a Aisha. Cuando me diga en dónde está, será todo tuyo.

Intentaba sentirla, pero Aisha no parecía estar en su radar.

—¡No está en tu sangre liderar un clan! —dijo France, ignorando a Tahiél—. ¿Qué pretendéis hacer matando a vuestro líder? Porque no estás solo en esto, ¿cierto?

—Si...me matas...Aisha morirá —anunció mientras se ponía de pie lentamente, haciendo muecas de dolor.

—Te dejaré incapacitado y buscaré a tu lobo, después me desharé de toda tu estirpe, uno por uno —amenazó la mujer con los dientes apretados.

—Mierda, vamos a tratar esto —ofreció Neoh con su habitual calma.

—No hay nada que tratar, no necesito un tribunal para condenar a este tarado —discutió France.

—France, céntrate, tiene a la compañera de Tahiél. —Solo Storm y Neoh se atreverían a hablarle así a la líder.

—Ah, eso. —Se acercó a grandes zancadas hasta Nikolás.

Nikolás, se plantó ante ella con desafío.

—Voy a ser el nuevo jefe de mi clan, mis hombres así lo han querido, me debes un respeto.

—¿Hablas de respeto? ¡Mírame!

Todos se extrañaron de ver a esos dos mirándose como si nadie más existiera. Tahiél estaba llegando al límite de su paciencia, ese par de tarados le estaban haciendo perder el tiempo.

De pronto, France se carcajeó.

—Tahiél, la tienen en una celda rodeada de plomo, por eso no la puedes sentir, solo las celdas tienen plomo—expuso para asombro de todos, en especial de Nikolás—. No está herida y solo está Domos custodiándola, aunque hay alguien más cerca, no puedo ver quién es. No te desmaterialices con ella, tu hijo podría sufrir daños irreversibles.

—¿Dónde está esa celda? ¿Mi hijo?

Una inmensa alegría ocupó su corazón, junto al shock de la buena noticia. Aisha estaba embarazada y ellos ni siquiera lo sabían. ¿Cómo lo sabía France? Aunque después de lo que habían visto, la mujer tenía dones ocultos.

—En su territorio, no te preocupes, nadie te va a juzgar por entrar en él. Ese clan es historia. Date prisa, si es verdad lo que ha dicho, tu chica está en peligro. La matarán en cuanto sepan que la has encontrado.

Todo esto lo dijo sin dejar de mirar a Nikolás que la observaba con sorpresa.

—Soy uno más de vosotros, no podéis condenar a los que un día os ayudaron a vencer a vuestros enemigos —dijo Nikolás con aplomo.

—Primero tengo que hacer algo —admitió Tahiél.

Se materializó detrás de Nikolás y le rebanó el cuello con la daga de diamante.

—Esto por tocar a mi mujer —gruñó dejando caer el cuerpo inerte.

—¡Tahiél! Me acabas de joder la diversión.

Ahora sí había muerto sin tener que matar a su lobo.

—Lo siento. Era necesario. Gracias por tu ayuda, France.

—¡Que te jodan!

La mujer era un torrente de dulzura.

—Elm, Elián, id con Tahiél, recuperad a Aisha —ordenó Neoh, que cogió a su hermano más joven del codo antes de dejarlo marchar—. Cuida de ella y de tu futuro hijo. No corras riesgos innecesarios. Los lobos se ocuparan de ellos.

Asintió antes de ir a por su compañera. La rabia hacia sus captores un tanto diluida por la felicidad de su próxima paternidad. Aunque no se iban a librar de sentir su ira.

Tenía el estómago revuelto, tal vez era hambre, habían pasado horas desde la última vez que había comido algo. También tenía frío, era una celda extraña, las paredes estaban revestidas de algún tipo de material metálico, eso aún daba más sensación de frío.

—Dime el código, no voy a esperar a que vuelva —oyó decir a alguien, pero no reconoció la voz ni a qué se refería.

—¿Hay alguien ahí? ¡Nikolás!

Estaba agachada hablando por una rendija de un par de centímetros de ancho.

—¡¿Hola?!

—¡Cállate, mujer! —gritó otro hombre.

Miró hacia el pasillo, aparte de que tenía poco ángulo de visión, estaba bastante oscuro, solo habían sombras.

—Quiero hablar con Nikolás —exigió.

Nadie contestó, pero esos dos hombres seguían discutiendo y solo oía frases a medias.

—Merezco un poco de diversión..., lo merecemos.

Cada vez oía las voces más cerca.

—Nos va a matar por esto.

—No lo creo. Dijo que podíamos disfrutar de ella, dejaré que seas el primero.

Aisha caminó de espaldas hasta tocar la pared, esos tíos iban a por ella, se aterrorizó. Si eran como los otros hombres que había visto, se trataría de una masa de músculos contra los que no podría luchar.

«¡Tahíel!» Gritó mentalmente. Pero no era la primera vez que lo intentaba, su compañero no parecía oírla. ¿Dónde estaban todos esos dones de su raza cuando los necesitaba?

Alguien tocó un teclado emitiendo el característico pitido al introducir un código numérico al otro lado de la puerta, y esta se abrió soltando un zumbido, las luces se encendieron en el pasillo, y derramaron más luz que la simple bombilla que colgaba sobre su cabeza.

Dos hombres entraron, uno tras otro y sus peores augurios se hicieron realidad, tenían grandes cuerpos y las cabezas afeitadas y llenas de tatuajes que no supo definir.

—Vaya, está algo sucia, pero es bonita.

Ella frunció el ceño.

—Quiero hablar con Nicolás —repitió.

—No está —contestó el que aún no había hablado, se acercó a ella —. Apesta a Tahíel.

—¿A Tahiél? —preguntó el otro.

Aisha juraría que su rostro había perdido el color. Perfecto, hacía bien en temer a su compañero.

—¿Estás hablando del hermano de Neoh? —volvió a preguntar.

—El mismo —admitió el que estaba junto a ella.

Mientras Aisha daba un paso de lado intentando alejarse, él hacía lo mismo sin apartar los ojos de sus pechos.

—Pero, dijiste que era una hembra del clan...

El hombre parecía dudar.

—Sabía que te asustarías como una rata —contestó el otro con desprecio—. No te preocupes, ella nos pertenece, Nikolás se asegurará de que los otros clanes lo sepan.

—Yo no pertenezco a tu clan —se atrevió a decir.

—Eso ya lo veremos —dijo pasando el dedo índice por su mejilla.

Ella lo empujó por el pecho aunque no lo movió ni un centímetro.

—¡Aléjate!

El hombre se rio y cogiéndola por la nuca la atrajo hacia él, y la besó.

Aisha levantó la rodilla con la esperanza de acertar en sus genitales al mismo tiempo que mantenía sus labios fruncidos evitando que ese energúmeno invadiera su boca. No tuvo suerte, el hombre tenía buenos reflejos y se apartó rápidamente, aunque sin soltar su cuello.

—Inténtalo de nuevo y no seré amable —amenazó irritado, apretando su agarre.

Capítulo 19

Tahiél sabía que tenían una especie de calabozos, hoy en día ya nadie utilizaba esos lugares, pero por lo visto en este clan sí, también sabía que estaban en un lugar frío y húmedo. Aisha debía estar desprotegida de ambos elementos y de los hombres que estaban allí.

—Es aquí —anunció Elm.

—Una mierda de sitio —dijo Elián.

—Espero que Aisha no esté herida... —El tono de Tahiél sonó amenazador.

—Pensemos en positivo. Ahora bien, ¿cómo coño entramos ahí? No conocemos el lugar, no quisiera quedar atrapado en una celda de esas, no seríamos de gran ayuda para tu chica si no podemos volver a salir.

—Elián, eso no es pensar en positivo —refunfuñó Elm.

—Perfecto —soltó Tahiél y después desapareció.

Se materializó en un pasillo, la puerta de al lado estaba a solo medio metro de distancia y parecía una celda, soltó el aire de los pulmones, había ido de poco. Pero llegar cuanto antes hasta Aisha era su máxima prioridad.

Empezó a caminar por el pasillo cuando sus hermanos aparecieron en el punto exacto en el que había aterrizado él.

—Joder, Tahiél, esto podía haber terminado muy mal —se quejó Elián.

—Según France solo hay plomo en las celdas, era un riesgo que tenía que correr.

—Shhh, escuchad.

Se quedaron quietos y escucharon atentamente ante el apremio de Elm, la

voz de Aisha llegó hasta sus oídos.

—Efectivamente, no está sola, vamos.

Iban armados hasta las cejas, normalmente llevaban armas escondidas por su cuerpo, pero hoy se temían que podía haber una buena lucha.

Tahiél, levantó dos dedos. Sí, se oían las voces de dos hombres. Caminaron sigilosamente a una buena marcha, tenía que sacar a Aisha de aquí.

Uno de los pasillos estaba iluminado y si había alguien en él, podía matar a Aisha en cuanto los viera.

—Hay una puerta abierta al fondo —susurró Elián.

—Bien, tenemos escasos segundos para aparecer allí, no nos verán.

La velocidad que ellos podían alcanzar debía ser suficiente para que a nadie le diera tiempo a verlos llegar. La distancia era de unos veinticinco metros y veían la espalda de uno de los hombres, si ese tío giraba la cabeza estarían perdidos.

Se miraron los tres y corrieron por el pasillo, era la única manera de llegar ya que todo eran puertas y no se podían arriesgar a no encontrar ninguna abierta y no poderse ocultar del hombre, el factor sorpresa se acababa de escapar como el humo.

Elián llegó el primero y noqueó al hombre que estaba apoyado en el quicio. Elm y él entraron directamente en la celda. El hombre que estaba con Aisha la tenía cogida por el cuello y ella forcejeaba, fue hasta él y le dio un puñetazo estampándolo en la pared. Aisha soltó un grito de sorpresa y al momento lo reconoció. Seguramente solo había visto un borrón.

—Aisha, ¿estás bien? ¿Te ha hecho daño? —La cogió por la cintura y repasó su cuerpo en busca de heridas.

—Estoy bien —contestó acariciando su mandíbula—. Solamente, vámonos de aquí.

—¿Te... han tocado? —preguntó con miedo.

—No, no.

Elián tiró al centro de la celda al tipo que había derribado, el hombre gruñó cuando su cabeza hizo contacto directo con el suelo.

—Domos —demandó Tahiél poniendo su antebrazo en el cuello del hombre que intentaba incorporarse—. Pagarás por esto.

—Nikolás terminará contigo. Ella pertenece a nuestro pueblo, Wallace ha sido demasiado condescendiente con vosotros. No debió permitir que te acercaras a ella.

—No hables mal de los muertos, trae mala suerte.

Los ojos de Domos se abrieron con sorpresa, el hombre en el suelo también los observó.

—No es cierto —dijo vacilante.

—Eso nunca lo sabréis.

—Tahiél, vas a cabrear a Neoh —advirtió Elm, que ya tenía el brazo curado.

—No creo que le importe que tome la justicia por mi mano.

—Yo voto por que lo hagamos, aquí no hay testigos —dijo Elián demasiado entusiasmado.

—Esperad, ni siquiera sabía que era tu compañera —confesó el otro hombre, al que Elm tenía inmovilizado contra el cemento.

—¿Esa es tu defensa? —gruñó Tahiél—. Ninguna mujer debería estar aquí y mucho menos la mía.

—Yo no la he tocado...

—Cállate, idiota —dijo Domos con la voz ahogada por la presión que ejercía en su garganta.

Una sensación de euforia lo envolvió, no era suya, sino de Kronos. Sonrió y dejó ir al hombre. Aisha parecía sentir lo mismo y lo miró confundida.

—Sí, nena, Kronos te necesita tanto como yo, puede sentir tu angustia y tú puedes sentirle a él.

—Parece satisfecho— dijo ella frunciendo el ceño.

—Lo está.

Aunque Aisha no entendía demasiado el significado de todo aquello, Domos se dio cuenta en seguida de lo que pasaba. Él también sentía a su lobo, y su lobo estaba mal herido. Kronos había peleado con él y lo había vencido dejándolo agonizante.

—¡Maldito seas! —gritó el hombre abalanzándose sobre él.

Tahiel se giró y clavó una daga en su cuello antes de que Domos pudiera rozarle.

—No te lo voy a poner fácil. No dejaré que te desmayes, sufrirás de la misma manera que lo está haciendo tu lobo, y lo siento de veras por el animal.

Dicho esto, el hombre cayó al suelo y empezó a gritar de dolor, no era el cuchillo el que le hacía sufrir sino las heridas que Kronos había infringido a su lobo. Grandes porciones de carne se abrieron en profundas heridas en su cuerpo, algunas las veían a simple vista otras las cubría la ropa. Pronto se formó un gran charco de sangre bajo su cuerpo, y los gritos y maldiciones se volvieron gorgoteos apenas audibles.

Sacó a Aisha de la habitación, estaba demasiado pálida y parecía incapaz

de apartar la mirada de Domos.

—Aisha.

—Es una forma horrible de morir, Tahiél —dijo cubriéndose el rostro.

—Lo sé, pero nunca debieron secuestrarte.

Ella lo miró con, ¿miedo?

—Sois unos animales, unos y otros. Podíais haberme liberado y...

Tahiél acunó su rostro entre sus manos.

—Aisha, te dije que aquí no funcionaba la justicia tal como tú la conoces.

Ella apartó sus manos y empezó a caminar por el pasillo.

—Sácame de aquí, no quiero ver nada más —dijo furiosa, sin girarse.

Y en ese mismo instante surgió el pensamiento de que no podían salir al exterior, no desmaterializándose, al menos.

—¡Elm! —gritó antes de seguirla e impedir que se perdiera en ese laberinto de pasillos.

—Estoy en ello.

Tenía que conseguir que el otro hombre abriera las puertas antes de que su lobo también fuera atacado. Aunque él había dado la orden mental a Kronos de que lo hiciera. Aisha no estaría de acuerdo, pero él no lo impediría de ninguna manera. Kronos quería a Aisha, ya formaba parte de él, y tan noble como era, no dejaría pasar la oportunidad de pelear si el otro lobo se ponía a tiro. Para Kronos tanto como para él, Aisha era intocable. Y su instinto animal proclamaba venganza.

—¡Aisha!

Ella no contestó mientras seguía caminando.

—Vamos nena, enseguida volveremos a casa.

No había esperado algo así. Ese hombre la había intentado agredir, sí, pero no merecía morir de esa manera, entre gritos y desgarrándose. Nunca podría olvidar esa imagen. Amaba a Tahiél, pero no entendía la manera un tanto prehistórica en la que se movía en esas montañas. Era una forma de vida arcaica.

—¡Aisha!

—¡Qué!

—¿Acaso conoces la salida?

—No.

Pero necesitaba alejarse de esa celda y de lo que ocurría ahí adentro.

—Espera, Elm nos abrirá.

—¿Va a arrancarle las uñas, una a una? ¿O sería mejor quemarle la planta de los pies?

Tahiél, se paró y soltó el aire.

—¿Crees que vienes de un mundo mejor que el nuestro?

Eso la enfureció.

—Como mínimo, no decidimos que la muerte de otra persona es la única solución.

—Aunque no lo acabes de digerir, tú perteneces a estas montañas.

—A veces, lo dudo.

—Perfecto.

No le dio tiempo a contestar, sus hermanos aparecieron por detrás y se metieron en una habitación que no parecía una celda.

Al momento se oyeron varios pitidos y el sonido de puertas abriéndose. Después de recorrer unos cuantos metros más de pasillo salieron a un claro del bosque. Neoh estaba esperando con su todoterreno. No iba a preguntar qué habían hecho con el otro hombre. No quería saber nada más de sus costumbres, estaba segura de que habían terminado con su vida. No lo aceptaría.

Cuando Neoh aparcó delante de la cabaña de Tahiél, ella salió del coche sin mirar a ninguno. Por lo poco que habían comentado había deducido que Nicolás y Wallace también habían muerto. Un baño de sangre que, según ella, se podía haber evitado.

Nada más entrar cogió su mochila y empezó a meter ropa dentro, no se lo podría llevar todo pero no le importaba. Se iba a su piso a la ciudad y no iba a cambiar de idea.

—¿Qué haces? —inquirió Tahiél cogiendo su muñeca.

—Me voy, necesito pensar.

Él la soltó como si de repente no quisiera tocarla más.

—¿Te vas?

En su tono había tristeza.

—Dame espacio, Tahiél. Déjame asimilar todo esto.

—No te dejaré ir sola después de lo que ha pasado.

—Oh, sí lo harás.

Alguien golpeó la puerta y Tahiél fue a abrir, intuía que dispuesto a echar a quien hubiera osado interrumpir.

—Ahora no es el mom...

—Sí, lo es.

Neoh entró seguido de Ariadna y de Lidia.

—Aisha, ¿estás bien? —le pregunto Ariadna de manera dulce abrazándola

—. No pude hacer nada.

Aisha se separó de ella y le acarició la mejilla.

—No te atormentes, cariño. No me hicieron nada.

—Te secuestraron, amenazaron y no creo que hubieran tardado mucho en atacarte. No digas que no pasó nada, Aisha —argumentó Tahiél, aún furioso

—. ¿Tienes idea de lo que esos tipos iban a hacer contigo?

—Basta, Tahiél, la estás asustando —interrumpió Lidia.

—Voy a ir a mi piso de la ciudad.

—No puedes hacer eso —bramó de nuevo su compañero.

Aisha levantó una ceja, no iba a discutir delante de su hermano y de sus cuñadas.

—Nosotros la llevaremos —se ofreció Neoh.

—¿Qué? ¡¿Tú de qué parte estás?! —inquirió Tahiél.

—De la de la paz, hermano.

Tahiél se encaró a su hermano mayor y líder del clan.

—¿Y quién se supone que va a cuidar de ella?

Neoh hizo una señal a su mujer para que llevara a Aisha hasta el coche. Tal vez no debería llevar las cosas tan lejos, pero realmente necesitaba pensar.

—Nena, no te vayas...

—Lo siento.

Neoh rodeó a su hermano y los cuatro se encaminaron al todoterreno. Cuando Neoh arrancó el motor, echó un último vistazo a la cabaña. Tahiél estaba plantado en la puerta, lo veía a contraluz debido a la oscuridad del exterior, aun así pudo ver sus puños crispados a ambos lados de su enorme figura.

Capítulo 20

Había pasado una semana en el piso, sus muebles ya estaban colocados en sus respectivos lugares, aún tenía que comprar cortinas y algunos detalles más, pero no tenía ganas de salir, sin embargo; había escrito, desde el fondo de su corazón habían nacido palabras encadenadas a un amor frustrado, terminaría por hacer llorar a moco tendido a sus lectoras más fieles, así que había optado por dejarlo suspendido, de momento.

Toda la familia de Tahiél había llamado interesándose por ella, pero no había accedido a verlos. Parecían tener una gran paciencia, ya que aceptaban su posición, aunque lo intentaban una y otra vez. De Tahiél no sabía nada, aunque cuando miraba por la ventana le parecía verlo en la acera de enfrente, plantado bajo la nieve que días atrás caía con fuerza, no lo había distinguido claramente, así que bien podría haber sido uno de sus hermanos, estaba segura de que la vigilaban por su seguridad.

Solo había permitido la visita de Susan, que muy amablemente le llevaba comida de la cafetería cuando terminaba su turno, se habían hecho buenas amigas, y hablaban de todo, bueno hablaba Susan, ella escuchaba y bebía café. La chica aún se estaba recuperando de sus lesiones después de haber sido atacada por algún lunático. Las sospechas seguían recayendo en Wallace y era una lástima que nada se pudiera hacer, ya que él había muerto y eso complicaba su detención. Susan no sabía nada de eso y seguía sin saber quién había abusado de ella.

—Creí que estabas con Tahiél —le confesó la chica inocentemente—. Os vi alguna vez en la ciudad.

—Es un buen amigo —acotó—. ¿Os conocéis?

Imaginaba que sí, no era una ciudad muy grande.

—Oh, sí. Nos hemos encontrado alguna vez en el pub, siempre ha sido amable y correcto. Las mujeres hablan bien de él.

No estaba nombrando a sus hermanos. Pero si el último en emparejarse había sido Elián, y de eso hacía ya diez años, ninguna de estas chicas lo habría conocido soltero. Solo a Tahiél. Susan debía tener unos veinticinco años, imaginaba que las chicas que frecuentaban ese local estaban dentro de ese rango de edad. Y una punzada de celos la atravesó. Además debería considerar la idea de que, teniendo la edad que tenía el hombre, no era esta época de la única que debería preocuparse por sus amoríos. Mejor empujarlo al fondo de su mente.

—¿Ha tenido muchas parejas? —Preguntar eso era ser un poco masoquista, aun así deseaba saberlo.

—Le vi con algunas chicas, pero creo que nunca llegó a nada serio. Ese tipo de hombres no se dejan atrapar fácilmente —dijo sonriendo.

Pero a ella no le hubiera importado buscarlas y saber hasta dónde habían llegado con él. Cruzarse en la ciudad con mujeres con las que él hubiera compartido cama, no era plato de buen gusto.

—¿A qué te refieres?

—Todas babeamos al ver a hombres como él o Nikolás, incluso con Wallace. Aunque a mí me da miedo Wallace.

—Lo noté, pero no me has explicado...

—Era muy rudo en la cama, al principio no —aclaró—. Pero después empezó a atarme, y cuando me negué, me dejó marchar. Pero me convertí en algo así como su juguete prohibido, y no dejaba de acosarme.

—¿Por eso sospechaste de él cuando te atacaron?

—Sí, pero no estoy segura de que fuera él y me niego a que detengan a

una persona inocente. Dije que no sabía quién había sido, y no mentí. Pero tengo miedo de salir sola y mis amigas ya han tirado la toalla con respecto a mi actitud, no me apetece tampoco ir al pub.

—¿Sigues yendo a la psicóloga?

—Sí, me está ayudando mucho— admitió con una sonrisa triste.

—Me alegro, yo..., no salgo mucho tampoco, así que puedes venir siempre que quieras.

Ella miró su taza de café vacía.

—Las escritoras necesitáis tiempo para concentraros, no creo que...

—También necesitamos tener una vida y tu compañía es bienvenida.

—Gracias, quizás nos animemos un día a salir a tomar una copa —dijo sonrojándose.

No contestó a eso, tenía ganas de ir al baño y se levantó. Pero un ligero mareo la obligó a apoyarse en una silla para estabilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó Susan, preocupada.

Ella frunció el ceño.

—Sí, no te preocupes, en seguida vuelvo.

Cuando entró en el cuarto de baño se miró al espejo, si no fuera porque le parecía imposible, su tez tenía un tono verde que no auguraba nada bueno. O sí. Al momento una arcada la hizo arrodillarse frente a la taza del váter. ¿Y ahora qué pasaba?

Una sospecha cruzó su mente. Esperaba que no fuera un embarazo, ella nunca vomitaba. Y solo un segundo después estaba vaciando su estómago por el retrete.

—¡Dios mío! Esto me recuerda demasiado a los comienzos de los

embarazos de Norma —se dijo en voz alta.

Se arregló el pelo, después de lavarse la cara y cepillarse los dientes, y salió de nuevo.

—Susan tengo que salir a comprar.

Tahiel no había dejado de comprobar cada día si ella estaba bien, era eso, o se volvería loco. Había pasado horas bajo la nieve mirando su ventana, viéndola pasar ante ella de vez en cuando y echando vistazos fuera como si le viera, esperaba que la cantidad de nieve que caía cubriera su presencia.

Tenía que dejarla unos días sola. Tanto sus hermanos como sus cuñadas le habían asegurado que eso iría a su favor. Reticente, lo había aceptado, pero necesitaba verla, saber que estaba bien. Para su paz mental Susan estaba bastante tiempo con ella. Esa chica era genial y preciosa, él se había acostado con ella, de hecho lo había hecho con casi todas las de la ciudad, la desesperación por no encontrar a su compañera le había llevado a mantener relaciones sexuales esporádicas y necesarias para su organismo. Ninguna de ellas recordaba haber estado con él. Elián les borraba los recuerdos. Y para él seguían sin significar nada, pero ellas merecían todo su respeto.

Poco ético, pero así no tenía que cargar con ningún caso de celos, el único problema es que lo intentaban una y otra vez, así que había dejado de tener relaciones dos años antes de conocer a Aisha.

Estaba sentado en su nuevo coche cuando la vio salir y andar bajo la tormenta de nieve. ¿Sabría ya que estaba embarazada? Un resbalón y podía tener consecuencias graves. Salió y la siguió a una distancia prudencial. Él no

le daría la noticia, la resolución de su compañera de volver con él o no, no debía estar supeditada a una paternidad. Aunque eso le rompía por dentro.

Ella entró en la farmacia y la siguió, se quedó agachado detrás de una estantería, era ridículo pero si estaba enferma debía saberlo.

—¿Puede darme un test de embarazo?

Estuvo a punto de saltar de alegría y salió de la farmacia para volver a ocultarse en la calle. Ella volvió a su piso y él se metió de nuevo en el coche. Dio la vuelta y aparcó enfrente de la ventana, como los días anteriores.

Pasó mucho tiempo, o al menos eso le pareció, antes de ver pasar a su chica y plantarse en la ventana con rostro triste. Con su agudeza visual podía ver su mirada perdida y las lágrimas que brotaban de sus ojos. Se tapaba la boca con una mano y parecía disgustada. A Tahiél se le cayó el alma a los pies, ¿Aisha no quería un hijo? ¿O era porque era suyo? Ella odiaba como ellos vivían...

Susan pasó un brazo sobre el hombro de su amiga y parecía reconfortarla. No pudo seguir allí, arrancó y se fue. Ella estaba acompañada, no le necesitaba y estaba en la seguridad de su nuevo hogar.

—Tengo que volver al trabajo, ¿estarás bien? —preguntó Susan.

—No deberías trabajar, aún te estás recuperando.

—Mis jefes han sido muy amables, solo sirvo café en la barra y cobro las comandas, no es para tanto.

—Está bien.

—Te has asustado, pero tener un bebé es maravilloso, aunque el padre no esté aquí, puede que cuando hables con él, se vuelva loco de alegría. Felicidades, Aisha, serás una madre maravillosa.

La abrazó y, después de coger su bolso, se fue.

No le había dicho nada de Tahiél, no sabía cómo podía reaccionar la chica y no quería oír que él no se ataría a ella. Eso no sería cierto, Tahiél querría a ese hijo, pero, ¿qué es lo que quería ella? Tener a su hijo, sí, por supuesto. Pero, ¿vivir con Tahiél, con esa forma de ver las cosas? ¿Lograría acostumbrarse a eso?

Hacia media hora que se había ido Susan cuando alguien llamó a la puerta con determinación. Sabía que Susan no era, Tahiél la habría llamado antes, así como el resto de su familia. Se acercó y miró por la mirilla. ¿France? ¿Qué hacía ella aquí?

—Puedo derribar la puerta, te lo advierto —soltó como si supiera que ella tenía un debate interno entre abrir o no.

—¿Qué quieres? —preguntó a través de la madera.

—Te traigo un pastel de fresas y nata para que tu futuro hijo no tenga ningún manchurrón en su inmaculado trasero.

Eso la hizo reaccionar y abrió de golpe frunciendo el ceño. Ni había pastel ni ella creía en antojos.

—¿Cómo sabes...

—Yo lo sé todo —dijo sin pestañear y entrando sin que le diera permiso.

Llevaba un abrigo ceñido de cuero que dejaba ver su espectacular figura.

—Pasa, pasa —dijo con tono sarcástico.

—Ya lo he hecho, ¿no lo ves? —dijo quitándose el abrigo y dejándolo

cuidadosamente doblado sobre una silla.

Llevaba esa especie de bañador de cuero e iba armada con varios cuchillos pegados a sus muslos, caderas y brazos. Su exuberante escote aguantaba a duras penas esos pechos tan llenos, parecía una modelo, la envidia de cualquier mujer.

—¿Tienes pensado comenzar una guerra? ¿O siempre bajas así a la ciudad?

—Me siento desnuda sin ellos, no temas, no vengo a atacarte.

—Gracias —dijo irónica.

—¿Por qué?

—Por nada, déjalo.

La mujer seguía en su línea de no entender ni los sarcasmos ni las ironías.

—¿A qué debo el placer de tu visita?

France no pillaba los matices sardónicos, pero ella los seguía usando.

—Ya sé que no es un placer, te llamé débil, pero vengo a retractarme.

—¿Para eso has venido a la ciudad?

—¿Me vas a estar interrogando? —preguntó levantando una ceja.

—No, disculpa.

—Disculpada.

Agitó la mano en el aire y se sentó en uno de sus sillones cruzando sus largas piernas.

—Tengo poco tiempo, mis quehaceres diarios necesitan de mis atenciones —espetó muy digna.

—Entonces suéltalo.

—¿A quién? ¿A Eric? No, prefiero tenerlo atado, se ha convertido en mi mascota y en la cama...

Aisha resopló.

—¡France! Céntrate, por favor. No me refería a Eric, sino a que me digas lo que tengas que decir.

Prefería no pensar en esos dos entre sábanas.

—Ah, eso —carraspeó—. ¿Podrías hacer el jodido favor de ir a ver a Tahiél? Estoy empezando a cansarme de oírlo llorar por las montañas.

—¿Qué? ¿Llorando?

No se imaginaba al hombre haciendo eso, aunque una chispa de satisfacción encendió su corazón.

—Bueno quizás esté exagerando, ya me conoces —dijo volviendo a sacudir la mano.

No, no la conocía en absoluto.

—Pues no te entiendo.

—Que yo sepa hablamos el mismo idioma, aunque hablo otros, ¿prefieres que te lo diga en otro idioma?

«Ya estamos otra vez, que mujer más plana, mentalmente hablando»

—Me refiero a que no comprendo a qué te refieres con que Tahiél está...

—No llora, no en el sentido de la palabra, pero no deja de maldecir su suerte. Y, ¿sabes? Me caes bien. No sé qué coño ha hecho ese idiota, pero merecéis estar juntos.

—Has dicho que lo sabías todo. —No pudo evitar la pulla.

—Y lo sé, pero esto es algo que escapa a mi entendimiento, así que haz algo al respecto.

Se levantó de su asiento y la miró a los ojos.

—No me gusta vuestra manera de solucionar las cosas, la gente muere con mucha facilidad en esas montañas, no te ofendas, France.

—¿Por qué debería ofenderme? Tienes razón, pero así no hay malos entendidos.

Así de simple.

—Me sentí mal por esos hombres...

—¿Y si te digo que fue Nikolás el que atacó sin piedad a Susan, pensarías lo mismo?

—¿Fue él?

—Ahora eres tú la que debería centrarse. Te lo acabo de decir, ¿para qué preguntas?

Aisha puso los ojos en blanco, qué mujer más difícil.

—Pero... Susan es una buena persona, ¿por qué lo hizo?

—Para ocupar el puesto de Wallace, sabía que lo culparían a él por su fama, lo cual me cabreó. Muchos de sus hombres no aceptaron que, aunque tú llevaras una parte de su linaje, te habías enamorado de Tahiél y fueras su legítima compañera.

—No me enamoré en seguida...

Cuando la perfectamente depilada ceja de France se alzó, tuvo que rectificar.

—Está bien, él me gustó desde el principio.

—Eso está mejor, aceptarlo es un primer paso.

Se sentía como si la estuviera psicoanalizando.

—Hablé con Wallace y le hice ver la realidad, tú nunca podrías

pertenecerle, porque tu compañero, Tahiél, siempre tiraría de ti. Eso no te haría feliz.

—Nunca me gustó Wallace...

—A mí, sí. Era un buen macho y de los pocos que podían dominarme...

—France...

—Voy a ir al grano, como dicen los chinos.

¿Eso lo decían los chinos? En fin.

—Supe lo de Nicolás cuando miré en la profundidad de sus ojos, cuando miro a alguien así, puedo ver sus secretos más ocultos. Y resulta que tú no apartas nunca la mirada, como hacen otros.

—No sabía que podías hacer eso.

—Y aun así no la apartas —repitió.

—No tengo nada que esconder.

—Eso también lo sé. Voy a confesarte algo, pero si lo repites, lo negaré.

Ella asintió.

—Aprecio a Neoh y a su familia, son gente noble, y no quieren guerras entre clanes, gracias a Wallace y a Nicolás se han visto obligados a defenderse. Así que deberías comprender un poco a Tahiél. Él te quiere y quiere a ese niño.

Notó como la sangre abandonaba su rostro.

—¿Tahiél sabe que estoy esperando un bebé?

—Oh, sí. Desde antes de que volvieras a la ciudad. Y es un niño, un macho. Es por eso que no utilizó sus poderes para sacarte de esa maldita celda, desmaterializarse es peligroso si estás esperando un hijo.

¿Y aun así la había dejado marchar? Era extraño, teniendo en cuenta lo

posesivo que se había mostrado en algunas ocasiones. Pero eso solo podía significar una cosa; la estaba dejando decidir, a pesar de todo.

—Gracias por abrirme los ojos, France. Tendré en cuenta tus palabras.

Iba a acercarse, pero France se levantó del sillón, rápidamente.

—Creía que te había explicado lo que pasaba, no que te hubiera abierto los ojos, no he hecho eso.

Está bien, no iba a razonar con ella. Lo de las metáforas también quedaba fuera de su alcance.

—Gracias, de todas formas. Me gustaría verte más a menudo...

—Eso lo decidiré yo, me sigues pareciendo una enclenque.

Aisha se echó a reír, pero antes de que France escondiera su rostro buscando su abrigo vio una sonrisa en sus labios.

En un futuro, se temía que lejano, incluso podrían llevar una conversación con sentido.

Capítulo 21

—Está bien, solo le pediré que me deje ver a mi hijo. Y si no quiere vivir aquí con nosotros, me ofreceré a vivir con ella en la ciudad.

—También cabe la posibilidad de que te envíe a la mierda —soltó Elián.

—¡Elián, joder! —lo regañó Neoh.

—Vale, solo era una opción, nada me gustaría más que la chica volviera con todos nosotros.

—Deberías hablar con ella, los tíos de tu hijo también queremos verlo crecer —remarcó Elm.

Tahiél los miró, uno por uno y después se convirtió en diminutas partículas.

Tenía que intentarlo. Sus cuñadas le habían dicho que Aisha, por fin, había accedido a hablar con ellas y que habían notado que lo echaba de menos.

Apareció en su cabaña y esperó a Kronos, debía advertirle de que se iba a la ciudad. El animal no aparecía por ninguna parte. Llevaba horas sin saber de él. Lo llamó una y otra vez mentalmente, nada.

—¡Es cierto! —gritó Aisha asombrada.

Estaba en una cueva, Kronos la había llevado hasta allí. Aunque no parecía muy contento de haber recibido una orden suya. Pero sus cuñadas le habían hablado de esta cueva, tenía el techo brillante y era tanta la intensidad del brillo que daba un toque romántico al lugar. En el centro había una

pequeña piscina. Lidia le dijo que los humanos no conocían su existencia, así que era un pequeño oasis virgen.

Tocó el agua, estaba a una temperatura ideal. Se quitó la ropa y la dejó a un lado, junto a las toallas que había traído.

—Kronos, ¿te sigue llamando?

El lobo se sentó y parecía fruncir el ceño, eso debía ser un sí. Soltó un gemido.

—Vendrá, no te preocupes.

Entró desnuda en el agua y apoyó la cabeza en la roca, estaba relajándose cuando el lobo volvió a gemir y giró su gran cabeza para mirar hacia el túnel por donde habían accedido.

—¿Kronos?

La voz de Tahiél hizo eco en la roca.

—Sé que estás ahí. Y también sé que me ocultas algo, maldito lobo.

Cuando entró en la cueva buscando a Kronos sus ojos se encontraron. Y Kronos no esperó más para salir corriendo.

—Quédate en la entrada —ordenó al animal sin dejar de mirarla.

El hombre llevaba unos pantalones de cuero y su abrigo largo, el pelo recogido en un moño de hombre y también barba. Juraría que estaba más delgado, pero igual de atractivo.

—Aisha...

—Hola, Tahiél, me hablaron del agua termal de esta cueva, ¿quién lo diría?

—Pocos lo sabemos, no queremos que esto se convierta en un patio de recreo.

—Lo puede ser para nosotros. ¿Quieres entrar?

El hombre miraba sus pechos y sus ojos recorrían su cuerpo, que las cristalinas aguas no ocultaban.

—¿Me estás invitando?

—Por supuesto. Es mi manera de disculparme.

—No quiero tus disculpas —admitió quitándose la ropa y todos los cuchillos que llevaba—. Te quiero a ti, a mi lado y quiero tenerte para siempre.

—Ven.

Él no tardó en entrar y colocarse detrás de ella, la abrazó por la espalda y apoyó las manos en su vientre, aunque apenas se notaba.

—Lo sabías...

—Sí.

—No me lo dijiste.

—No, quería que me lo dijeras tú.

Ella se dio la vuelta, y cogió el rostro barbudo de su hombre entre sus manos.

—Estoy embarazada, Tahiél. Y tengo que decir que inmensamente feliz de que tú seas el padre.

Él miró sus labios.

—¿De verdad?

—Sí, te quiero, y estos días he podido pensar en lo que pasó. Intento entenderlo y solo espero que no pase a menudo. Nunca había visto morir a nadie con tanto sufrimiento.

Él acarició su cabello mojado.

—No puedo asegurarte que no vuelva a ocurrir, aquí defendemos con nuestras vidas lo que nos pertenece. Pero juro que lo evitaré en la medida de lo posible. Dialogaré.

—Bien, por algo se empieza.

Él sonrió.

—Estás preciosa, eres la mujer embarazada más bonita que he visto en mi vida.

—Oh, gracias, supongo que cuando parezca un tonel ya no pensarás igual.

—Eres mi Aisha, mi compañera, y siempre me vas a gustar, embarazada o no.

La besó. Un beso lento que dejaba ver lo mucho que la había echado de menos, como ella a él. Sus manos viajaron por su cuerpo hasta que agarró sus muslos y la encajó sobre su pene, sin penetrarla, solo frotándola contra él suavemente.

Suspiró, no era suficiente.

—Te deseo tanto —admitió ella contra su cuello.

Él soltó una de sus nalgas para pellizcar un pezón entre sus dedos, estaba fruncido por el agua y de un color rosáceo que sabía que se oscurecería por la excitación.

—Yo también te deseo, pero quiero saborearte, detener el tiempo en esta cueva.

Se curvó un poco y capturó el duro pico entre sus labios, lo succionó y rastrilló con los dientes, haciendo que ella se encendiera más. Puso sus manos en la nuca masculina, y lo empujó más cerca, pero en ese momento él decidió darle el mismo trato a su otro pecho. No dejó de ofrecerse a él.

Resbaló por encima de sus piernas hasta sus rodillas y cogió su miembro con una mano para acariciarlo arriba y abajo. Tahiél cerró los ojos y apretó sus muslos con las manos aunque sin ejercer demasiada fuerza.

La profundidad de la piscina natural debía ser de unos cincuenta centímetros, pero ellos estaban en una zona en la que no debía haber ni veinte, ella se agachó y metió su pene en la boca, Tahiél gemía y gruñía de manera alternativa, lo que la hizo reír. Lo tenía a su merced, y no pensaba dejarlo escapar.

—Me gusta lo que me haces —dijo Tahiél con voz entrecortada—. Pero tenía otra idea en mente.

—Olvídala, hoy quiero seducirte.

—Eso lo haces con solo una mirada.

La parte más tierna del hombre la volvía loca.

Siguió saboreando su miembro hasta que él intentó pararla con la mano apoyada en su cabeza.

—Nena...

Ella lo miró y guiñó un ojo. Cuando se derramó dentro de su boca, saboreó hasta la última gota. Oírlo gemir y pronunciar su nombre, la excitó como nunca lo había hecho. Tahiél tenía la respiración aún errática cuando la atrajo hacia él y la acunó entre sus brazos.

—¿Te quedarás conmigo?

—Sí, este bebé te necesita tanto como yo.

Se besaron profundamente. Buscándose, encendiendo de nuevo la llama.

—Aisha, no hubiera podido ser feliz sin vosotros cerca y sé lo que es sentirse solo, gracias por estar a mi lado y por darme un hijo, cuidaré de

vosotros, siempre.

—No lo dudo, cuidaste de mí sin apenas conocerme...

La alzó hasta el borde de la roca y la sentó; de rodillas delante de ella, besó su vientre y apoyó su frente en él.

—Eh, pequeño diablillo, cuida a tu madre.

Aisha se emocionó, ver a Tahiél hablarle a su hijo no nato con tanta ternura hizo que todas las piezas encajaran en su sitio, y su sitio era este, al lado del hombre que amaba. Que había ido a buscarla y que había tenido que dar cuenta de sus acciones para hacerlo. Ahora lo entendía mejor, a pesar de que ver morir al tipo que estaba a punto de atacarla no le había reportado ninguna satisfacción, entendía la posición de su hombre.

Lentamente separó las rodillas y se ofreció a él, no dijeron ni una palabra más. Tahiél rodeó su clítoris con la lengua y después la introdujo en su centro moviéndola rítmicamente, imitando el acto sexual. Las sensaciones se multiplicaron y la necesidad de la liberación se apoderó de ella.

Pero Tahiél tenía otra idea, dejándola al borde del éxtasis se puso sobre ella y la penetró lentamente mientras se besaban. Los movimientos lentos se fueron acelerando y algo parecido a una descarga eléctrica subió desde su columna para hacerla estallar en un orgasmo que la dejó extenuada por la potencia del mismo. Su hombre respiraba cerca de su oído y oírlo a él hizo que su cuerpo hiciera un eco exacto de su excitación y sintiera el placer de Tahiél como si fueran una sola persona.

—Te amo —dijo abrazándolo fuertemente.

—Te amo, cariño —contestó él besando la curva de su cuello.

Era el último día del año y sus cuñadas tenían toda la intención de

celebrarlo. Neoh, Elm y Elián sonreían ante la alegría de sus mujeres. Habían preparado una cena digna de un banquete y ya los debían estar esperando cuando ellos llamaron a la puerta.

—Hola, preciosa —Lidia se lanzó a los brazos de Aisha y las otras mujeres no tardaron en hacer lo mismo.

Tahiél sonrió mientras empujaba a Storm y a una ceñuda France que venía acompañada de Eric, el exmarido de la amiga de Aisha, Norma. Y una tímida Susan.

Un resoplido llenó la estancia.

—Cuanta ternura, juraría que os visteis ayer —soltó France.

Las chicas, que aún no habían reparado en ella, se la quedaron mirando alucinadas.

—Espero que no os importe que los haya invitado —dijo Aisha a modo de disculpa cuando se separaron.

La primera en reaccionar fue Nora.

—No, no. Pasad y poneos cómodos, estábamos a punto de empezar a cenar.

Cuando pasaron al salón, los hermanos de Tahiél los saludaron, aunque a duras penas pudieron ocultar su sorpresa.

—Bien, vamos a sentarnos, colocaos como os apetezca.

—Perfecto.

Eric se sentó al lado de su ama, como así la llamaba. Y Aisha estuvo echándole vistazos para comprobar que efectivamente no la reconocía, el hombre parecía feliz, no dejaba de mirar embelesado a France que, lejos de ser despectiva, le acariciaba la mejilla de vez en cuando.

Aisha le pidió a la mujer que le quitara la correa que siempre llevaba, para ir a cenar a casa de Neoh, el hombre hubiera parecido un perrito y la imagen no era del todo bonita.

Pusieron música y bailaron, brindaron y se desearon un próspero año lleno de felicidad.

—¿Y por qué no iba a ser así? —preguntó France extrañada.

Cuando fueron las doce de la noche, iniciaron la cuenta atrás y besaron a sus respectivas parejas para celebrar la nueva entrada de año. Después se besaron entre todos. Pero nadie se atrevió a acercarse a France.

France notó que todos la miraban y levantó una ceja.

—Si estáis esperando que os dé un abrazo de oso y os deje babearme la mejilla impunemente, podéis esperar sentados.

Estallaron en carcajadas y se asomaron a la gran terraza para ver los fuegos artificiales que lanzaban desde la ciudad. Todos se abrigaron, pero France lucía un vestido de tirantes rojo que se ceñía a su figura y dejaba ver una de sus esbeltas piernas.

De repente, sacó una pistola y disparó a los cohetes que subían hacia el cielo.

—Ya estamos otra vez —dijo Storm, el otro líder—. Cada año lo mismo.

—¿Se puede saber qué coño haces? —preguntó Neoh impaciente.

Ella resopló.

—Hacerlos estallar antes de tiempo, estos humanos no son nada divertidos.

Algunos se rieron, pero Neoh fue contundente.

—No quiero armas en mi casa, France. Así que este año deja que ellos

decidan cuándo deben estallar.

—Está bien, vosotros también sois aburridos. —Guardó su arma en una tira que llevaba atada al muslo, se giró y cogió a Eric por un brazo—. Ven precioso, algún día te mostraré cómo se hacen esos artefactos y los haremos volar aquí, en las montañas.

Storm, negó con la cabeza y Neoh se acercó a él.

—¿Hay que vigilarla?

—A estas alturas, solo puedo decirte que yo nunca pongo un pie en su territorio. Está lleno de trampas.

—Ah, gracias por la información.

Terminaron todos abrazados a sus respectivas parejas, y riéndose de las reacciones poco comunes de France.

Storm no dejaba de observar a Susan. Aisha sonrió.

—El año que viene tendremos a nuestro pequeño mirando también los fuegos —dijo Tahiél en su oído.

La estaba abrazando por detrás, dándole más calor.

—Sí, espero que no se asuste.

—No lo hará —aseguró el orgulloso padre—. ¿Te gusta el nombre de Alistair?

—Sí, es bonito.

—Entonces se llamará como su abuelo —decretó besando su coronilla.

Ella sonrió y se deleitó en las formas y colores de los fuegos artificiales. Este era su nuevo hogar y no se arrepentía, el destino la había traído aquí, a estas gélidas tierras. Conocer a Tahiél era lo mejor que le había pasado en la vida; era el padre de su hijo y un amante maravilloso. Cariñoso y considerado

con ella, algo que se le había resistido en el pasado.

Ya no trabajaba con Elsa; no había sido honesta con ella y así se lo dijo por teléfono. Empezaría una nueva andadura en su trabajo junto a Ariadna.

Dedicó un último pensamiento a Norma y a sus hijos, Nadia y Samuel, siempre estarían en su corazón. Esperaba que fueran felices sin Eric, que nunca los amó. Pero se negaba a guardar rencor a un hombre que ni siquiera sabría a quiénes había hecho daño. Soportar las extravagancias de France, por muchísimo tiempo, ya era un más que merecido castigo.

Fin

Agradecimientos.

Espero que os haya gustado la historia de Aisha y Tahiél. Dos personajes que pidieron su propio libro y que necesitaba mostrarlo a mis fieles lector@s. En especial, a mis chicas del grupo Locas por los chicos de Slade. Y a tod@as las seguidoras de mi trayectoria, que no sería posible sin vosotr@s. También os pido disculpas por haberme atrevido a meterme en un mundo que no es en el suelo moverme. Tenía que experimentar con lo paranormal, y nadie mejor que vosotr@s para juzgar.

Si es la primera vez que lees algo mío, te lo agradezco enormemente, y te invito a leer la saga Security Ward. Muchas gracias por darme la oportunidad, y encantada de conocerte a través de mis letras.

Os deseo una navidad muy especial junto a vuestras familias y amigos, y un fin de año mágico y lleno de besos románticos. Con todo mi cariño.

Felices Fiestas.

N.Q.Palm

Biografía

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente. Es una gran devoradora de libros a la que le gustan todos los géneros, en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.